EL PAÍS
DE
LOS SUEÑOS
VETADOS
JONATHAN SIBA FAUS

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS VETADOS

JONATHAN SIBA FAUS

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS VETADOS

Segunda edición: marzo 2023

© Derechos de edición reservados.

Equus Ediciones

Colección: Narrativa

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

“A mis padres”

“Un pueblo que olvida es un pueblo que no aprende. Un pueblo que no aprende, es un pueblo en tinieblas. Un pueblo en tinieblas, ya no tiene nada que perder, nada que perder, nada que perder...”

EL SENTENCIADO NÚMERO CATORCE

La bandera ennegrecida y desgastada se agitaba al tiempo que el redoble de tambores llenaba el aire de extrañas sensaciones, martillando el alma de los prisioneros, condenados a morir por el peor crimen de todos. La multitud podía escucharse en todas partes, eran como uno solo, un organismo vivo que gritaba muerte, una gran masa contenida por la policía y entretenida por oportunistas con delirios de grandeza. Era un país muy pequeño, desconocido por muchos, inexistente según los mapas ordinarios y olvidado por los que tienen el poder de hacer algo. De una u otra forma todos eran cómplices, bajo el régimen de jueces sin nombre, escondidos tras las máscaras de la ley, su propia ley, hecha a la medida de sus aspiraciones.

Gael, con su cabeza rapada y las marcas de una paliza reciente, contemplaba su destino a través de la ventana de su celda, creyendo en los artificios de su gris realidad y declarándole suma obediencia. Pronto vendrían a por él y le escoltarían hasta la gran plaza central, el corazón de la nación. Leerían su sentencia frente a todos y le ahorcarían provocando algarabía y celebración en un pueblo que amaba la muerte. Sus amigos lo festejarían, su propia familia vería todo con agrado, porque ese es el fin que todos los traidores merecen. Jamás pensó verse en aquel lugar, sorprendido, traicionado, humillado; él mismo había llevado a muchos a la horca, enemigos del progreso, durante más de seis años de impoluto servicio a la patria.

Se burlarían de él, maldecirían su existencia, apagarían la voz de sus descendientes y le pondrían cara a cara ante el enemigo más grande de los hombres: la muerte. Pero no era la muerte su mayor mortificación, era la vida, una vida sin pena ni gloria. Mantuvo vivas las maldiciones de sus ancestros, con débiles intentos de sobrevivir a la rutina, siguiendo sus pasos dócilmente, como si fuera parte de una larga cadena a la que el tiempo sólo añade nuevas piezas. Intentó soportar la vida con gestos amargos y miradas perdidas en el horizonte, sin que nada le alegrase o le importase, como todos en aquel lugar. Esa era su gran angustia en aquel instante, había sido sumiso y obediente por tanto tiempo que sentía que su existencia era poco más que una ofrenda al dios equivocado. Sin propósito. Sin sueños. Sin deseos. Sin recuerdos. Sin victorias, ni batallas. Sin nada.

Esperó su turno vestido de criminal, recordando su pasado como quien ya ha entendido lo que es justo y lo que no. Su muerte

había comenzado desde el mismo día en el que vino al mundo, y nunca, por más que se esforzó, pudo encontrar propósito ni identidad en la combinación numérica que le asignan a todos los nacidos de mujer. Años más tarde, cuando supo su nombre, tampoco encontró en este nada que le pudiese alegrar su alma esquiva. Creció sin saber quién era y qué sería de él, agotado, resignado, deprimido, como si su existencia hubiese sido una broma cruel de algún espíritu desocupado. La vida de un hombre sin sueños es, sin duda alguna, como la vida de una bestia del campo, sin mayores ambiciones que una ración de hierba amarga y unas pocas horas de sueño. No es sino un sumiso obrero que trabaja cada día, sin descanso, sin regocijo, sin ninguna expectativa; y no gana, no disfruta de un salario digno, tampoco sabe qué hacer con aquel pago injusto y vergonzoso después de haber entregado las fuerzas del cuerpo y del alma para enriquecer a hombres que ni siquiera saben que existe.

Aquella celda no era más fría que su alma, aquellas paredes no parecían más duras que su corazón. Los gritos de indignación de sus compañeros de prisiones, los cuáles eran extraídos uno por uno, llevados en humillante procesión y ahorcados frente a una gozosa multitud, no eran mayores que los gritos furtivos de su espíritu. Procuraba mostrarse imperturbable, inconmovible; sin embargo, en sus adentros el miedo avanzaba impetuosamente. El silencio era una excusa ambigua, una paz fingida que engañaba a muchos, pero no era suficiente para engañarse a sí mismo.

Ya quedaban pocos sentenciados. De los catorce desdichados ya habían muerto siete, acababan de llevarse al octavo, entre violentos y desesperados reclamos, suplicando misericordia en nombre de sus tres hijos sin madre, gritando su inocencia y maldiciendo al país por lo que le estaba pasando. Gael hacía culto a la inconsciencia, jugando por pequeños lapsos a no escuchar nada y pretendiendo que no sabía dónde estaba; aunque era inútil, la realidad volvía entre sudores y escalofríos, manoseando sus recuerdos y haciendo polvo sus ilusiones secas. Su falsa tranquilidad seguiría su curso inevitable hasta quebrarse por completo. Hasta el más honorable caballero caería rendido a los pies del momento, decepcionado ante una muerte inminente. Sin honor. Sin amor.

Era una tarde fría, grisácea, amarga, oprimida por un ejército de nubes negras y una horda de observadores desalmados. Gael veía a la multitud y el mismo mal que se deseaba a sí mismo se lo deseaba a todos ellos. A sus ojos no eran más que seres mediocres, suicidas cobardes, pesimistas incurables, dóciles desgraciados o víctimas resignadas. Abucheaban a los que piensan diferente, a los que sienten otras cosas, a todos los que no son como ellos, o incluso a los que siendo iguales dificultan las aspiraciones de su egoísmo enfermizo o

de su envidia insaciable.

El octavo ahorcado no murió con facilidad, la soga no destruyó su vida a la velocidad que él hubiese preferido; al contrario, durante algún tiempo se retorció bajo una melodía mortal que prefería hacerlo sufrir. Parecía que sus pies querían arrancársele del resto del cuerpo. El gentío aplaudía, celebraba la muerte tal y como en otras épocas y en otras tierras se celebraba la vida. Había niños, mujeres y ancianos, desperdigados entre los obreros, los trabajadores de las minas y los siervos de las plantaciones. Los guardias inundaban la gran plaza de carcajadas, contemplando fríamente aquella tenebrosa escena. Le llamaban "el último baile" y era la parte favorita de muchos espectadores, quienes verdaderamente se deleitaban con aquella fiesta nacional. Una vez al mes el país interrumpía su rígida e inmisericorde rutina para presenciar la muerte de los rebeldes, los sospechosos, los que habían cuestionado al régimen, esos que habían intentado abrir la boca en el momento equivocado; aunque el caso de Gael era especial, él sí era culpable, pero no de soñar, había hecho algo peor, mucho peor, por eso todos esperaban con más excitación.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que el jefe de la Guardia Nacional, un tipo barbudo y prepotente, decidiera poner fin al martirio de aquel hombre en la horca. Se acercó y pudo aspirar el aroma de la desesperación; era adicto al sufrimiento, adoctrinado por muchos años para ello. Con su bayoneta desgarró el vientre de aquel pobre hombre de tez oscura, de la misma forma que un carnicero da los primeros cortes a la piel de un cerdo; así culminó la vida del octavo sentenciado. Si algo no necesitaban los seis hombres que esperaban su turno en la celda eran circunstancias como esas. Pero estaban obligados a presenciar la pena de sus compañeros desde su celda. Era una terrible estrategia, una forma de destruir el espíritu antes que el cuerpo.

Para aquellos momentos el miedo había intoxicado regiones del alma que pocos conocen. Las palabras habían perdido su significado y con la convicción de que ya había tocado fondo Gael contuvo un fuerte grito, apartando la vista de la ventana para no ver los inmisericordes rostros de aquella muchedumbre que entusiasta disfrutaba del espectáculo. Nadie se preguntaba el porqué de las ejecuciones, nadie cuestionaba la culpabilidad de los sentenciados, nadie dedicaba si quiera un instante a meditar en aquella barbarie.

Fue imposible para él, los hombres no soportan tanto peso. Gael vivió sus últimos minutos en la desintegración de su memoria. Vio los rostros de todos, desde el primero hasta el último, los que estaban allí, en el oscuro presente, pero también pudo ver el pasado, todo contenido en un suspiro áspero. Se ahogaba de adentro hacia afuera, su alma podrida desde el interior empezaba a infectarle piel, la cual

lucía tan pálida como si ya hubiese muerto. Su aliento hedía y sus huesos parecían más frágiles que nunca. Luchaba por mantenerse quieto, reclamaba algo de dignidad, aun cuando sabía que los guardias habían esperado aquella oportunidad por tanto tiempo, especialmente el de la gran barba, su mejor amigo, su más viejo enemigo.

El grito silencioso de su indignación sacudió toda la celda, interrumpiendo la fiesta nacional bajo el ritmo de aquellas vibraciones. Aunque nadie escuchó tal grito, solo él, lo sintió nacer en sus riñones y recorrer sus vísceras hasta su garganta y su cabeza. Fue más bien un susurro con tintes de exclamación. Justo en el momento más oscuro, cuando el chillido de las rejas anunciaba que las puertas habían sido abiertas y que dos hombres armados venían a por uno de sus compañeros, se atrevió a reírse. Sus carcajadas asustaron a oficiales y a los demás sentenciados. Pero no se detuvo, aumentó la intensidad de sus risas desquiciadas, mirando por la ventana y señalando su victoria ante el asombro y la incredulidad de todos sus enemigos. Había fuego en los edificios del fondo, aquellos que a la distancia abrazaban a la muchedumbre. No era un simple incendio, era un conjunto de incendios simultáneos, un fuego sin precedentes en la historia de la joven nación. De repente el caos reinaba y Gael no dejaba de reírse mientras todos observaban desde los barrotes, absortos, inmóviles, tan nerviosos y emocionados como jamás creyeron que podrían estar.

Entonces echó a correr. Ninguno advirtió su reacción, su último intento por sobrevivir. Le habían visto derrotado, muerto en vida; jamás creyeron que lo intentaría. Habían abierto la celda en busca del alma del noveno sentenciado y el capitán Olmo se valió del momento surgiendo a empujones inesperados que apenas dieron tiempo de una torpe maniobra por parte de los guardias, quienes lamentarían su descuido por el resto de sus vidas. Se dirigió hasta el final del pasillo, el cual conectaba con unas viejas gradas de madera, desde las cuales pudo ver la esperanza dibujarse alrededor del marco de una pequeña ventana sin barrotes ni vidrios; era la única alternativa. La pequeña abertura trasera daba a la calle, donde se suponía un preso no tendría acceso jamás, pero la determinación con la que salió pudo más que la lógica con la que habían construido el lugar.

Desafió a las circunstancias, con el ímpetu al que ninguno de sus compañeros recién asesinados pudo ni tan remotamente dar lugar. Varios intentaron hacer lo mismo, pero tuvieron la mala fortuna de toparse a los demás guardias de frente, lo cual fue ventajoso para Gael pues sirvieron de distracción para que él pudiese huir, o al menos, para que tomase algunos pasos de ventaja. Esos cinco hombres tras él forcejearon con los cuatro guardias con la desdicha de ser recibidos por las balas de uno de los oficiales de mayor rango. Hubo algunos

golpes y puñetazos. Fue una batalla corta en realidad, pero lo suficientemente larga para lo que el sentenciado número catorce necesitaba.

Se lanzó por la estrecha ventana cayendo desde un segundo piso. No salió aireado de la caída. A pesar del impacto de su brazo izquierdo contra el suelo, la potencia que llevaba en aquel momento impidió que prestase atención alguna al dolor. Corrió con todas sus fuerzas, como si hubiese estado aguardando ese momento toda su vida. Hizo lo imposible, lo que sería un escándalo tan siquiera imaginar. Avanzó a campo abierto por la parte trasera de la "Plaza de los inmolados", como era conocida por ser el lugar donde ejecutaban a los presos. Fueron minutos fugaces los que le pusieron del lado de los vivos nuevamente.

Varios guardias con sus perros le siguieron, tal vez seis, tal vez mil, no tuvo tiempo de pensar en ello. De alguna forma fue casi invisible, ayudado por las miles de personas víctimas del pánico y protegido por el fuego amigo suyo. No se detuvo por mucho tiempo, ni siquiera cuando sintió curiosidad por el lugar donde se habían originado los incendios. Cualquiera habría sucumbido ante el deseo de contemplar el vasto complejo gubernamental arder, pero Gael continuó. Pasó de cerca por "La calle de las bellas", donde tres décadas atrás había sido concebido, en un intercambio barato entre un oficial de policía y una prostituta; también cruzó el deslucido "Parque Gris" y el "Templo al Dios no conocido", lugares vacíos en aquel momento. Nunca supo cuándo o cómo se deshizo de sus últimos persecutores.

Atravesó la tercera puerta de la gran pared divisoria, la entrada al gran y único caserío. Un mar de callejones le ayudó y se desvaneció entre estrechos pasajes que a modo de laberinto formaban el viejo y pobre complejo de casas repetidas. Para su fortuna no fue advertido por nadie. Lo risible es que la misma multitud que le abucheaba se había vuelto a su favor involuntariamente, ocultando su rastro de la mirada agresiva de la policía. Debía ser el último en morir, el más esperado, el más odiado. Pero aquel no era el día de su muerte.

Desapareció completamente, entre miles de pequeñas casuchas, todas iguales en color, tristeza, tamaño y distancia unas de otras. La oscuridad ganaba terreno en los últimos colores de un triste y enfermizo atardecer, y mientras el retumbar de las botas policiales se fue enmudeciendo, sus esperanzas fueron resucitando. No sabía si el plan iba a funcionar, había demasiadas posibilidades, demasiados escenarios en los que su muerte era casi inevitable. Había determinado en su corazón no volver atrás, no refugiarse nunca más entre las leyes de hombres que condenaban a todo aquel que se atreviese a soñar, a todo aquel que refutase una orden, a todo aquel que vistiera diferente

o que comiera lo que no se le había asignado. Un impulso insensato se convirtió en su último chance de escribir una historia de libertad, una con un final diferente al que sus enemigos le quisieron dar.

Entonces sí hubo un hombre que cuestionó la poderosa voz del sistema, uno que cambió de consejero para siempre; ese fue Gael Olmo, tan culpable como arrepentido.

Él creyó en una nueva oportunidad, y corrió en pos de ella…

LA CORRUPCIÓN DE LA MEMORIA

El sonido de las sirenas podía escucharse en toda la ciudad: en el vasto caserío que se aferraba a la montaña, en las plazas grises y solitarias, en los edificios de fachadas tristes y anticuadas, en los portones altos de las fábricas, en las entrañas de las minas de carbón, en las plantaciones agrestes y en los enormes muros de piedra que aprisionaban a todos por igual. Era un ruido poderoso, obstinado, persistente y desesperante; indicaba la maldita hora de levantarse, siempre invariable, tan rígida y rutinaria, el momento de atender las labores que todos odiaban pero ninguno refutaba.

La luz del amanecer entraba por la única rendija, una ventana sin alma, fuente de brisas congelantes y el lugar por donde el sonido de la opresión se apoderaba de su vieja y desgastada casa, la cual tenía cuatro paredes despintadas, variando tonos grises y un blanco hueso, un sofá agonizante, una puerta agujereada y una cama quejumbrosa que cantaba la misma canción que el piso de mosaicos desteñidos. El dolor en su cabeza era insoportable y cada vez que abría los ojos la luz le quemaba las entrañas y el alma. El sofá se tambaleaba de un lado a otro, las paredes crujían, perdían fuerza y determinación, se ladeaban y se erguían, volvían a ladearse y volvían a erguirse.

Sabía que le habían aumentado la dosis, podía sentirlo en todo su frágil cuerpo, pero no sabía por qué. No había nada que odiase más que los efectos secundarios, pero todo aquello huía de su control y voluntad. Si las pruebas médicas semanales indicaban algo inusual o peligroso los médicos tomaban decisiones sin mucho pensar. Podía soportar el castigo, lo que no podía soportar era la incertidumbre diaria. Aldo no sabía cuáles eran sus faltas, trataba de mostrarse leal y dispuesto en cada situación, incluso había llegado a un trato con los hombres que el gobierno envió para estudiar su caso. Trabajaba a doble jornada a cambio de una porción extra de alimento, y cumplía con una serie de extraños encargos especiales fuera de su horario laboral, esto último a cambio de papel y lápiz. El joven Aldo Negredo tenía un único pasatiempo en el mundo y sin este no habría podido mantener la cordura tras la repentina muerte de su padre y su expulsión del colegio militar. Por supuesto, no podía hacer preguntas ni abrir la boca para opinar.

Todo lo que hacía lo hacía por su madre. Creía que podría

salvarla de las muchas enfermedades que padecía y especialmente de la poca tolerancia que el gobierno tenía para con los enfermos. El día que vinieron a llevársela él luchó, no se los permitió. Lo golpearon y lo humillaron, pero sin darse por vencido negoció con la autoridad de hierro y les hizo saber acerca de su disposición para tocar cosas muertas y exponer su salud a experimentos. Siendo alguien más inteligente que el promedio y mostrando tanta disposición para colaborar no pudieron rechazar su oferta.

El dolor en su cabeza rapada se hizo insoportable, atormentado por el ruido excesivo que venía de afuera. Su mundo interior permanecía en abierta e inagotable discusión, razonando con sus recuerdos abstractos y rindiéndose ante sus temores. Durante los últimos meses había sentido en el vientre la necesidad y la obligación de rebelarse, mas no había hecho nada, al menos nada que pudiese recordar. Sus intenciones eran un inacabable ir y venir, una infatigable lucha interna entre aquello dentro de él que añoraba paz y libertad y aquel temor a ser traicionado en un mundo cruel e intimidante. Su madre era su fuerza y su debilidad. La había librado de una muerte segura, aunque sabía que su mucho esfuerzo solo compraba tiempo y que tarde o temprano el cuerpo débil de su progenitora terminaría por descomponerse en alguno de los bosques asignados para sepultar a los muertos.

Al cerrar los ojos sólo podía recordar luces y rostros difusos, sonidos distorsionados y lamentos vehementes. No sabía a qué asociar tales recuerdos, fragmentos de una realidad que siempre parecía una invención de su mente extenuada. Imágenes fugaces, olores metálicos y alcohólicos, paredes verdes, rostros amarillos, objetos plateados, ¿música clásica? la misma canción una y otra vez, a toda intensidad, hasta que hacía sangrar los oídos. Maldita mañana oscura. Náuseas y mareos persistentes, pasos torpes, zigzagueantes. Una pequeña y fría casa que nunca será un hogar. Dolor sobre dolor, del cuerpo y de algo más real que el mismo cuerpo, algo lejano y profundo, quizás el alma, quizás el espíritu. Y su padre aparecía a veces, como una visión lejana, como una voz que le advertía de peligros más grandes que su propio entendimiento. Pero nunca podía entender lo que en realidad quería decirle. Su padre siempre fue lejano y enigmático, un nómada obligado a tener una familia y cuidar de un niño que no parecía querer; sin embargo, siempre lo protegió. “No eres como los demás hijo. Un día saldrás de aquí, caminando, con dignidad, después de haberlos derrotado en su propio juego. Eres más fuerte que todos” solía decirle en vida, y ahora, reducido a una urna metálica con un largo código numérico, seguía diciéndole lo mismo, en sueños recurrentes llenos de una enfermiza convicción.

Intentó vomitar sobre la letrina, sucia como todos los días, sin agua

y sin luz, un agujero fétido a un lado de la recámara donde su madre obesa y pálida sudaba los medicamentos asignados para su padecimiento. La mujer entendió lo que estaba pasando y preocupada por su hijo trató de hacer varias preguntas, pero de su boca solo salió ruido y los músculos del rostro apenas y lograron un débil movimiento del que su hijo no se percató. Además de la cama que resistía como podía el peso de la enferma, no había sino un cuaderno lleno de dibujos y anotaciones, dos libros negros que habían sido prohibidos, un lápiz diminuto, una vieja fotografía de su madre cuando era joven y una silla de madera sobre la cual reposaba un uniforme de trabajo que él mismo no había puesto allí; lo odiaba, jamás lo habría acomodado tan minuciosamente.

Tras no poder vomitar y sentir un ardor sobre todas las heridas frescas de su cuerpo, contempló sus manos, un tatuaje numérico en una y varias heridas superficiales en la otra. Sudaba en exceso. Y luego más espasmos y escalofríos repentinos. Incluso respirar era una tarea pesada, como si el suministro de aire también fuese racionado. Quería llorar, pero los hombres no lloran, tampoco las mujeres. El llanto es debilidad y la debilidad está prohibida. Los débiles mueren primero. Los débiles sufren más. Los débiles son una vergüenza nacional, motivo de burlas y escarnio, razón suficiente para ser ejecutados. Nadie quiere ir a prisión. Nadie quiere ser abucheado. Nadie. Ni siquiera los que en secreto añoran la muerte.

Su cuerpo le rogaba un descanso, cerrar los ojos un poco más, tal vez para morir, aunque las historias del infierno relatadas a todos desde la temprana infancia parecían surtir su efecto justo en ese mismo punto. La mente es tan fuerte o tan débil como los pensamientos que aloja. El descanso excesivo es traición, el ocio es traición, la pereza es traición. Y la traición es muerte sin recompensa, muerte sin esperanza, pues cuando un trabajador muere este merece una existencia mejor, sin tristeza ni dolor, pero cuando un vago o un rebelde mueren estos sufren eternamente, su dolor no se acaba, su mirada permanece triste y vacía, mirando la vergüenza y añorando la vida que tenían antes de su oprobio. Así era la doctrina general, parte de una religión rediseñada para satisfacer las necesidades del régimen.

Aldo se miró en el espejo sucio de su casa, decepcionado de aquel reflejo gris. Lucía tan débil, tan vulnerable, como si estuviese pronto a recibir su condena. Granos, ojeras, rasguños, y sobre todo, temor, mucho temor. Se acercó a la silla y balbuceó palabrotas con su aliento amargo y ese sabor a sangre en sus encías y labios que intentaba ignorar. No podía haber sido él quien había puesto la camisa gris junto al pantalón azul de esa manera, mucho menos habría puesto sus botas corroídas una junto a la otra, como si le gustara vestir de la misma forma todos los días, como si alguna vez en la vida hubiese

llegado del colegio o del trabajo sin ganas de lanzar su ropa por los aires y dormitar en busca de una muerte repentina. Odiaba los uniformes, y más aquel de su nuevo empleo en la fábrica. Le recordaba su juventud desperdiciada, sus fuerzas disminuidas y sus esperanzas sometidas. Era un gran estudiante, le gustaba leer, amaba los números y ellos lo amaban a él, además, las ciencias le resultaban apasionantes y la historia misma de su país era un conjunto enigmático de mentiras elaboradas y reordenadas varias veces según las necesidades del gobierno, razón que lo hacía desear la verdad sobre todas las cosas.

Alguien más había estado allí, alguien había registrado su casa y había reordenado todo con cinismo. Era una amenaza clara. El problema es que no podría precisar quién había sido, quién había descubierto sus dos libros negros en cuyo interior había cientos de dibujos de un valor incalculable para él. «La vida no puede ser esta pesadilla inacabable, debe haber algo más allá de esos muros de piedra» se dijo a sí mismo, sintiendo otra vez algo parecido a enojo e indignación acumulándose desde sus riñones hasta su pecho, pasando por sus manos rígidas y su gesto animal. Algo terrible había pasado la noche anterior y no podía recordarlo. Pensar en las repercusiones de aquello le hizo perder el control momentáneamente. De pronto el sucio espejo reflejó su ira lanzando su uniforme con todo y silla contra la pared, haciendo un ruido que inquietó a su vecino más cercano. Por un momento olvidó que todas las moribundas casas quedaban tan cerca las unas de las otras, que bien era posible, si se guardaba silencio, escuchar la respiración, las murmuraciones y los gemidos sexuales de los vecinos.

La voz ronca de un anciano se escuchó del otro lado.

—¿Está todo bien ahí?

—Sí, todo está bien, gracias. Me he caído alistándome —respondió Aldo con una voz extraña que ni él mismo pudo explicar.

—Su voz se escucha mal, ¿está usted enfermo otra vez?

—No, descuide, estoy bien, es sólo que tuve otra noche difícil —respondió el muchacho, saboreando sus labios y rascándose la espalda con viveza, como si intentase afilar sus uñas contra la tosca superficie de sus lomos de obrero.

—¿Sigue teniendo pesadillas? Ya le dije cómo deshacerse de ellas, no ignore mis consejos, soy mucho más viejo que usted. Será mejor que se dé prisa porque se hace tarde.

—Si, tiene usted razón.

En efecto, las sirenas volvieron a sonar con toda su potencia, obligando a cada habitante del viejo caserío de casuchas blancas,

todas iguales, construidas en las faldas de una vieja y mítica montaña, a taparse los oídos y dejar su insípido desayuno a un lado, apurando sus pasos para llegar a la puerta. La exactitud y la puntualidad eran vitales.

Cada habitante se dirigía a su trabajo entre el ruido que hacía vibrar todas las fibras del alma de un país y sus pasos más disciplinados. Marchaban en una formación estricta y diligente que satisfacía a los amos de la tierra, a los dueños de las riquezas y a aquellos que habían diseñado el caserío como perfectas formas geométricas que dotaban el espacio de líneas y cuadros, de callejones y casuchas. Todo eran cabezas rapadas, sin importar género o edad; rostros abatidos, gestos sojuzgados, miradas sometidas, cuerpos demacrados y espíritus enfermos. Los niños por un lado, los jóvenes por otro y los más adultos a la cabeza, marchando sin esperanzas a su lugar asignado. Destacaban los tatuajes numéricos en la mano derecha, los pantalones azules, las camisas grises y la ausencia total de esperanza, como si esta fuese un don innecesario. Todos idénticos, sin excepciones, sin distinciones ni privilegios. El cabello es un lujo que pocos podrían costear, salvo oficiales o los denominados “hijos predilectos”; pero estos no se pasean por las calles, evitan ensuciarse del aire común que exhala la multitud.

El joven Negredo sintió que su cabeza estallaría de una vez por todas. Un extraño ardor proveniente de su entrepierna le hizo perder segundos valiosos, pues al revisar, muy cerca de sus genitales, del lado izquierdo, encontró una especie de código en su piel: “AN-866C”, sin tinta, doloroso. Nada de eso tenía sentido para él, esta vez sus iniciales venían acompañadas de números para los cuales no tenía una explicación, y en cuanto al ardor, era obvio que había tenido que agrietar algo de piel para que el mensaje no se borrase fácilmente. Había sangre en su ropa interior. Se preguntó si sus enemigos se habían percatado de ello, pues definitivamente esa marca no podría haber sido hecha sino por él mismo. Sólo él hacía ese tipo de trazos, sólo él escribiría un mensaje como aquel; aunque tristemente ya no podía recordar ni su significado ni la desesperación con la que lo había hecho. Tal vez era una trampa, podían haberlo obligado a marcarse la piel para confundirlo; o quizás era todo lo contrario, su último intento de rebelión antes de que las drogas enfermaran su sangre y su memoria. En un mundo construido en base a mentiras no podría jamás estar seguro de nada.

En los últimos años el sol casi nunca osaba aparecer, como si este también hubiese sido vetado por el régimen. Todo lucía deteriorado y empolvado, sin importar la época del año, aunque de vez en cuando una lluvia agria y breve humedecía los suelos y evidenciaba el mal estado de los viejos tejados enmohecidos. Aquello

en el cielo no eran densas nubes solamente, había también humo y neblina, vapores tóxicos y tristeza. Y es que no era un día cualquiera, era el día de las ejecuciones, un día festivo, el más esperado cada mes; y por si fuera poco, como faltaban pocos días para que se cumplieran los cincuenta años desde el ascenso al poder del "Partido de los hombres libres", conocido como el PHL, una serie de actos conmemorativos y ejecuciones públicas serían inevitables para toda la población, no solo ese día sino los días siguientes hasta el cincuentenario. El plato fuerte de ese día era la ejecución del hombre más odiado en todo el país: Gael Olmo, un policía traidor.

A Aldo poco le importaban estas cosas, lo único que sabía era que si no salía en los próximos instantes sería amonestado y no tendría el breve receso del almuerzo. Ya contaba dos amonestaciones de este tipo, las cuales padeció débil y enfermo del alma, de la cadera y del estómago, por ello no dudó en apresurar sus movimientos. Se puso la horrible camisa gris y el pantalón azul en un parpadear, incluso se le cayó un botón de la camisa y se le rasgó un poco el pantalón al subirlo por sus piernas tan bruscamente; y aunque lamentó aquello supo que no tenía más opciones que salir así. Caminó hacia la salida con las botas negras, una en cada mano. Intentó acicalarse sus cejas superpobladas humedeciendo sus dedos de la mano derecha con saliva, pero tenía la boca demasiado seca; al mismo tiempo trató de ponerse al menos una de las botas con la mano izquierda. Sabía que el sonido de las sirenas pronto cesaría su habitual irrupción y que si no estaba afuera en ese momento, quedaría registrado a los ojos de algún oficial y nuevamente viviría un día sin su ración de avena y pan. Sin embargo, lo peor es que al ser su tercera amonestación también le obligarían a trabajar horas extras y a no comer en dos días; y por otro lado, al ser un día festivo, el pan y la avena vendrían acompañados de frijoles. Amaba los frijoles, eran su comida preferida, aunque no tenía muchos recuerdos de otros tipos de comida.

Terminó de ponerse ambas botas y salió justo en el momento en el que las sirenas cesaron de amedrentar a los demás. Aldo supo que estuvo a punto de hacer enojar a los oficiales, incluso intercambió una mirada fugaz con uno de ellos, mas no uno cualquiera, el jefe de la Guardia Nacional, uno alto y de barba abundante que siempre le seguía, de apellido Cuevas, con quien compartía historias terribles. Aquel enemigo suyo se le acercó y le susurró al oído: "La próxima vez caerás tan duro que no te podrás levantar." Tal frase retumbó en la cabeza dolorida de Aldo, provocándole una nueva crisis de mareos y náuseas, y a pesar de que no había dejado de sentirse mal, aquella amenaza desencadenó muchas terribles sensaciones que complicaron la marcha uniforme de Aldo Negredo, el empleado número 768 del

sector C, como lo aseveraba un tatuaje fresco en su mano derecha.

Muy pocos tenían un nombre, la mayoría lo había olvidado, pero Aldo se había aferrado al suyo. Había trabajado horas extra por todo un año para recuperarlo, mientras todavía era un estudiante destacado en el colegio militar, el cual adiestraba las mentes y las almas de los futuros hombres fuertes de la nación. Su nombre era todo lo que tenía en el mundo, la vida de su madre era demasiado frágil y su destino había sido marcado tras la muerte de su padre, quien también trabajaba horas extra para poder enviar a su hijo al colegio, esto debido a que después de los catorce años la educación era sustituida a la fuerza por el empleo, todo por culpa de una guerra lejana que aparentemente afectaba la economía mundial.

A diferencia de la mayoría de los hombres, mujeres y niños, él no se había conformado con un número y una letra, quería más de la vida, esperaba mucho más. Eso explicaba su obsesión de escribir sus iniciales varias veces a la semana, por las noches claro está; de esta forma no olvidaría su nombre. El olvido es un riesgo al que todos estaban expuestos. Si alguien mirase con mucho detenimiento en el interior de la casa del muchacho encontraría las mismas letras en los más variados rincones; diminutas, casi imperceptibles, inofensivas en sí mismas. Fuese en la madera olorosa de las paredes de la letrina, en el último escondrijo de la desvencijada puerta principal, en el techo, en la parte inferior de cada una de las seis paredes, en la tela sucia de una cobija sin forma, en la misma almohada plana y descontenta que tenía desde que hacía un año le asignaron aquella casa junto a su madre, o incluso muy cerca de sus genitales. No importaba cuánto dolía hacer aquella marca, cuánto esfuerzo requería o cuánto tiempo tomaba. Lo importante era no olvidar, pues si así acontecía sería como si hubiese muerto, sin identidad, sin escapatoria, siendo sólo una serie numérica que a nadie más le importa.

Por el resto del camino fue escoltado por diferentes oficiales, los cuales se alternaban entre sí para vigilar que todos los trabajadores fuesen ordenadamente a sus lugares asignados. Los hombres mayores de 14 años a alguna de las seis fábricas, a las minas de carbón o a alguno de los tres plantíos; los adolescentes entre 12 y 14 años al colegio regular o a las bodegas, según sus habilidades; los niños grandes, entre 8 y 12 años, a la escuela de adiestramiento intelectual, cuyo nombre era incuestionable; y todas las niñas entre 7 y 12 años a la escuela familiar, un lugar lleno de maestras exigentes y doctrinas conservadoras. Por supuesto, había excepciones, todo dependía de los resultados de los exámenes físicos y psicológicos que se practicaban a los jóvenes, tales exámenes determinaban el destino y las aspiraciones de todos. Si eran muy inteligentes cumplirían cierto tipo de encargos y si a su parecer eran muy estúpidos se les asignarían los peores

trabajos. Algunos niños pequeños cumplían con obligaciones menores, siendo mensajeros, repartidores o vigilantes, desperdigados por allí, valiéndose de su tamaño para pasar desapercibidos, muchas veces siguiendo órdenes que rompían su inocencia para siempre. Y con respecto a las niñas más pequeñas, ellas permanecían bajo la vigilancia y formación de un grupo de madres que debían cuidarlas y mantenerlas ajenas al resto del mundo, ocupándolas con el cuidado de los bebés, adiestrándolas para lo que vendría, preparando sus mentes y corazones para la escuela familiar, donde entenderían las desventajas de ser mujer y las aceptarían toda su vida. El resto de las mujeres se dividía en varias partes, unas trabajaban en las distintas cocinas de las fábricas, otras en el aseo de los lugares públicos o de las casas de los líderes de la nación, y muchas más trabajaban en el campo, sembrando y recolectando junto a los hombres viejos o aquellos cuyos exámenes mentales los catalogaban de lentos. Un último remanente masculino lograba llegar a bajas esferas de poder, lenta e insistentemente, mostrando habilidades de combate, en el uso de armas o en lo que respecta a estrategias y astucia; los mejores del colegio militar, los más leales y aquellos que mejor habían asimilado las doctrinas del régimen. Estos eran los oficiales de la policía militar, los de la policía del orden, la policía secreta, los guardias de las casas de los hijos del gobierno o los vigilantes del invencible muro que resguarda a toda la nación, porque como era de suponerse, nadie podía salir de aquel país.

Aldo seguía mareado, había estado a punto de caer en no menos de tres ocasiones, pero sabía que si lo hacía pasaría la mañana en la enfermería, lo cual representaba, en el mejor de los casos, media ración de comida y nada de frijoles. Hizo lo que pudo para no caer y avanzó de una forma extraña que no pasó inadvertida entre los guardias, quienes tenían permiso de disciplinar a cualquiera que hablase en el trayecto o que se comportase diferente a lo establecido en el código de conducta de los trabajadores, diseñado por los miembros del PHL, quienes curiosamente eran todo menos trabajadores. Un oficial se le acercó y le dio un fuerte golpe en la espalda con su bastón negro, una advertencia solamente. Se aguantó las ganas de llorar, de gritar, de correr, de darse por vencido. Pensó en su madre, en su padre, en las mentiras que debía descubrir, en el veneno que debía escupir y en la venganza, dulce venganza, con la que un día azotaría a toda la nación. En ese desvarío de pensamientos prohibidos y fantasías poco probables, recibió un segundo golpe de otro oficial, quien le dijo lo mismo que el oficial Cuevas le había dicho:

“Niño listo. Hoy caerás tan duro que no te podrás volver a levantar.”

Aldo soportó el dolor con dignidad.

Era un muchacho de diecisiete años con un sueño escondido en algún lugar entre su sangre y su memoria.

Solo entonces pensó en ella, sin saber si se trataba de un recuerdo o un deseo.

En su cabeza danzaban los fragmentos desordenados de una mujer cuyo nombre no había podido recordar en muchos días. Sabía que era real, sus ojos, su aroma, el color de su espíritu, el cual ni siquiera aquel régimen con sus muchas prohibiciones y sus altas murallas había podido apagar.

Cambiaría su propio nombre por el de ella, y todos sus dibujos por volver a tenerla a su lado, aunque fuese un segundo. Un único beso valdría todo aquel martirio, y después la muerte, porque era el único camino seguro que conocía.

EL SECTOR C

El oficial Cuevas había seguido al joven Aldo casi todo el trayecto, como si fuese su única responsabilidad para con el régimen. Había mirado cómo otros oficiales le amonestaban, esperando que el chico cometiese algún error. Pero Negredo no tropezó ni vomitó, soportó el largo camino por la calle principal, pasando por entre la imponente Casa de Gobierno, un edificio de paredes muy blancas, seis pisos y muchas ventanas que la multitud intentaba no mirar directamente; y las celdas donde los condenados pasaban las últimas horas antes de morir, dentro de una casa antigua de madera rodeada por la vasta Plaza de los Inmolados, una explanada llena de historias, la cual ese día fue objeto de miradas codiciosas y expectantes, por los tantos recuerdos que cada ciudadano tenía estando en aquel lugar y porque todos sabían que al finalizar la jornada se verían las caras allí, en un hermoso espectáculo en el que morirían todos los que debían morir. Por supuesto, nadie dijo nada; pero las palabras no fueron necesarias, los gestos y los pensamientos coincidieron una vez más.
Finalmente Aldo y un considerable grupo de trabajadores llegaron al sector C, pasando los portones altos, por los suelos arenosos sin esperanza que tan malos recuerdos despertaban en la mayoría, entre el humo de máquinas que ensuciaban los aires y el sonido de martilleos que provenían de los trabajadores del turno de la noche. La producción no podía cesar en ningún momento; aunque el reducido grupo nocturno lo constituían los rebeldes, los amonestados y los problemáticos. En el largo trayecto nadie podía hablar, mucho menos discutir, pelear o diferir en algo con alguien; pero a partir de aquel momento todos podían hablar en voz baja, siempre y cuando hablasen palabras relativas al trabajo o a las actividades promovidas por el régimen.

El sector C, el menos peligroso de todos, constituía la tercera parte de la fábrica más grande del país. Dicha fábrica era un gigantesco monstruo de acero y hormigón, atiborrada de hombres e historias sin contar, con paredes gruesas y techos muy altos, una especie de cárcel laboral donde los colores se habían diluido en la rutina inmutable dueña de las vidas de los trabajadores. El calor de las máquinas de vapor era insoportable y el sonido de los generadores constituía una melodía de fondo que cada obrero seguía escuchando al llegar a su

casa y cerrar sus ojos tendido sobre su cama. El sector C era el menos ajetreado, el que menos heridos reportaba cada día y aquel cuyas asignaciones en nada podían compararse con las de los bravos mineros que extraían carbón y otros minerales a varios kilómetros de distancia, entre la oscuridad total y el bochorno absoluto, o el de los trabajadores del ferrocarril que atestaban vagones de la materia prima de las pesadillas siderúrgicas de dos mil hombres.

Cada nueva jornada iniciaba sin más demoras, evitando retrasos y contratiempos, exprimiendo la esencia de los segundos para obtener de ellos el mayor provecho. Al tiempo que sus compañeros más cercanos aserraban, perforaban, fresaban, limaban o marcaban, Negredo sólo doblaba los bordes de las láminas, dedicando la mayor parte del día a pensar, a fantasear y dibujar con su mente aquellos bocetos por los que a veces trabajaba horas extra, en aquellos libros negros por los que había pagado tan alto precio. Parecía un buen intercambio, por lo menos desde su realidad. Con el trabajo adicional que hacía algunos días de algunas semanas, costeaba el papel y los lápices que tan religiosamente custodiaba en su deslucida morada. Era un intercambio ilegal, nadie podía darse cuenta, él acudía a horas de la noche y llevaba, de un punto a otro, mensajes en códigos siniestros, sin mayor relevancia para él; luego volvía con sus regentes y estos le compensaban con algunas hojas de papel, tres o cuatro a lo mucho, y un pequeño lápiz del tamaño de un meñique. Trabajaba hasta cuatro horas extra y se atrevía a pasearse en lo oscuro de la noche en una ciudad sin libertades, portador de códigos y mensajes decadentes, expuesto a peligros visibles e invisibles, tan sólo para poder dibujar en las tardes de domingo, su único rato libre a la semana desde que murió su padre.

Nadie había visto jamás sus obras, celoso y tímido las guardaba en el interior de sus libros negros, ignorando las palabras que estos contenían y usando su propia saliva para adherir las gruesas hojas de su arte a las delgadísimas hojas de sus libros idénticos; escondiendo todo bajo el escueto colchón de su cama. Sus creaciones eran cosa seria para él y las firmaba siempre de la misma manera: “AN”. Pensaba en su último dibujo, el de las manos de esa mujer, cuando un destello interior le agitó y le puso a temblar más de lo normal, golpeándose el pulgar de la mano izquierda con el mazo. Sus maldiciones fueron imperceptibles para su tranquilidad. Su memoria le había traído un impulso nervioso traducido en una imagen fugaz. Asoció aquel fragmento de recuerdo con otros más hasta que pudo recordar algo de lo que había pasado la noche anterior. Deseó no haber recordado nada. Las cosas se habían complicado desde hacía unas semanas, cuando las encomiendas variaron y sin poder negarse, terminó llevando algo más que mensajes. Ahora cargaba cuerpos de

un lugar a otro, de criminales o enfermos, como le habían dicho; y aunque Aldo se negó a dar importancia a su labor, deseando no pensar en el triste final de aquellos miserables, poco a poco sus ojos empezaron a ver más y sus oídos se atrevieron a escuchar lo que no debía escuchar; de allí surgieron sus preocupaciones.

La rutina seguía intacta, las palabras escaseaban como si fuesen tan costosas que nadie podía pagar por ellas. No había ánimos para abrir la boca y salvo aquellas órdenes que demandaban intensificar las labores, lo único que podía escucharse en varios kilómetros a la redonda era el sonido de la esclavitud, los gemidos de una industria naciente en el país que consumía la energía vital de los hombres hasta reducirlos a huesos y polvo. El tiempo correría muy despacio, atrapado por el tedio y la repetición de todas las cosas. Cada día era igual, cada mes, cada año, hasta que la muerte mordisqueaba las últimas fibras del corazón de cada obrero, liberándolo para siempre, o entregándolo a una forma de existencia distinta, tal vez mejor, tal vez peor.

Cuando las sirenas volvieron a sonar el país entero supo que era tiempo de comer. Los primeros sonidos alternativos aparecieron pocos minutos más tarde, eran las habituales quejas durante el receso, donde los saludos salían sobrando y el alma de los trabajadores sentía un ligero alivio al aire libre, en un intercambio de cigarrillos mientras llegaban las mujeres con platos de avena, cucharas y hogazas de pan fresco que sabía a tierra o galletas suaves que sabían a sudor. En aquella fábrica no había comedores, algo distinto a las demás; eran tantos obreros que los directores, siempre soberbios y casi invisibles, habían decidido que las mujeres repartieran los alimentos en los siete patios que rodeaban el complejo edificio, obviamente bajo la plena supervisión de oficiales. Entonces allí, sentados sobre el suelo arenoso manchado de grasa, de aceite, de humo, de mugre y soledad, con algunas hierbas secas dispersas a su parecer, y recostados sobre las paredes percudidas o sobre las grandes columnas que contemplaban atentas cada movimiento, la masa de obreros comía y respiraba del mismo aire enfermo.

Aquel día no fue la excepción, tras una mañana sin contratiempos, haciendo lo mismo de la misma forma, martillar hasta el aburrimiento, Aldo se sentó junto a otros doscientos hombres en el suelo del patio menos concurrido, deseando un lecho dónde reposar de sus mareos crónicos. Como ya era habitual en él, comió sin tratar de hablar con nadie. Pero un viejo desnutrido se acercó y le miró con una sonrisa sin dientes: “Sabes una cosa muchacho, en algún lugar de los sembradíos de tubérculos trabaja un joven idéntico a ti, es mi hijo, estoy muy orgulloso de él. Es un buen muchacho, como tú…” Aldo sabía que aquel hijo del que hablaba había muerto de agotamiento en

el campo, hecho que le llevó divagar entre los recuerdos intactos y los borrados a la fuerza. Pensaba en los caprichos de la memoria, masticando lentamente su almuerzo estéril cuando aquel molesto joven pelirrojo que solía ignorar y evadir vino a hacerle compañía. Se trataba de un excompañero del colegio militar cuya familia tampoco pudo seguir costeando su educación. El muchacho de ojos saltones parecía inofensivo, siempre dispuesto a ayudar a cualquiera; solía buscarlo en el almuerzo, para sentarse junto a él y hablarle del dolor en sus manos, de su herida en la rodilla, de su enfermedad de los riñones o de la mujer madura que abría uno de los portones altos por la cual sentía profundos deseos sexuales. Esta vez se acercó y cuando estaba a punto de hablar comenzó a toser con mucha fuerza. Había algo muy importante que quería compartir, pero no podía pronunciar las palabras, y Aldo, lejos de mostrarse amistoso o interesado en el cotilleo, evidenció su afán de terminar pronto los alimentos para retirarse.

El pelirrojo del sector B, apenado con la situación, guardó silencio esperando que las ganas de toser se fuesen por completo y ser capaz de recordar lo que hacía pocos instantes había querido decir. Retuvo las palabras tanto como su inoportuna personalidad se lo permitió, finalmente se acercó a su admirado compañero y le susurró una pregunta que a Aldo poco pareció importar: “¿Sabes a quién van a ejecutar hoy?” Aldo no sabía, ni le importaba en realidad. Eran dos jóvenes de diecisiete años soportando los problemas y el estilo de vida de gente mucho mayor, eso era lo único en lo que Aldo podía pensar.

Todo parecía ir bien hasta que las malas intenciones de algunos compañeros de trabajo no le salvaron de la tercera amonestación. Los de mayor edad odiaban a los jóvenes, envidiaban su salud y su fuerza, su determinación de sobrellevar el dolor y la presión para algún día llegar más lejos de lo que ellos podrían llegar. Cualquiera que evidenciase algún rastro de ambiciones o expectativas era un enemigo al que solo podía derrotarse con varios golpes certeros de dura y agreste realidad. Todavía comían su almuerzo, avena y una galleta suave con agua, cuando se presentaron dos oficiales, mirándolos con sumo desprecio y arrogancia, uno de ellos ordenó a Aldo que dejase de comer y leyese la nota que le estaba ofreciendo. Obviamente no se la dio en la mano, sino que la dejó caer cuando Aldo se aproximó para tomarla, riendo sutilmente en complicidad de su compañero. La simple idea de un contacto físico entre oficiales y obreros era repulsiva para ambas partes, solo que por razones muy diferentes. La nota detallaba la ausencia de un botón y el mal estado de sus pantalones, los cuales presentaban una rasgadura a la altura del glúteo derecho; de allí que tendría que trabajar dos horas más al finalizar su jornada.

Aldo no quiso expresar ninguna emoción, para no dar gusto a sus señores. Guardó el papel en su bolsillo de la camisa, el único bolsillo permitido en los uniformes de los trabajadores, y agradeció a los oficiales con un gesto seco y una mirada vacía hacia sus botas bien lustradas, pensando en que aquel pequeño papel le serviría de mucho. Los oficiales se fueron dejando una sutil nube de polvo que el joven Negredo inhaló y exhaló rápidamente.

Terminó su almuerzo, sin prestar atención alguna al movimiento de labios y mandíbulas a su alrededor, a las miradas perniciosas o el susurro de groserías y malas intenciones. Sus compañeros de almuerzo le miraron apenados, pero para Aldo aquellas caras no eran diferentes a las demás. Se dirigió de regreso a sus funciones, todavía con hambre y con un enojo que no pudo ocultar. La sirena escandalosa, diosa de los obreros de todo el país, esa que dictaba los tiempos, la que oprimía y hacía misericordia a la vez, resonó en la cabeza de Negredo sin que este reaccionase de forma alguna, esto a pesar de que la multitud que le rodeaba se apresuró al dirigirse a sus lugares asignados.

Como era usual no prestó mayor atención a sus labores, no era necesario, todo podía acontecer de forma mecánica; al fin y al cabo era lo mismo de los últimos meses, con tan ligeras variaciones que no debía darle importancia. Lo único que hacía a aquella tarde diferente era la creciente expectativa de los obreros ante las ejecuciones mensuales, irrumpiendo en la rutina, entrometiéndose en cada sutil comentario. Más que palabras o murmuraciones era un lazo intangible, un sentimiento colectivo que les agrupaba y les hacía uno solo, convencidos de que verían todo tipo de ahorcamientos, de rabietas, de pronunciamientos, de quejas y de últimos suspiros. La muerte era excitante, pero no porque nadie lo declarase, pertenecía a un código que ni siquiera salía de la boca o del pensamiento de los ciudadanos, un código que se expresaba en gestos, en movimientos oculares y en la misma respiración que se aceleraba con el pasar de las horas. Tras el almuerzo Aldo pudo atestiguarlo. Todos esperaban la hora de salida, no para ir a sus casas, no para conseguir cigarrillos a bajo coste ni para beber el casi gratuito aguardiente que abundaba en todas partes, sino para enfrentar una nueva cita con el destino de los hombres, para juguetear con los miedos y las pasiones a la espera de su turno.

Con el paladar aún pastoso y el estómago desengañado, continuó con la sinuosa obra de sus manos. Sudor. Frío. Estupor. Fatiga. Temor. Nauseas. Dolor. Tristeza… Su alma le traicionaba, le debilitaba desde la memoria y la frustración, como si el caos viniese desde adentro y no desde afuera, como si aquel entorno agrio y moribundo sólo fuese el reflejo de su propia insatisfacción. Mientras los más diligentes eran

devotos a su gran labor, convertir el hierro en acero, él se conformaba con trabajar en su torno de banco, doblando delgadas láminas en ángulo recto, sujetando las piezas entre dos tiras de madera gruesa a lo largo de la línea del doblez y martillando apaciblemente con el viejo mazo de toda la vida. Una y otra y otra vez…

Tras una tediosa hora más el dolor de cabeza se intensificó y el mareo se hizo imposible de disimular. Las formas a su alrededor comenzaron a moverse sin un orden que pudiese interpretar y pronto el suelo bajo sus pies le jugó una mala broma. Su cabeza terminó en el lugar del polvo y los desperdicios. No alertó a nadie; y aunque todos a su alrededor le vieron caer prefirieron no interferir, recordando los problemas en los que solían meterse aquellos que evidenciaban alguna bondad o camaradería. Todo eso era innecesario y peligroso. Para sobrevivir en la fábrica y en el país había que ser tan egoísta y manso como fuese posible.

No fue sino hasta que pasaron diez minutos que un oficial que caminaba haciendo su ronda de vigilancia se percató de lo que había sucedido y actuó de inmediato. Sin acercarse al cuerpo ni mucho menos tocarlo, ordenó a dos trabajadores que le llevasen a la enfermería. Lo cargaron como si estuviese muerto, más allá del tercer patio, donde el sector B y el sector C dialogaban en un intercambio de materiales, mas no de palabras. Fue difícil, los trabajadores que se empeñaban en cumplir la orden parecían incluso más débiles y enfermos. Atravesaron los pasillos oscuros e inertes, por entre paredes manchadas y rasgadas, alternando humo con vapor y frío con calor, dejándole caer de vez en cuando en el piso helado, ante la vista despreocupada de aquella multitud uniforme que debía hacer de miles de inmensos lingotes de hierro bloques cuadrados de menor tamaño. Luego lo dejaron en la enfermería, sobre una camilla que apenas soportó su peso, distrayendo a la ocupada enfermera con el molesto chirriar de cada una de las partes de la estructura metálica.

Era una reducida recámara donde el humo no parecía gobernar con la misma prepotencia. Una mujer de vestiduras blancas lidiaba con un hombre cuyas quemaduras en rostro, brazos y pecho, le habían desfigurado para siempre. El efecto del aguardiente no parecía bastar para aplacar su dolor. El moribundo sujeto no podía gritar, ni lamentarse libremente, pues si lo hacía le echarían de su trabajo y tenía a dos hijos y una esposa qué alimentar; y aunque estos eran obreros de los plantíos, gente esforzada deseosa de sobrevivir, sin un padre que arriesgase la vida por un poco más de alimento no sobrevivirían mucho tiempo. La tensión crecía y la enfermera nerviosa intentaba hacer algo, con pocas ideas y reducidos materiales médicos, prefiriendo el efecto del alcohol y la morfina juntas a cualquier otra posibilidad. Ella quería gritar, salir huyendo de ahí, maldecir el

momento en el que decidieron asignarle un oficio para el que no estaba preparada.

El demacrado obrero del sector A, donde los altos hornos trabajaban día y noche, escupiéndole al cielo los humos que transpiraban los metales, luchó él solo con la muerte ante la desazón de una enfermera inexperta e insegura. Se revolcó bruscamente, por acerbos e inacabables minutos, soportando un sufrimiento sólo digno de los infiernos. Finalmente lanzó unos cuantos berridos al viento. Con gran dolor en el pecho transpiró su alma hasta que esta se evaporó y se confundió en los aires sucios de la fábrica, mientras su corazón dejaba de latir. La muchacha de ojos grises, calva, excesivamente delgada y menor de edad, terminaría compungida hasta las entrañas, llorando la muerte y la vida, la repetición de accidentes laborales que se incrementaban cada día y le atormentaban al punto de hacerla sentir responsable por cada hombre que no pudo ayudar. “Soy una estúpida… ¡una estúpida! No debí haberle dado alcohol luego de la morfina” dijo entre un llanto agudo que le salía de muy adentro. Ese hilo de lacrimosa voz se le deshizo lentamente hasta desaparecer. Lo demás fue silencio, quietud inconfundible.

Pasó casi una hora más para que la pálida enfermera cayese en cuenta de la presencia de Aldo. Los eventos más recientes le habían absorbido las fuerzas y la habían obligado a refugiarse en un letargo hipnótico, hasta que entendió que otro hombre necesitaba su ayuda. La bella joven se tomó su tiempo para mirar a Aldo, con lentitud y sin ánimos para hacer mucho. Aún no entendía qué pasaba con el muchacho, no tenía cabeza para recordar su corto e insulso adiestramiento. Extrañó su viejo empleo, cuidando niñas pequeñas, las hijas de los trabajadores; pero el jefe requería una nueva enfermera luego de que la anterior se suicidara en su habitación con una sobredosis de píldoras verdes, de esas que ponían a dormir a la gente para que olvidara sus sinsabores y remordimientos, las cuales habían sido prohibidas recientemente para evitar nuevos suicidios. Una llamada y un pobre esclarecimiento de sus nuevas funciones, aunado a un día de adiestramiento, fueron suficiente para ubicar a la chiquilla timorata en uno de los peores oficios del país. Y por si fuera poco, ese era apenas su tercer día y ya contaba tres muertos; aunque ninguno como el último.

La enfermera sintió por fin la obligación ética de atender a Aldo, quien lucía más pálido y seguía inconsciente. Se apresuró en poner algo de alcohol en la tapita de una botella y acercarlo a la nariz del muchacho, dándole algunas bofetadas y hablándole con la esperanza de que este le escuchase. Los ojos no se abrieron. Respiraba, podía notarse, pero ella no tenía muchos ánimos ni ideas para ayudarle. Recordó que algunas de las jeringuillas estaban listas para inyectar

pequeñas dosis de algo que le habían dicho servía para fortalecer a los débiles y despertar a los somnolientos. Las buscó basándose en una lista de códigos que tenía en una pequeña hoja de papel sobre la inmensa pila de expedientes. Y cuando encontró una de las jeringuillas con el código indicado, se dispuso a inyectar al joven pensando que solo así podría ayudarlo. Mas no fue necesario, los ojos de Aldo se abrieron e hicieron un inusual contacto con los de ella. Fue un gran alivio para la enfermera, pues supo de antemano que la vida de aquel joven no peligraba.

El joven entendió que aquella muchacha era la protagonista de todos sus dibujos. Sus ojos, su mirada, sus labios, sus dulces facciones, pero sobre todo, sus manos, eran sus manos las que mejor podía recordar, las que había dibujado tantas veces, desde distintos ángulos. Ambos sonrieron al verse, y solo entonces recordaron sus momentos juntos, sus secretos, sus penurias, sus tristezas y sus alegrías, algo que ni las drogas de la memoria habían podido borrar por completo.

—Es peligroso lo que haces —cuestionó ella.

—Tenía que verte, aunque fuese una vez más. Si las cosas salen mal, hoy es mi último día de vida.

—¿Y si las cosas salen bien? Las libélulas negras harán todo lo posible porque así sea.

—¿Accedieron a incluirte en el plan de escape?

—Sí —respondió emocionada, dibujándole una sonrisa al rostro de ese muchacho que, siendo menor que ella, le había hecho sentir única en un mundo en el que todas las mujeres lucían casi iguales.

—Tengo la impresión de que sospechan de nosotros —comentó Aldo tratando de mostrarse prudente.

—Si fuese así no estaríamos aquí.

El sonido de unos pasos lejanos les interrumpió. Aldo la miró sin decir nada, seguro de que sus sospechas tenían fundamento. Cerró los ojos y pretendió estar muy mal.

Eran tres hombres, Cuevas y otros dos, vestidos de oficiales: gabardinas azules, guantes y pantalones negros, botas altas, pocas pulgas y pocas palabras. Venían a por Aldo. Los tres indicaron a la enfermera que se fuera, que ellos se encargarían de la situación. La muchacha se fue, con la mirada extraviada y el corazón agitado.

Le contemplaron por casi medio minuto, pensando en lo que debían hacer. Varias bofetadas con manos gruesas protegidas por guantes de cuero no sirvieron para despertar al obrero 768. A pesar de que era muy delgado también era inusualmente alto, y aunque no daba la impresión de estar en agonía, lo cierto es que desconfiaban seriamente del trato que debían tener para con él. Los dos oficiales que obedecían las órdenes de Cuevas se mostraron reacios a la idea de

cargarlo, considerando las posibles consecuencias de tener un contacto tan directo con el muchacho, recalcando el tono amarillento de su piel y lo demacrado que se veía para tener solamente diecisiete años.

Según los reportes que el oficial Cuevas les leía en ese instante el chico tenía poco más de 10 meses trabajando en el sector C. Alto, de ojos claros y tan calvo como todos, pero con un tenue bigote que quebrantaba las reglas de aseo personal; además era pasivo, creativo y muy inteligente, lo cual sirvió a Cuevas para explicar a sus dos compañeros las razones por las que el joven tenía un trato diferente a la mayoría. “Lo supe desde la primera vez que lo vi, nunca fallo en estas cosas. Este chico nunca me ha agradado. ¡Mirad!” dijo el oficial señalando una serie de cifras y anotaciones que justificaron muy bien lo que habían estado haciendo con el muchacho durante las últimas semanas.

—Pertenece a los sumisos, a los despreocupados y flemáticos que no suelen generar problemas. Es inseguro, fácil de intimidar, sobre todo por el tema de su madre, pero curiosamente también pertenece al grupo de los más inteligentes, los superdotados que tras la mínima estimulación y libertad no tardan en generar problemas. No a través de la fuerza, por supuesto, a través de las palabras, con ellas nacen ideas peligrosas, ideas que escriben en secreto o que susurran entre ellos.

—Nadie que se conforme con unas pocas hojas de papel y un lápiz puede ser alguien peligroso —refutó uno de los oficiales que le acompañaba, arrepintiéndose de inmediato.

—Es solo un crío, un niño melancólico e ingenuo —dijo el otro oficial, el mayor, con barba y cabellera canosa.

—Ahí es donde os equivocáis —insistió Cuevas—. Llevamos años identificando a los fuertes, a los sanos de temperamento explosivo. Pero yo creo que estos son más peligrosos, nunca sabes qué esperar de los introvertidos, nunca sabes que están pensando y como nadie espera nada de ellos pueden terminar sorprendiendo al mundo.

—Con todo respeto mi señor —comentó el oficial más joven luego de haber tomado y examinado brevemente el reporte médico—. Según se indica aquí es más bien del tipo depresivo, no creo que alguien con este perfil tenga ánimos para generar ideas peligrosas, mucho menos para influenciar a otros con ellas. Tampoco hay ningún indicio de que guarde relación alguna con las libélulas negras.

—¿Las libélulas negras? —reaccionó Cuevas a punto de reír—. Él no necesita a las libélulas negras, las libélulas negras lo necesitan a él, es exactamente por ello que lo hemos vigilado y protegido todos estos años.

En aquel instante las sirenas sonaron a toda su potencia, dos horas antes de lo normal. Cuevas y sus hombres habían olvidado que aquel día los horarios habían sido alterados por completo. Era un día especial, por lo que no importaba si los trabajadores salían temprano y marchaban hasta la plaza, convocados a atestiguar la justicia, el juicio y la equidad del gobierno, del régimen absoluto que repartía a todos por igual.

—¿Qué haremos con él? —preguntó preocupado el oficial de mayor edad.

—Nada. Anoche se nos fue la mano. Llevadlo a su casa, y suministradle una dosis mayor —respondió Cuevas más tranquilo y pensativo—. Mañana comenzaremos la fase tres. Por ahora debo ir al cuartel. Nos vemos en la plaza.

LIBÉLULAS NEGRAS

Cuando despertó su cuerpo era más pesado, más torpe, más impreciso. Asco. Mareos. Migraña. Penumbra. Formas sin sentido le rodeaban, como si le observasen muy atentamente. Su cabeza palpitaba y su pecho padecía de la misma opresión que su vientre y sus huesos. Desnudo y aturdido intentó ponerse de pie pero el sofá lo jaló con fuerza, obligándole a recostar sus labios secos y sus ojos enrojecidos sobre una desgastada y amorfa almohada sobre la que terminaría vomitando. Las náuseas, el malestar estomacal, la irritación en la piel y los moretones en brazos y piernas, le obligaron a esforzarse en recordar. Algo le había vuelto a acontecer, algo terrible por supuesto. Su indignación era muy sencilla, si él era una amenaza para el régimen por qué no lo mataban de una vez por todas. Si aquello que sabía era tan importante entonces debía ser llevado a las puertas de la muerte y abandonado allí en vez de bromear con su cuerpo y su alma.

Fue al baño, arrastrando sus piernas débiles como un sucio ebrio. Repugnante, como una rata que busca sustento entre los desperdicios de los hombres, similar a esos vagabundos que el régimen había exterminado varias décadas atrás. Sucio, como si se hubiese arrastrado desde la fábrica hasta su casa, desluciendo su piel con el sudor de las calles, marcando su cuerpo con el polvo de los pasos de su pueblo. De repente empezó a pensar en la fábrica, en sus labores del día. Recordó que todo iba bien en un inicio, que su jornada era terriblemente aburrida al igual que todas.

El dolor de cabeza interrumpió sus aproximaciones, por lo que frunció el ceño y redobló sus esfuerzos. Todo lo que tenía que encontrar era una imagen, un sonido, una frase, una palabra. Cualquier cosa desencadenaría un vendaval de asociaciones que finalmente darían con lo que buscaba. Siguió recordando mientras su espejo le devolvía el patético reflejo de su humanidad. Aparentaba muchos años más de los que tenía. Miró atentamente su piel enrojecida, como la de cualquier hombre blanco que anduvo en malos pasos la noche anterior. Detalló varios rasguños en su cuello, justo debajo de sus grandes orejas. Tocó la parte posterior de su cabeza desnuda, sobre su nuca, y el sudor, el tacto y una herida fresca le recordaron que había sido golpeado con violencia. Mas no recordó

cómo ni cuándo. Tenía un sinsabor invariable en la garganta y un mareo que iba y venía, meciéndole como la brisa apacible de la mañana. Respirar era difícil. De repente pudo recordar un poco más.

Su cuerpo era cada vez más resistente a las drogas del olvido. En pocos minutos fue capaz de recordar casi todo, en fragmentos de imágenes y sensaciones fuertes. Lo drogaron, lo golpearon en la cabeza, lo arrastraron, lo volvieron a golpear cuando dio rastros de conciencia, cuando sus delirios acusatorios enfurecieron a los agentes de la policía secreta; y luego, lo envolvieron en sábanas, como si estuviese muerto, para que ningún curioso supiese de quién se trataba. Se valieron de la multitud distraída con eso de las ejecuciones y lo llevaron por todo el caserío como si fuese una momia antigua que debía regresar a su tumba. Pero algo más pasó y no sabía qué. Solo tenía algunos recuerdos audibles y abstractos, sonidos de otras dimensiones, voces superpuestas y gritos.

En ese instante, justo en el presente incierto dentro de su habitación, los mareos le vencieron. Cayó sin haber logrado enderezarse del todo, sobre sus rodillas trémulas. Se golpeó muy duro y arrugó el rostro, aún había lagunas en su memoria, espacios vacíos que debía esforzarse en rellenar. Pasaron varios minutos, entre difusas remembranzas y malestares que recorrían todo su cuerpo. Luego un hormigueo le anunció que sus piernas aún estaban vivas y un impulso voraz desde su vientre le obligó a vomitar una vez más.

Golpeó sus piernas desesperado, transpirando sustancias cuyos aromas enfermarían a cualquiera. Persistió, pensando en su madre enferma y en su padre muerto, en sus superiores y en el capitán Cuevas. No podía dejarse derrotar de tal manera. Cuando más enfocado estaba en su supervivencia, algo lejano y siniestro interrumpió todos sus esfuerzos para luego alimentarlos. Escuchó varios gritos a la distancia, gritos intensos que se multiplicaron ávidamente en pocos segundos. Se esforzó en dirigirse a la salida, con tanta angustia y dolor que deseó la muerte. Poco a poco fue más libre de sus tormentos, hasta que pudo incorporarse y contender contra la puerta para que esta le dejase salir. No fue fácil, pero la necesidad de ver lo que estaba pasando fue más fuerte que sus propios malestares.

Afuera vio el fuego, y este le estremeció el alma y el pecho. Se trataba de un incendio lejano pero muy poderoso, uno capaz de derrotar a la noche inminente y de atentar contra el corazón del gobierno y sus prácticas homicidas. Entonces pudo recordar un poco más, solo un poco. Entendió la importancia de aquel día para sus aspiraciones y en cómo debía ingeniárselas para salir de allí sin ser visto. El incendio era obra de las libélulas negras, y estas, a pesar de sus muchas habilidades, habían recurrido a él meses atrás, en un intercambio de favores y acuerdos necesarios para derrotar a un

enemigo en común. Ellos tenían una ruta de escape y él todo el conocimiento necesario para que esta ruta los llevase a la libertad.

Desafortunadamente sus malestares regresaron. Vomitó en el suelo enfermo de un caserío totalmente vacío, lidiando con su propio peso para no caer otra vez. Su vista se nubló y en su mente se proyectaron terribles recuerdos de torturas y violencia, imágenes fugaces y desconcertantes de un pasado reciente que posiblemente sería mejor no recordar.

El régimen había sido ofendido y las consecuencias para todos no tardarían en llegar. Aldo temió por la furia que había sido desatada, pero se angustió más cuando notó que varias siluetas humanas corrían hacia donde él estaba. Se trataba de tres niños de piel oscura, quienes se detuvieron frente a la tapa de una alcantarilla, la abrieron con premura y le instaron a reaccionar:

—¿Y bien? ¿Vienes con nosotros? —gritó el mayor de los pequeños.

—¿Dónde está ella?

—Lo siento. Ella no lo ha conseguido.

—Ella era parte del acuerdo.

—La esperamos, pero nunca llegó.

Aldo no dijo nada, simplemente retrocedió, dándoles a entender que entonces él tampoco iría.

El mayor de los niños le miró decepcionado, y en seguida desapareció.

El plan había fracasado, al menos para él.

Todo comenzó a desmoronarse dentro del joven Negredo, mientras su cuerpo y su mente luchaban contra otro enemigo. La libertad sin amor no valía ni los riesgos ni las penurias de un posible escape. Ella era la razón por la que había accedido a arriesgarlo todo, pensando en el futuro, en la felicidad, en la compañera correcta para la aventura correcta. Sin ella el mundo más allá de las altas murallas era tan gris como aquel en el que había vivido toda su vida.

Las libélulas negras nunca le prometieron nada. Las muchas variables ofrecían muchos escenarios, algunos más favorables que otros, pero ninguno perfecto. Y para él, a pesar de su corta edad, la perfección era ella, su voz, su presencia, su corazón siempre alegre.

EL OCTAVO SENTENCIADO Y LOS DOCE REBELDES

El tiempo había deslucido sus paredes, las cuales hedían a niños sucios y humedad. Los techos goteaban líquidos sospechosos y la herrumbre parecía haberlo conquistado todo, obligando a los menores a dormir bajo una oscuridad peligrosa e intimidante, sobre camas embusteras y almohadas arrogantes. Las ventanas de madera chasqueaban, sin cristales, sin inspiración, especialmente en la madrugada, poco antes del amanecer, como si alguien las abriese en complicidad del viento agresivo. Las escaleras de madera descansaban de su ardua labor, habían soportado los zapatos opacos, todos iguales, fabricados por manos vírgenes, replicando suspiros de bosques lejanos. Los pasillos susurraban chismes infantiles, rumores decadentes e historias que poco a poco perdían su credibilidad. Todo en aquel lugar era gris y verde, oscuro y triste. Cada rincón era un recuerdo, un rostro envejecido o demacrado que alguna vez perdió allí su inocencia, su esperanza o su corazón. La respiración de todos los niños se sincronizaba a esa hora, como un solo organismo, casi vivo, casi muerto.

Aquel edificio de muchas puertas y pocas ventanas, de tres pisos iguales, antigua penitenciaría, soportaba el peso de los abandonados, aquellos que sus padres rechazaron en su afán de una vida mejor, o aquellos que habían visto a su familia morir en la horca, o por fatiga, por enfermedades incomprensibles o simplemente por tristeza. Era el lugar de las ilusiones robadas, donde el temor era un idioma sin palabras y los resultados de las pruebas mentales arrojaban datos importantes sobre el futuro de los menores, desde el número que tendrían tatuado en sus manos hasta el camino que deberían recorrer sin quejas ni esperanzas, fuesen obreros en las fábricas, mineros, agricultores, recolectores de basura, leñadores, custodios; o incluso si pertenecían a ese selecto grupo de los hijos predilectos: policías sin memoria, vigilantes sin pensamientos propios, médicos sin escrúpulos, químicos sin reputación, gente sin consciencia, traidores silenciosos o pervertidos incurables.

Por fuera parecía un lugar seguro, donde los niños serían educados para el futuro, donde dormían en camas cálidas y tenían un espacio personal; pero desde adentro los aires intoxicaban el alma confundida

y amedrentada de los pequeños. Los había recién nacidos y algunos que apenas sabían hablar o caminar; aunque la mayoría contaba entre los siete y los doce años, próximos a iniciar su vida laboral y dejar el orfanato, conscientes de su lugar asignado para vivir, del número que les identificaba y de las escasas posibilidades de convertirse en hijos predilectos, por más que se esforzasen en obedecer, en trabajar, en callar y olvidar.

Zarek era el único que no dormía, miraba por la ventana, irreverente al protocolo, desentendido de reglamentos y amenazas. Su cama ya estaba fría, más que las demás, y su corazón latía con dañinos altibajos, mezclando nostalgia y desesperación. Miraba el caserío a lo lejos, los portones altos y la plaza donde su padre sería presentado a la nación. Odiaba al régimen, al partido, a los policías del orden, a los malditos líderes que nunca daban su cara ante la muchedumbre obrera. Habían envenenado a su madre, por ser capaz de recordar y de opinar; y sentenciado a su padre, por haber descubierto algunos secretos y divulgarlos entre los más pequeños, a quienes él llamó "libélulas negras", y siguió llamándolos así incluso cuando muchos pequeños crecieron y se hicieron esclavos y fugitivos; sin embargo, públicamente se había dicho que su sentencia se había dado por ladrón, y como su piel era oscura nadie dudó al respecto.

Lo habían puesto en aquel orfanato sin darle explicaciones. Un día despertó, con dolor de cabeza y nauseas, abrió los ojos y allí estaba, a pocos minutos de escuchar una sirena que indicaba a los niños que debían trabajar, enriquecer a su patria con la obra de sus manos. Y ahora, en un día diferente a todos, esperaba que la sirena despertara a sus conciudadanos. Quería llorar, pero no le era posible, no encontraba lágrimas ni sollozos, ni siquiera en el silencio, en la soledad o en la oscuridad. Lo había intentado todo, encerrarse en el baño fingiendo malestar, mirarse en el espejo y compadecerse de su propia apariencia, levantarse de madrugada a pensar en cosas tristes o incluso golpear sus puños contra una de las columnas más próximas al patio, cuando todos navegaban en las aguas del sueño profundo. Era incapaz de sentir, inmune a la tristeza, poseído por ese rostro frío e inalterable que tanto detestaba. Odiaba el grosor de sus labios, la sobrepoblación de sus cejas, el vacío de su mirada, y sobre todo, ese rastro de bigote que cada día tomaba más fuerza bajo sus amplios orificios nasales. Por más de dos semanas había sido miserable, desdichado, poseído por un reclamo continuo y un anhelo profundo de venganza; pero eso no le hacía diferente a los demás, ya que en mayor o menor medida todos a su alrededor se sentían pobres, desdichados desde el soplo de vida hasta la textura tosca de sus pies.

Miró de reojo a sus compañeros, ayudado por las primeras luces del alba, movido por un desprecio que se dibujó por un momento en

sus ojos negros. Miró sus palmas amarillas, había callos y manchas, seña de largas jornadas de esclavitud. Cerró los ojos, arrugó la frente y apretó los dientes, esperando el ansiado día de su venganza, deseando que esta tuviese ese sabor dulce que tanto había imaginado. La sirena sentenció a todos, simulando un amargo llanto en un país sin gloria, un país hecho de una sola ciudad sin alma, sin memoria y sin ilusiones.

Si no fuese el día de las ejecuciones el plan habría sido otro. Habría ido al mercado acompañado de sus dos hermanos y algunos niños más, y habrían hecho lo mismo de cada domingo: robar comida y molestar a niñas de su edad, esto aunque el botín fuese una hogaza seca de pan o un par de zanahorias y las chicas de doce o trece años ya no jugasen con la misma rivalidad de antes. Pensaba en esto mientras se ponía los zapatos rotos, sin calcetines, atándose los cordones mientras buscaba con la mirada la camisa que se había quitado la noche anterior, disgustado con el humo de las fábricas y el arduo trabajo de los adultos.

Una mujer malhumorada irrumpió en la habitación donde alrededor de dieciocho niños se vestían a toda prisa para no ser reprendidos por su vigilante. La horrible rubia de amplias caderas y uniforme militar, sin maquillaje, sin expresión facial, sin vida propia, sin opiniones ajenas a lo aprendido en la capacitación, agradecida con la benevolencia del régimen de nombrarla una hija suya, y sobre todo, convencida de que su trabajo le hacía bien a los demás, alzó la voz y los menores tomaron sus posiciones. A un lado de su cama cada niño permaneció firme mientras la segunda sirena de la mañana movilizaba a una nación entera. La horrible vigilante, encargada de los niños entre los diez y doce años, se limitó a pasearse por toda la recamara en busca de anomalías en la vestimenta o en la actitud de los pequeños. Notó que uno de los niños, de piel oscura y ojos muy negros, hermano de Zarek, tenía el ojo derecho morado y su camisa se veía algo sucia; por supuesto era normal que entre los menores se agrediesen cruelmente, o que algunos, los más débiles como él, padeciesen de un acoso sin tregua durante toda su niñez, por esa razón dejó pasar por alto la falta y tan sólo le propinó un fuerte manotazo en la mejilla, de esos que arden por tiempo indefinido. A falta de reclamos levantó su mano derecha muy en alto y todos los niños empezaron a marchar saliendo de la alargada y oscura habitación, encontrándose con otras formaciones de niños de otras edades que también marchaban a las afueras del orfanato.

Bajar mil gradas, sin mirar a izquierda o a derecha, sin encorvarse o sin siquiera atreverse a emitir sonido alguno por sus jóvenes labios, esa era la consigna. Todos salieron al patio del orfanato, mientras el viejo edificio de paredes color arena contemplaba con desdén el

resultado de una vida dedicada a amedrentar generaciones. Las hierbas moribundas y el polvo gris soportaron los pasos uniformes de los niños, quienes toleraron algunas gotas de una lluvia nerviosa que vaticinaba una mañana agotadora y melancólica, especialmente para Zarek.

Pronto el grupo se dividió en tres: los más pequeños caminarían hasta una modesta fábrica de billeteras, cinturones y zapatos, la cual había empezado sus labores hacía apenas un par de meses, primero empleando a mujeres y luego a niños pequeños debido a la relativa sencillez de los trabajos. El segundo grupo caminaría hasta los campos, ante la escasez de obreros de los últimos meses se encargarían de labores sencillas como quitar la maleza, remover las piedras, regar los cultivos, limpiar la acequia y otros encargos de tal índole. El tercer grupo, en el que Zarek había sido incluido debido a sus doce años recién cumplidos, iría a los sectores A, B y C de la fábrica más importante del país, donde el hierro se convierte en acero.

Antes los huérfanos iban a las escuelas del régimen, con los otros niños, pero ahora era necesario mantener la producción, para que la economía se mantuviese a flote en días que el gobierno describía como difíciles, culpando a una guerra en tierras muy lejanas, a enemigos imaginarios y a todos los que en otras latitudes tenían otros hábitos de consumo y pensamiento. El régimen había asegurado varias veces que en los demás países la clase obrera padecía el desempleo y el desabastecimiento; pero que si todos ponían de su parte ellos continuarían disfrutando del trabajo estable, la educación gratuita y la igualdad del Partido de los hombres libres. Por supuesto todo lo que se sabía del mundo más allá de los muros era el resultado de boletines informativos que se pregonaban por los mismos altavoces de las sirenas, los domingos en las tardes; o aquello que se imprimía en los semanarios que el régimen vigilaba atentamente, con el fin de que todos pudiesen informarse de fuentes aparentemente confiables.

Zarek y otros once niños, incluyendo sus dos hermanos menores quienes originalmente venían con otro grupo, atravesaron los portones altos, justo en el límite entre la ciudad y la zona industrial, donde algunos adultos los miraban con menosprecio y otros con lástima e indignación. Vistiendo ropas que les quedaban grandes eran fácilmente objeto de burlas, así lo habían sido desde hacía varios días; pero mientras los otros niños temblaban de inseguridad al ser vigilados atentamente, adentrándose en una fábrica que parecía un organismo vivo, un ser sucio y oscuro que chupaba la vida de aquellos que lo alimentaban, Zarek devolvía miradas de desprecio y desaprobación, dando a entender su repudio ante la vida en aquel lugar. La horrible mujer que los había escoltado todo ese tiempo restó importancia al largo e innecesario recorrido al que los obligó. Los

pasillos, las amplias salas cuyos techos parecían extenderse hasta el cielo, los vapores claros y oscuros, los cambios de temperatura, los tantos hombres yendo y viniendo sin palabras en sus labios. Era peor que un castigo, un adelanto del infierno quizás; aunque Zarek no le daba el gusto a las miradas circunvecinas, en su rostro no había emoción alguna más allá del odio.

En el sector C había pocas máquinas y muchos obreros fresando, limando o martillando los materiales finales, dándoles los últimos acabados a las láminas, las varillas o los lingotes que pronto serían transportados por decenas de vagones que los llevarían más allá del país. Prosiguieron, introduciéndose al sector A por un largo pasadizo que los llevó donde todo iniciaba, al menos en la fábrica, pues allí se recibía lo extraído de las minas y se iniciaba un agotador proceso que siempre terminaba y volvía a empezar en un ciclo sinfín. Los altos hornos recibieron a los chicos, con más calor y menos cortesía, allí se fusionaban y reducían los minerales de hierro, junto al coque y la caliza. Todo parecía terrible, aterrador, morboso, intimidante; al menos así lo demostraban los rostros de los niños.

Pasaron además por los hornos de pudelado, ya en el sector B; allí purificaban las fundiciones, a altísimas temperaturas, removiendo los minerales con largas palas, padeciendo un calor que no inmutó a Zarek. Luego atravesaron la zona donde estaban los trenes de laminación, mirando a los obreros atentos a la calidad del acero, hombres que habían sufrido toda clase de accidentes hasta perder el miedo al dolor o a la muerte; incluso se decía que era el lugar donde reasignaban a los heridos y accidentados del sector A; no obstante, allí tampoco escapaban a las quemaduras inolvidables.

Estaban por llegar a su lugar asignado para las próximas semanas, casi al final del largo recorrido. Salieron a un amplio salón donde las máquinas escupían vapor, llenas de mecanismos incomprensibles para los jóvenes observadores: cigüeñales, cilindros, válvulas, pistones, bombas de aire, condensadores, bielas, balancines, volantes, reguladores. Su labor para ese día sería bastante más fácil que la del día anterior, pero cuando la mujer se disponía a dar las explicaciones respectivas un golpe en la parte posterior de la cabeza le arrebató las palabras. Un trabajador desconocido, un adulto que hizo un guiño a los doce menores, arrastró el cuerpo de la mujer y lo escondió de la vista de posibles pasantes, justo debajo de una poderosa estructura metálica que sirvió a sus propósitos a la perfección. Los niños le miraron brevemente con señal de agradecimiento y el hombre desapareció con la misma eficacia con la que había aparecido. Libres de su vigilante se escabulleron ayudados de su tamaño, dividiéndose en cuatro grupos de tres y pasando desapercibidos a lo largo y ancho de la fábrica.

Una vez afuera de las instalaciones tomaron un camino menos transitado donde afortunadamente no había un solo ojo observando. Llegaron a una callecilla sin importancia, paralela a las calles principales de la pequeña ciudad, y allí dieron con la tapa de una alcantarilla, una tapa distinta, marcada por una serie numérica que reconocieron de inmediato. Con gran dificultad abrieron la tapa y los doce desaparecieron por completo metiéndose en las entrañas del país con propósitos muy claros. Abajo había un mundo aparte, un laberinto muy bien construido e iluminado, con paredes de ladrillos y suelos de piedra, pero sobre todo, con miles de puertas misteriosas en todas direcciones. La precisión y la paciencia los llevaron hasta una puerta con otro código numérico que Zarek identificó de primera vista. Abrió la puerta y allí estaba él, un hombre pálido y enfermo que sudaba la peor fiebre de su vida. El hombre sonrió y susurró una sola frase. “Haced que todo haya valido la pena.” Los niños fueron a la parte oscura de la gran bodega y encontraron lo que buscaban: cerillas y varios pequeños contenedores de combustible. Tenían todo lo necesario para una gigantesca hoguera, pero el plan era otro, más simbólico, más brutal, era arte a sus ojos. Se vieron los unos a los otros y sonrieron conteniendo la risa, pero luego Zarek indicó que había poco tiempo, muy poco en realidad. Se dividieron nuevamente en cuatro grupos y se desearon buena suerte los unos a los otros, sin palabras, sin sonidos, con solo un extraño apretón de manos que habían aprendido de su líder, un hombre sentenciado en la superficie.

Varias horas más tarde Zarek y sus dos hermanos salieron de una alcantarilla cerca de la entrada al caserío. Habían tardado más de lo previsto esperando a que los oficiales que merodeaban las distintas zonas del interior de la ciudad cambiasen de turno, aprovechándose de esos pocos minutos sin vigilancia para hacer lo suyo. Sin embargo, el retraso les hacía temer lo peor. Corrieron a gran velocidad y una vez más fueron invisibles a los ojos ocupados de los muchos policías.

A sus doce años el niño que iba a la cabeza acumulaba más delitos y castigos que muchos prisioneros de mayor edad, pero él mismo aseguraba algo altanero que había nacido para eso, “ni un muro ni un gobierno podrán detenerme” susurró durante los meses previos al golpe, ganándose el respeto de los más pequeños con tan mesiánica frase. Llegaron al centro de la ciudad donde divisaron a la creciente multitud, aliviados de haber cumplido con la primera fase del plan. Ahora solo debían esperar. En sus más ambiciosas pretensiones el gran fuego de los tres edificios principales del gobierno ardería antes de que tocasen el cuello de su líder principal, su amigo, su padre, aquel que estaba dispuesto a dar su vida para liberarles. Y una vez que el caos fuese desatado ellos, y los demás miembros de la numerosa organización, entrarían a cortar las sogas y escapar con él.

Creían estar listos para lo que fuera.

Se abrieron paso sin dificultades. Como era de esperarse la plaza estaba a reventar. Era fácil pasar entre los adultos, todos miraban a un mismo lugar, con un mismo gesto y un mismo pensamiento, distraídos por sus quimeras inhumanas y sus lentas baladas de crueldad. Buscaban desesperados un sitio apropiado para mirar. Los tres, aunque muy diferentes entre sí, experimentaban esa zozobra que subía desde las plantas de sus pies desnudos y callosos, se alojaba y multiplicaba en el vientre ligeramente abultado por los parásitos, y concluía en un gesto amargo que ni la niñez ni el reducido tamaño de sus extremidades podía aplacar. No había inocencia ni ingenuidad en ellos. No eran niños traviesos ni bulliciosos, tan sólo eran tres espectadores más, fingiendo ser esclavos corrientes, de esos que atesoran un número y una marca en la mano derecha.

Además de sus historiales criminales abultados compartían un odio ilimitado atorado en el pecho y un alma rebelde llena de ambiciones y proyecciones de libertad, utopías, fantasías y ensoñaciones subrepticias de todos los colores. Habían visto cosas que mancharon sus ojos y sus miradas permanecían fijas en otras dimensiones, donde las voces del viento pronuncian lánguidos discursos sin rasgos de fe o esperanza. Para dicha o desdicha de Zarek y sus hermanos, quienes compartían una piel oscura, unos ojos negros muy grandes, un alma confusa, una genética menospreciada por la historia y unas palmas amarillentas, nadie objetó que estos aspirasen a llegar a la lejana primera fila, justo detrás de los oficiales que contenían a la multitud.

Contaban los segundos para que el fuego finalmente fuese notado por todos. Su anhelada cuenta regresiva al caos había sincronizado sus corazones a la espera de que todo saliese según el plan. Miraban de cuando en cuando hacia atrás, anhelando que alguien gritase “fuego” y que muchos lo viesen y reaccionasen con torpeza y temor. Lo habían discutido mil veces, lo habían imaginado mil más, ver los rostros de los oficiales y de todos los hombres importantes sentir el mismo miedo que habían provocado tantas veces, beber el trago amargo de la justicia, cosechar con llanto lo que habían sembrado con suma prepotencia. Pero sabían que los riesgos eran muchos y que el plan era algo débil en comparación con la fuerza del enemigo a vencer.

Habían escuchado siete ovaciones mientras buscaban el sitio adecuado, conscientes de que su padre, un minero acusado de traición, aunque la versión oficial le redujo a un simple ladrón de minerales, sería el octavo ejecutado. Se apresuraron con la última explosión de aplausos, chiflidos, cánticos y carcajadas, sintiendo el corazón tan acelerado como sus pasos y tan vulnerable como sus pies

desnudos. Una vez que estuvieron en primera fila, apretujados por la multitud, soportando los insultos y burlas en nombre del siguiente sentenciado, los siseos ante la creciente algarabía, la larga espera entre cada ejecución y el olor a obreros sucios, los tres hermanos miraron a su padre a lo lejos. Tenía la cabeza cubierta por una funda de tela negra, representando traición y deshonra, caminando con grilletes en las manos y en los tobillos, dejando un rastro de sangre producto de una reciente golpiza ante sus atrevidos reclamos y su negativa a dejarse asesinar. Opuso resistencia y le fue mucho peor que a los otros. Les dijo sus verdades en la cara y ellos no las soportaron, devolviéndole una paliza homicida que contuvieron solo por el deseo de verle sufrir ante todo el país.

Los oficiales le condujeron a la tarima de madera, donde un hombre obeso y de gran estatura, con camisa azul, pantalón gris y una capucha de la cual sólo podían distinguirse sus ojos, esperaba al siguiente sentenciado. Eran momentos como aquellos en los que la muchedumbre tenía permiso para gritar, para insultar y para maldecir; sin consecuencias ni regaños. Los tres niños miraron asustados cómo su padre, fundador de las libélulas negras, un grupo incansable que había sobrevivido a las trampas del régimen y sus represalias, era llevado a regañadientes ante la gran tarima en el centro de la plaza, al tiempo que todos se paraban de puntillas para no perderse detalle alguno. La angustia había llegado a su clímax, la impotencia les consumía y el fuego no acudía a su llamado. No podían explicarse qué había salido mal pues a pesar del retraso original ellos habían visto con sus propios ojos el fuego extendiéndose en las paredes repentinamente vulnerables de uno de los principales edificios gubernamentales, aquel que pretendía ser corte de justicia pero semejaba más un mercado de esclavos, penas y sobornos.

Tanta excitación no podía contenerse en un solo día festivo, un día pregonado desde hacía un par de semanas, justo cuando el sentenciado número catorce había sido hallado culpable de todos sus delitos, sin un juicio, sin la posibilidad de decir nada a su favor. Y aunque todos disfrutaban cada ejecución, cada cuello abatido y cada gesto alterado, la mayoría esperaba de manera especial a que el último sentenciado diese la cara al país que lo odiaba con locura y fruición.

Ninguno de los niños quiso llorar. Ni siquiera cuando el dolor y la tristeza abrazaron simultáneamente el cuerpo, el alma y el espíritu de los tres, apretando con fuerza, no para matarlos de una vez sino para hacerlos padecer de un flagelo invisible e ineludible. Temblaban de miedo, se erizaban y se retorcían por dentro, como si estuviesen conectados por ese hilo de plata invisible del que su padre les había hablado tantas veces, ese hilo que les permitía sentir la misma

desazón que su progenitor. Contenían el llanto y pausaban la respiración, intentando no jadear ni exhalar ese venenoso aliento que les poseía desde muy adentro. Ignoraban lo que pasaba a su alrededor, de repente en el mundo estaban sólo ellos, su padre y aquel verdugo inalterable que esperaba hambriento y sereno a la vez. Con cada paso que el octavo hombre daba, acercándose a la hora de su muerte, los tres niños sentían su pecho, su vientre y sus ilusiones desgarrarse como si siempre hubiesen sido de papel, como si aquel momento fuese una sentencia también para ellos, huérfanos en una tierra cuyos dueños eran pérfidas máquinas de esclavitud y opresión.

Cuando la soga acarició la piel bruñida y herida del obrero, el más pequeño de los niños empezó a llorar, desobedeciendo todas las órdenes y advertencias de sus hermanos. Algunas personas cercanas, incluyendo un oficial, ordenaron que callaran al niño o que se largaran de una vez, por lo que Zarek tapó la boca del más pequeño, justo en el momento en el que los pies del sentenciado perdían su soporte y empezaban a bailar al ritmo de una sombría canción. El fuego no llegó a salvarlo. No hubo incendio, ni distracción alguna. Ni desconcierto. Ni anarquía. Ni pánico.

Hubo un silencio total en la audiencia, por algunos segundos todos admiraron el forcejeo de aquel hombre, que sin estar totalmente vivo o totalmente muerto seguía bailoteando como si aún hubiese esperanza para él. Sus piernas se esforzaban en tocar el suelo y sus brazos amarrados por gruesas cuerdas que le habían magullado las muñecas no lograban encontrar la libertad necesaria para ayudarse a sí mismo a respirar.

Luego de una breve pausa la masa volvió a gritar, desenfrenada y agradecida con el momento. El régimen sabía entretenerlos y engolosinarlos con caprichos y trivialidades, darles ron, cigarros y prostitutas a bajo precio, todo a cambio de silencio, sumisión y lealtad. Los tres hermanos soltaron el llanto, amargo e inconsolable llanto. Zarek sollozó en silencio, con ojos de vidrio y gesto abatido; pero sus hermanos menores dejaron salir abundante suplicio y tormento de sus labios húmedos y agrietados, sin sentir ningún remordimiento al llamar la atención de algunas personas que insistieron en que sacaran a los niños para poder disfrutar del espectáculo con tranquilidad.

Pasaron un par de largos minutos antes de que el oficial principal, quien coordinaba las ejecuciones mientras sostenía su fusil con bayoneta, se acercase al cuerpo persistente del octavo hombre y culminase su tormento con un certero corte en su vientre que le abrió la piel y expuso sus entrañas a la vista de la multitud. Eso fue demasiado para los hijos del octavo sentenciado, quienes vieron todo como un injusto oprobio que no podía quedar impune. De la misma

forma que llegaron a la primera fila para mirar a su padre, huyeron ágilmente, dejando un rastro de dolor y tristeza que la multitud distraída apenas percibió. El hermano mayor arrastró al más pequeño a su ritmo, obligándole a emplearse a fondo para que sus tímidos pasos no se enredasen en la multitud. Pasaron por entre las piernas de muchos, se arrastraron sutilmente en las grietas que la muralla humana les proveía y empujaron a los adultos extasiados cuando fue necesario.

Tardaron mucho en salir de la plaza, temerosos de su porvenir, de lo que podría pasarles a partir de ese día. La idea de que el plan pudiese fallar jamás les pasó por la cabeza. Y es que el destino de los huérfanos suele estar lleno de enigmas, de preguntas abiertas cuyas posibles respuestas se convierten en leyendas y mitos con el paso de los años. Los tres niños habían oído hablar de lugares asignados para los rebeldes, aquellos cuyos crímenes iban más allá de robar frutas o pan, de escribir insultos contra la policía en las paredes o abuchear el paso triunfante de un grupo de militares. Crímenes como terrorismo o conspiración tenían penas más graves que la muerte, más escalofriantes que una simple ejecución pública.

Se deslizaron más allá de la plaza y el parque, como si de repente fuesen invisibles, sorteando toda vigilancia y evitando cualquier presencia humana. Tenían la ventaja de que todos miraban a un mismo punto, seducidos por un mismo pasatiempo. El mayor refunfuñaba mientras el menor lloraba a viva voz y el hermano del medio sólo miraba distraído con sus ojos apagados. El plan era encontrar una de las tapas de las alcantarillas, una cuya numeración les acercase a su destino. Se valdrían de una ciudad vacía para escapar sin su líder, cualquier cosa podría ser mejor que ser llevados a una de las míticas prisiones secretas, a las órdenes de alguno de los amos crueles de la zona seis.

Creyeron que no tardarían mucho. Ese vacío en el vientre y todo ese extraño movimiento de recuerdos, tribulaciones y golpizas, exhortaba sus pasos, obligándoles a apresurarse para no ser cautivos del sistema. Estaban cerca de una de las entradas al caserío cuando sintieron el calor del fuego a los lados del camino. El plan no había fallado, simplemente se había retrasado para la desgracia del hombre que les había inspirado a creer y soñar. Contemplaron la hoguera que habían creado, ellos y otros nueve igual que ellos, quienes de seguro ya huían por las entrañas de la ciudad, pensamiento que les alivió ingenua y momentáneamente.

Sin tiempo para celebraciones continuaron hasta llegar a una de las calles principales que conducía al caserío, localizando sin mucha dificultad una de las tapas de la alcantarilla que correspondían con las marcas numéricas asignadas. Usaron todas sus fuerzas, pero esta no

cedió. Insistieron, pero pronto comprendieron que aquella era una causa perdida. El panorama se ensombreció aún más cuando se percataron de que algunos miembros más de las libélulas negras, niños de su misma edad, huían en la misma dirección, buscando en las puertas del caserío el escondite necesario para sobrevivir. Alrededor de doce policías iban tras ellos, sabiendo que eran responsables del incendio. Zarek jaló a sus hermanos de la camisa, rasgándolas y dándoles a entender que los verdaderos problemas apenas habían comenzado.

Uno de los niños que divisó a Zarek a la distancia gritó su nombre y sacó un puñado de papeles torpemente. Las balas no tuvieron piedad de su causa, le encontraron desde atrás y le redujeron a un charco de sangre sin que el mayor de los hermanos pudiese reaccionar. Zarek ordenó a los demás que se fuesen mientras él corría a por los papeles que aquel cuerpo sin vida tenía en sus manos. Era otro de los principales de las libélulas negras, un amigo de Zarek de la infancia, uno que idolatraba a su padre tanto como él y con quien habían soñado sueños de libertad y prosperidad desde que todo aquello no era más que un plan lejano. Desafortunadamente el niño asesinado era el que mejor conocía el plan, no solo su ejecución sino los detalles, esos que podrían marcar la diferencia entre el fracaso o la libertad. Mas no había tiempo para lamentarse, ni siquiera para sentir dolor. Perseverar les daría el alivio necesario para entender todo el sacrificio de los que ya no estaban tras más de dos años de persecución contra las libélulas negras.

Zarek tomó los papeles con especial cuidado y se tiró al suelo cuando sintió las balas impactar a su derecha y a su izquierda. Los policías estaban lejos, pero armados de viejos rifles se atrevieron a probar su puntería. Zarek pudo ver de reojo cómo la mayoría de los niños ya había atravesado la puerta más cercana al caserío, mientras que sus dos hermanos todavía estaban con él, refugiados tras la oscuridad de una hilera de columnas cercana. Sin palabras le mostraron una callecilla mal iluminada por la que podrían escapar, y sin estar muy seguro de aquella opción fue tras ellos, decepcionado por verse obligado a alejarse de la entrada al caserío. Más disparos estuvieron a punto de herirlo, pero no había tiempo de pensar en nada; correr y desaparecer eran la única consigna. Al llegar a la callecilla que parecía segura y pobremente iluminada se percataron de la presencia de más policías en aquel lugar. La orden había sido clara, dar con los responsables del incendio y desestimar todo lo demás.

Regresaron a una velocidad que en otro tiempo no imaginaron, poseídos por la fuerza de un instinto mayor a su entendimiento. Se dirigieron a otra de las puertas de entrada al caserío y por breves instantes desaparecieron de la vista de sus persecutores. Avanzaron

por aquel océano de viviendas entristecidas, entrecerrando los ojos para distinguir entre la multitud de adoquines la forma de alguna de las tantas tapas del alcantarillado público, mas no podía ser cualquiera, debía estar marcada para sus propósitos.

Tras ignorar varias tapas sin marca alguna dieron finalmente con una cuya numeración calzaba con las instrucciones que su padre les había dado. Emplearon todas sus fuerzas en abrirla, y para su fortuna esta vez sí lograron su objetivo. Miraron a su alrededor, esperando que los demás fugitivos de su grupo estuviesen cerca, pero no fue eso lo que encontraron, todo lo contrario, Aldo, el dador de los códigos de escape y los planos con los que tratarían de huir para siempre, estaba frente a ellos. Habían olvidado esa parte del trato, y por supuesto, habían olvidado ir a por la enfermera a la que Aldo tanto amaba. Zarek no pudo sino mentir para preservar sus intereses y convencer al verdadero autor de aquel golpe de ir con ellos.

El silencio fue largo y la decepción apabullante, como si el espíritu de las viejas desgracias familiares fuese un enemigo más fuerte que la dictadura misma. Aldo no iría con ellos. Zarek y sus hermanos volvieron a las entrañas de la ciudad, cerrando cuidadosamente la tapa de la alcantarilla.

EL CASERÍO EN LA MONTAÑA

Su fuerza nació de todos sus deseos frustrados, del odio a sí mismo y de su necesidad de alguna forma de redención. Sus pulmones secos y enfermizos se llenaron de aire y sus piernas le llevaron al lugar de su destino. Gael corrió con el viento a sus espaldas, experimentando una extraña sensación de libertad, una que no era opacada ni siquiera por la noche que caía con toda su furia. Avanzó ignorando las estolideces de un momento que parecía extraído de un sueño y las decadentes vibraciones de una multitud que víctima del pánico corría en todas direcciones. La muchedumbre huía de un incendio para el que no había suficientes bomberos en todo el país, y los policías, lejos de ayudar a los pocos voluntarios que trataban de apagar las llamas, corrían buscando a Gael y a un grupo de pequeños criminales, autores materiales del caos.

Lo habían perdido de vista. Sabía que el primer lugar donde le buscarían sería ese gran océano de casas viejas, todas iguales, cuadradas, muertas, postradas y abatidas. Y es que no había otro lugar adónde ir. El fuego se había dispersado más allá de los edificios del gobierno, en las fábricas y los sembradíos circunvecinos, por lo que su única vía de escape era el laberinto pútrido donde viven los obreros.

Por un momento se sintió a salvo en la quietud y la oscuridad. Tomó aire, ajeno a la mirada atrevida de su adversario, al rencor del gentío y al olfato de los perros, quienes pensó que de seguro se confundirían entre tanta fetidez. Podía escuchar los ladridos y las órdenes, los insultos entre oficiales de distintos rangos y los comentarios que estos hacían de él y su causa. No sabía a qué se referían cuando hablaban de las libélulas negras, o quizás sí lo sabía pero aún no podía recordarlo.

Había poca luz y poca esperanza. Lo buscaban con amargura y desesperación, pues si lograba escapar traería muchos problemas para todos. Si la venganza no caía sobre sus hombros recaería sobre muchos otros, responsables directa o indirectamente de su golpe de suerte. Y aunque ningún ciudadano se atrevió a decirlo en voz alta, todos sabían que si Gael y los demás criminales no aparecían pronto los días más oscuros en mucho tiempo se asomarían con ardor y consternación. Por eso corrió, sin importar el dolor en su brazo, la tensión en su pecho y el creciente nerviosismo que por instantes

quería paralizar sus piernas y acobardar sus verdaderas intenciones.

La noche sirvió para encender un rudimentario fluido eléctrico que funcionaba solo para iluminar algunas farolas ubicadas cada cincuenta o cien metros. Supo que debía valerse de la oscuridad, convertirse en una sombra escurridiza capaz de silenciar sus pasos y su respiración y de usar el soplo del viento para ser impulsado a un lugar seguro. Al fin y al cabo el viento siempre sabe dónde esconderse. Sin embargo, el mismo viento que podía ayudarle podía también delatarle. Casi todos los perros le conocían, ese era su mayor problema, su olor era habitual para ellos, le odiaban quizás más que los mismos oficiales que les soltaron libremente. Sin poder evitarlo, un rastro de turbación, sudor, locura y tal vez algo de pasión, quedaba impregnado en cada callejuela, en las paredes tristes de adobe, y en las murallas altas que gobernaban, delimitaban y vigilaban todo el caserío. Ahora sabía que había sido muy ingenuo al creer que la hediondez habitual ocultaría su hedor, y que en realidad lo que manaba de su propia piel era mucho más fuerte que la atmósfera invariable del gigantesco caserío, hogar de todos los pobres del país.

En un inicio quiso continuar por una de las tres calles principales, aquella levemente más ancha, pero no pasó mucho antes de que notase que había hombres y perros hasta en las partes altas del caserío y que desde esa vista privilegiada podrían verle muy fácilmente a pesar de la mala iluminación. Dejó de ir en línea recta y empezó a serpentear los callejones, decidiendo azarosamente cada paso, obligando a sus piernas a soportar y a su respiración a ser más disciplinada y sigilosa. Pisó los charcos que las lluvias de días anteriores le habían concedido al suelo en sus afligidos patrones de imperfección, mirando atentamente los posibles inconvenientes que aquel engañoso piso de adoquines carcomidos por los años, por el marchar de tropas rebeldes y por los policías hijos sumisos del gobierno, podía esconder para él.

Sabía que no podía equivocarse, que cada abrupta decisión debía llevarle al lugar adecuado, por el camino más seguro. No había tiempo de profundos razonamientos, la incertidumbre se había encargado de borrar de su memoria el mapa mental del lugar. Dudó en cada momento, hasta que supo que lo peor estaba por llegar cuando, en su afán por alejarse de los lugares más concurridos, terminó en un callejón sin salida. «Maldita mi suerte» fue lo primero que pensó. Retrocedió a toda prisa, deseando que su error no fuese nada más que una pequeña vicisitud; pero lo que más temía fue lo que aconteció. Pronto tuvo frente a él un único perro, un dóberman capaz de perdonarle la vida o de quitársela de una vez, capaz de ladrar y llamar a una cuadrilla de hombres y bestias; o incluso, capaz de saldar una vieja deuda que Gael tenía con todos los perros de la policía.

La bestia dio pasos cortos, muy lentamente, con gesto amenazante y prepotente, como si entendiese el poder que tenía sobre su víctima. Sucio. Negro. Enfermo. Con el pelaje humedecido y la piel llena de cicatrices aún frescas e infectadas que hablaban de torturas y maltratos. Se veía hambriento, furioso con todo lo que le rodeaba. Su mirada inicua, sus colmillos preparados para atacar y un gruñido efervescente que en cualquier instante podría convertirse en mordedura. Su postura pronta para la batalla presagió lo peor. Gael respiró hondo y lamió el bigote de sudor que se dibujaba en su labio superior, apretando los puños y conteniendo la respiración. Lo miró a los ojos, lo desafió a ser diferente, a no hacer lo único que sentía que debía hacer. La saliva del animal había perdido el control y corrido libremente desde el interior de su inmenso hocico, cayendo al piso frío en gotas alargadas hechas de ira. Allí estuvo, contando el tiempo a su manera, rellenando un pequeño charco hecho de sus propios fluidos. El perro dio a su víctima tiempo de arrepentirse, de ordenar sus recuerdos y abandonar todas sus dudas, de pedir perdón a la divinidad en nombre de todas sus víctimas mortales. El can tuvo misericordia de él, incluso hasta un poco de genuina compasión. La lenta reacción sirvió a su favor. Luego, una distracción le salvó la vida.

Tres oficiales hallaron a varios niños de piel oscura, en un callejón contiguo al suyo, y no lo pensaron dos veces antes de descargar todas sus balas. El perro fue hacia ellos ladrando impulsivamente. Gael corrió ascendiendo sobre el empinado caserío, alejándose de la escena mientras el animal que le perdonó la vida atraía la atención con sus ladridos de una jauría asesina que no tenía tiempo de respetar rangos o autoridades, mucho menos de pedir explicaciones.

A ese punto lo único importante era hallar una casa cualquiera y refugiarse en ella, y así hizo, forcejeando con la primera puerta que encontró hasta entender que solamente podría entrar por la ventana. Se asomó primero, no había nadie en aquella morada sucia y maloliente. Las circunstancias jugaban a su favor, el país entero seguía luchando contra sí mismo regalándole minutos valiosos para seguir aspirando a la libertad. Entró con dificultad y notó que no había ni agua ni comida, tan solo restos de frutas podridas y ropa sucia. Al parecer allí vivían unas seis personas, niños y adultos hacinados a pesar de no guardar parentesco alguno la mayoría de las veces. Se recostó en la pared manchada de varios tonos de gris y blanco y cerró los ojos por un instante. La agitación amenazaba con matarle antes que las balas, su corazón acelerado pedía una tregua y su mente comenzaba a construir toda clase de planes y opciones para escapar; pero al final de cada alternativa había un susurro pesimista que le presagiaba un fracaso total. Trató de contentarse con el simple hecho de haber escapado. Había ganado minutos valiosos y burlado el

accionar policial, había expuesto sus fallas y contradicciones y el país entero se desmoronaba; y aunque no entendía a profundidad lo que estaba pasando, se sentía dichoso de ser parte de ello.

Más relajado tuvo tiempo para reflexionar, tratando de que su corazón volviese a su ritmo normal y los pensamientos se le aclarasen antes de tomar cualquier decisión. Pensó en su madre, o en la mujer a la que llamó madre sus primeros años de vida, también en su esposa, de la cual no había vuelto a saber. Meditó en la posible existencia de varios hijos suyos, pero sabía que de ser cierto estos le odiarían quizás más que el resto de la gente; aunque él todavía sentía algo por esos chicos, recordando a veces sus rostros y otras veces solo los nombres que les asignó al nacer. Aquel país destruía familias a su antojo, para luego reconstruirlas caprichosa y arbitrariamente, todo como parte de sus continuos experimentos médicos y sociales donde la ética no tenía cabida.

Esa era la tierra de los que entraron pero nunca salieron, de los viejos marineros perdidos y los jóvenes amargados, de los decepcionados y los deprimidos, de los inocentes y los perversos, de los desafortunados y los solitarios, de los mansos y los altivos; o de sus hijos, que nunca han visto más allá de los grandes muros que rodean la ciudad. Ellos, los más jóvenes, no conocen el mar, nunca han visto los tonos de un verdadero atardecer, jamás han corrido en la playa bajo la lluvia; tampoco han visto un arco iris, no conocen la apariencia de las cosas cuando el sol es libre en las alturas, libre de la opresión de las nubes, de los aires manchados de humos sospechosos o de la densa neblina que desciende para atormentar a una nación sin esperanza. Jamás han visto un árbol lleno de frutos, jamás han saboreado un helado de vainilla o una barra de chocolate, jamás han masticado un caramelo embadurnado de azúcar. Ellos jamás se han bañado en un río y nunca han sabido lo que es jugar a las escondidillas, o correr tras un balón en un inocente partido de fútbol callejero. No saben lo que es cortejar a una niña de su edad, no conocen el valor de un poema o el sonido de una copa de cristal brindando el día de un cumpleaños, la tarde de una graduación o la noche de una boda. Jamás han leído un libro por placer, no saben lo que es un beso adolescente o una carta de amor, desconocen el sentido de un chiste, la razón por la que una broma existe o la fuerza oculta en una sonrisa. Todo eso es nocivo para el régimen, es tan peligroso que debe ser vetado, no vaya a ser que un día alguien tenga la absurda y peligrosa idea de soñar. Pensaba en estas cosas cuando comenzó a quedarse dormido. Sus ojos se cerraron y aunque forcejeó por algunos instantes, lo cierto es que acabó por entrar en un letargo del que solo despertaría con malas noticias.

Durante varias horas escuchó ruidos tan variados, desde soldados

yendo de aquí para allá o bestias ladrando con desesperación pero sin claridad, hasta policías conversando sobre los posibles escondites que el malnacido Olmo podría haber tomado; y luego, cuando tuvieron que permitirle a la muchedumbre agotada y decepcionada entrar al caserío para dormir, pudieron escucharse miles de susurros y balbuceos llenos de enojo por lo que estaba sucediendo. El fuego había sido controlado y casi extinguido y la normalidad, horrible normalidad, había regresado para tomar su sitio habitual.

Alrededor de la medianoche, justo cuando el replicar de las campanas del gran templo marcaba un nuevo día, el transitar de ciudadanos disconformes interrumpió el sueño de Gael, el cual de todos modos se había ido debilitando con las horas. Al parecer los habían retenido en la plaza y el parque hasta que aquel pseudo ejército de oficiales y perros revisara el caserío. Cuando el frío carcomía a grandes y pequeños, y los oficiales terminaron una inspección superficial de la zona, no hubo más remedio que permitir que los decepcionados y agotados trabajadores entrasen a sus hogares.

Era fácil vigilarlos al entrar y al salir del caserío, pues además del gran muro que delimitaba la montaña ataviada de casas viejas, había sólo seis puertas de acceso al gigantesco barrio. Esto hizo del ingreso de la gente un lento, tedioso y desgastante paseo por la oscuridad. Niños llorando, hombres arrastrando sus piernas en el cansancio, mujeres murmurando blasfemias tan sutiles que el oído humano no podía percibir y guardias golpeando a todo sospechoso de hostilidad y disconformidad. Cinco mil oficiales controlaron, contra toda lógica y razón, a cerca de doscientos mil ciudadanos enfadados. Y Gael, consciente de que los habitantes de su refugio provisional pronto llegarían a reclamar las horas perdidas de sueño, no tuvo más opción que subir al tejado de aquella morada, esperando seguir siendo invisible en la temible oscuridad.

La espera se comportaba como un parásito, carcomía los huesos y succionaba las esperanzas. Cada vez que el mundo parecía libre y despejado reaparecía algún oficial con su perro, o un grupo de estos, obligando al fugitivo a seguir recostado mirando la horrible negrura absoluta que fingía ser el cielo. No fue sino hasta alrededor de las cuatro de la mañana que el silencio absoluto volvió al caserío. Gael se asomó con sigilo y pudo constatarlo. La avalancha de almas ya se había dispersado, ansiosa de dormir antes de una nueva jornada, con el sinsabor de no haber visto la ansiada muerte de su enemigo y con la frustración de no poder quejarse ante nada ni nadie, pues su voz y su voto no tenían valor alguno para sus señores. Una vez que se cercioró de que todos estuviesen en sus casas y de que no hubiese ningún guardia o bestia en las calles cercanas, se atrevió a bajar del tejado en el que estaba, con movimientos suaves y nerviosos, deseando no hacer

ningún ruido que le delatase ante todos.

Lo hizo bien, movió sus piernas con maestría, impulsó su tronco con la fuerza de sus brazos, giró dócilmente hasta que estuvo en el borde del tejado, justo a un movimiento y un salto de regresar al suelo; pero una de las tejas, podrida y fuera de su lugar, saltó junto a él y se quebró sin que este pudiese hacer algo para evitarlo. Inmediatamente escuchó el ruido de los moradores que ocupaban la minúscula casa de al lado. El supuesto padre de familia vociferó el tan esperado "¿Quién está allí?" acompañado de un silencio evidente. Justo cuando creía haber salido aireado de aquel instante, escuchó los pasos presurosos de un guardia venir junto a un perro, ayudado de una lámpara de queroseno que apenas vencía tímidamente la oscuridad. Debía actuar pronto. Cuando la luz de la lámpara hizo de su cuerpo una sombra oscura que se trazó sobre la pared de adobe de la casa que le había albergado, no tuvo más opción que atacar al inexperto oficial. Apuntaba nerviosamente una pequeña arma con su mano derecha, mientras con su izquierda sostenía al mismo tiempo la frágil lámpara y una cadena endeble cuyo extremo opuesto soportaba el peso de un perro bermejo que no parecía tan feroz como el anterior. Forcejearon breve pero apasionadamente. Soportó el mordisco ineludible de un perro en su pie izquierdo mientras una bala se perdía en la oscuridad y la lámpara caía al suelo; luego, con sus dos manos dobló la mano derecha del oficial haciendo que con esta se apuntara a sí mismo. Otra bala se escabulló a la nada hasta que un tercer disparo en el pecho dio cuentas de aquel bastardo inoportuno. Mató al perro, guardó el arma y continuó.

Avanzó apresurado, notando que aún nadie venía a por él, anhelando acercarse a algún punto que le sirviera de referencia. Es fácil perderse en una montaña tapizada de casas iguales: tres casas juntas y un espacio, otras tres casas juntas y un espacio; todo siguiendo un patrón geométrico que desde las alturas parecía interesante, pensado para marcar la tierra y minimizar los esfuerzos de aquellos que vigilan la nación.

Tras un rato de aparente éxito, donde sus pasos se diluyeron en los suelos adoquinados y sortearon cualquier presencia humana, se sintió más astuto e inalcanzable que nunca. Se detuvo para descansar, para mirar en todas direcciones y regodearse de su habilidad. Luego avanzó unos cincuenta metros hacia el este y allí estaban: tres oficiales distraídos. Reposaban sentados en el suelo, conversando sobre asuntos sin importancia: mujeres, borracheras y sexo; con el semblante calmo de un grupo que no se afana por cumplir su labor y con la pasividad que sólo un trío de idiotas puede poseer. Gael tuvo tiempo de sacar su nuevo revólver, el cual había metido entre el borde de su pantalón y su vientre magullado. Ni se movieron, supieron de inmediato que su

descuido les saldría muy caro. Lo primero que hizo fue ir a por sus armas, registrándoles atento a cualquier movimiento, y para su fortuna, consiguió abundantes municiones. Dejó sus armas sin balas y las puso sobre el suelo suavemente, riéndose de su derrota. Apuntó a la cabeza del primero, el que instantes antes estaba atando los cordones de sus botas y bromeando sobre las mujeres de senos pequeños y gran trasero. Muchachos como él iniciaban sus andanzas sexuales en “La calle de las bellas”, lugar de prostíbulos para todas las clases sociales y tabernas decadentes donde los hombres cambiaban el salario de un día por cuatro cervezas, el de tres días por una botella de vodka y el de una semana por una prostituta en buen estado. El pobre hombrecillo sudaba, temblaba y gemía en silencio, con los ojos cerrados y el alma atravesada por una hendidura del tamaño de sus culpas. Qué mal día para él, pero alguno de los dos debía morir. Lo golpeó con mucha fuerza en la cabeza, tanto que pareció morir con el impacto. Los otros dos echaron a correr entre gritos. Dos disparos en la cabeza resolvieron todo, al menos en aquel instante.

Gael había matado a tres niños que creían ser hombres. Tres idiotas, obligados por sus amos, inocentes más allá de su apariencia ruda y sus relatos incautos. Lo demás fue un alboroto. Volvió a correr. Se sentía miserable y sin valor, el mismo de siempre, un hombre cuya vida no era más importante que la de un perro, un cerdo o una rata. Y de repente estaba allí, aturdido, perdido en tan repugnante laberinto de ideas y emociones, escuchando diálogos de otras partes, voces siniestras que de vez en cuando deambulaban entre sus pensamientos. Corrió sin precauciones, incapaz de oír su propia voz, torpe al mirar y huyendo de aquellos rostros que aparecían y desaparecían azarosamente, como si algo se le hubiese reventado por dentro, en la cabeza, tal vez algo podrido, algo enfermo que se entregaba a la locura en el peor momento posible.

Poco después varios perros lo alcanzaron. No fue hasta que sus colmillos rasgaron la piel de sus piernas que volvió humildemente a la realidad. «El dolor no siempre es algo malo» pensó al caer en cuenta de sus imprudencias y de su innecesaria arrogancia. Aun así disparó como un maniático, una y otra vez, incluso cuando sabía que ya estaban muertos, disfrutando lo que hacía hasta que a lo lejos pudo ver, justo cuando pasaban bajo una farola, a un grupo de no menos de quince oficiales que venían a por él. Aquel era el final. Había logrado más que cualquiera. No podía quejarse, pudo vivir varias horas extra; pero sintió que no las había aprovechado lo suficiente, no había ordenado sus recuerdos, no había hecho las paces con sus difuntos y no había dedicado ninguna plegaria en busca de la misericordia de alguna lejana deidad o para prepararse para un final lleno de honra y valentía; por el contrario, había vuelto a hacer lo que más culpa le

producía: matar.

Miró a los policías acercándose, como si el tiempo se hubiese alterado y lo que debía ser rápido ahora transcurría muy lentamente, con pausas repentinas que le devolvían al lugar donde todo inició: su sentencia pública. Esperó por ellos, con las manos en alto y una sonrisa sincera. Cuando ya estaban tan cerca como para una rendición irrevocable, este comenzó a reír a carcajadas. Ya nada le importaba. Les gritó indignado pero satisfecho: “Hoy no me veréis morir, malditos lacayos, hoy no me veréis morir.” Aquella frase la comenzó mirándolos directamente, amparado en la distancia y su locura, pero la terminó de espaldas a ellos, corriendo hacia un lado y buscando refugio en las paredes carcomidas por el tiempo y la miseria. Varios disparos impactaron tan cerca que creyó que habían acertado, y aunque maldijo su suerte en susurros de incredulidad, se sintió afortunado de seguir con vida.

El alba fue testigo de su escape, pero en realidad no fue su pericia la que lo salvó, la oportunidad llegó sin merecerla, sin que la que buscase o si quiera esperase por ella. Recién se había adentrado en un estrecho y maloliente callejón cuando miró una ventana abierta; cualquier cosa que hubiese en el interior de aquella morada sería mejor que un montón de oficiales heridos en su ego.

Adentro solo encontró a una mujer obesa y demacrada que yacía en cama, siendo aquella habitación oscura y tenebrosa un buen lugar para esconderse.

Aquel refugio parecía ser suficiente para salirse con la suya, o tal vez solo prolongaba la hora de su muerte.

LA VERDAD ES UN LUGAR MUY LEJANO

La puerta se esforzó en soportar el furor de golpes y amenazas. De un lado de ella, tres oficiales iracundos, autoritarios, inmutables; del otro lado, esa oscura y diminuta casa en cuyo salón yacía un muchacho. Las amenazas abundaron tanto como el silencio que las recibió. Tras varios intentos por recibir respuesta alguna la puerta cedió ante la violencia de afuera, esa violencia que viste camisa gris, pantalones y botas negras.

La policía del orden irrumpió en la repugnante residencia y uno de los hombres más temidos en todo el país allanó el lugar junto a sus dos oficiales de confianza. Era calvo, pálido, barbudo, fuerte y muy alto, siempre limpio y bien vestido, con su barba perfectamente recortada y su uniforme intachable; un viejo enemigo del pueblo. Tenía esa mirada soez propia de marineros y soldados, pero sobre todo, destacaba por el ojo que le faltaba, el izquierdo, el cual aseguraba haber perdido en la guerra de la Revolución, aunque nadie le daba crédito ya que las cuentas no salían. Si hubiese peleado en dicha guerra tendría más de cincuenta años y todos saben que pocos hombres viven tanto.

No hubo necesidad de muchas palabras, el oficial Cuevas ordenó a sus acompañantes que arrestasen a Aldo, augurando con su sonrisa ruin un castigo tan brutal como irracional. Los dos oficiales dudaron seriamente, aborreciendo la orden de tener que tocar a un civil, y no a uno cualquiera, a uno particularmente dañado.

—¿Y ahora qué es lo que he hecho? —reclamó el muchacho, quien en eso momento se disponía a entrar en la habitación de su madre, con un vaso de agua en una mano y un trapo humedecido en la otra.

—Nada. Simplemente no me agradas —contestó altanero el capitán Cuevas—. Tenemos que llevar a alguien a los pies de nuestros jefes, ahora mismo. Mañana sería ya muy tarde. Diremos que eres parte de las libélulas negras, uno de sus líderes. Te la van a hacer pasar muy mal.

—¿De qué está hablando? —preguntó asustado, para luego mirar de reojo el cuerpo seminconsciente de su madre y la silueta de un hombre escondido tras ella.

—Mira niño, todavía no entiendes cómo funciona el mundo.

Podrás ser muy inteligente con los números y muy habilidoso para resolver enigmas y acertijos; o al menos eso dicen los médicos que llevan tu caso, pero ahora mismo nos sirve más la gente fuerte y leal al PHL. Y no eres nada de esto. Si nosotros no llevamos hoy a alguien serán nuestras cabezas las que rueden por estos pisos mugrientos. Así que tendremos que sacrificarte.

—¿Pero por qué a mí? No he tropezado, no he caído, no he dicho o hecho nada para ofender a nuestros gobernantes, ni a nuestro partido, ni a nuestra religión. No podéis llevarme. No seré vuestro chivo expiatorio.

Cuevas comenzó a reír y sus dos compañeros le secundaron como imbéciles lambiscones.

—Si supieras todo lo que hemos hecho contigo no te pondrías así. De hecho, ya me he aburrido de ti, por eso te entregaré. La muerte te abrazará y te liberará de todo el sufrimiento. Piensa en mí como tu ángel guardián.

—No podéis juzgar a un inocente, no podéis castigar a un buen ciudadano. Soy joven, soy más inteligente que la media, no importa lo que digáis. Soy útil para el régimen, podría serviros durante mucho tiempo más.

La madre de Aldo comenzó a toser, abriendo los ojos a la realidad de los vivos tan solo para balbucear. El muchacho se acercó a ella y simplemente puso el trapo húmedo en su cabeza, susurrándole que todo estaría bien, que durmiese para recuperar fuerzas.

—¿En serio crees que ella va a mejorar? —preguntó Cuevas en tono de sentencia.

El capitán miró a sus hombres dándoles a entender que si volvían a tardar en obedecer una orden ellos serían los primeros en ser entregados. Sus ojos eran más expresivos de lo normal.

Lo tomaron por la fuerza y lo arrastraron sacándolo de la habitación. Se defendió tanto como pudo, pero sus fuerzas eran escasas y sus enemigos parecían tener demasiada experiencia. Fue en ese momento que Aldo recordó haber pasado por lo mismo en varias ocasiones, y hasta pudo sentir los mismos golpes y las mismas risas, como si todo fuese parte de un horrible ciclo interminable. Tuvo que esforzarse para no llorar. El temor a la tortura, a la humillación pública y a la muerte era parte de todos los ciudadanos de aquella nación, pero para Aldo era una preocupación más cercana y real que para muchos.

La batalla estaba perdida, las fuerzas se acabaron muy pronto y un golpe en la nuca le llevó a esa horrible oscuridad en la que normalmente gastaba muchas horas escapando. Pero Aldo no estaba completamente solo, cuando se disponían a sacar su cuerpo de la casa alguien se apareció y con dos golpes llenos de odio dejó inconscientes

a los guardias para posteriormente enfrentarse cara a cara con un viejo enemigo. Gael Olmo y Jair Cuevas tenían un largo historial de traiciones y acusaciones falsas, se habían reventado la cara frente a sus compañeros muchas veces y se habían declarado odio desde sus primeros días de adiestramiento militar. Esas rivalidades añejas e interminables eran parte natural de la policía; todos se odiaban y temían al mismo tiempo, algo que para los altos mandos funcionaba muy bien.

La pelea no fue larga a pesar de su intensidad. Gael había acumulado su enojo por varios minutos, desde que escuchó la voz de Cuevas a través de las paredes de su refugio temporal. Era un enemigo robusto y tan tramposo y descarado como él mismo. Tras varios puñetazos rodaron por el suelo, turnándose para intentar ahorcarse el uno al otro. Sus fuerzas eran demasiado parejas, de la misma forma que sus razones y su determinación. La escasez de aire y la humillación de morir a manos enemigas torturaron a Olmo, quien no dudó en recurrir a lo que tenía en mano en instantes hechos de sofoco y angustia. Lo golpeó con la pata extraviada del sofá, esa pieza de madera que hacía muchísimo tiempo había terminado bajo la estructura de tela y madera y que reapareció casi como una ayuda divina. Lo dejó inconsciente tras el impacto, pero no conforme con esto torció el cuello de su viejo enemigo y acabó con su vida de una sola vez; aunque tuvo la impresión de ya haber hecho eso en el pasado. Sin fuerzas ni aire para celebrar se percató de que Aldo había recuperado la consciencia y se cubría los ojos aterrado ante el desenlace de la disputa.

Con mucho esfuerzo llevó los tres cuerpos de regreso al deslucido salón de la casa, asesinando también a los dos oficiales que estaban con Cuevas y cerciorándose de que nadie además del muchacho hubiese visto lo sucedido. Después se ocupó de Aldo, acercándose para intentar calmarle, pues se veía abrumado y nervioso. Pero no halló palabras ni reacción en él, por eso lo abofeteó, simplemente porque fue lo único en lo que pudo pensar. No había tiempo para el temor o la cobardía.

Estaba a punto de irse cuando Aldo lanzó una pregunta al aire, una pregunta para la que no hubo respuesta en ese momento: “¿Y cómo piensa escapar?” Gael se asomó por la ventana, notando que no había policías en la callecilla que pasaba frente a la casa. Era sin duda el momento de irse.

—No lo sé —respondió finalmente Gael—. Pero cualquier cosa que haga la haré ahora mismo. Te recomiendo que vengas conmigo, te guste o no también estás en problemas.

—No tengo razones para escapar —refutó el muchacho.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gael incrédulo—. Todos

tenemos razones para huir de esta asquerosa prisión. Además, no tienes otra opción. Si te quedas aquí morirás junto a tu madre.

De ser ciertas tales palabras representaban una nueva condena. Aldo no tuvo respuesta, todo había vuelto a cambiar. Gael abrió la puerta para irse, mas no pudo. La presencia de dos policías interrumpió su fuga devolviéndole al interior oscuro de la casa. Resignado se sentó en el suelo, con su espalda en la pared frontal de la vivienda, deseando que los dos policías que hablaban en voz alta pasasen de lejos y desapareciesen en cualquier dirección. No obstante, las voces se acercaron llevando a Gael a prepararse para lo peor. Aldo volvió a su nerviosismo e inseguridad habituales, y a pesar de ello se atrevió a tomar la pata del sofá, la cual destilaba sangre, para defenderse ante el inminente peligro. Afortunadamente este pasó de lejos.

Gael volvió a asomarse y notó que varios grupos de policías se desplazaban a lo lejos, en calles paralelas a la suya. Al parecer tendría que esperar un poco más si pensaba salir con vida de allí.

—¿Cómo se te ocurre escapar sin un plan? —reclamó Aldo, quien ya culpaba al intruso de su calamidad.

—La pregunta más bien debería ser ¿y por qué no intentarlo? No tenemos nada que perder —comentó Gael acercándose al muchacho, quien se refugiaba al final del salón, tras una pequeña mesa en donde la mitad de su vida solía transcurrir, entre dibujos de fantasías imposibles y comida gris.

—Si has cometido un crimen debes pagar por él. Es la única forma de que haya orden. Yo era inocente, merecía algo más, algo mejor —comentó con una amargura nueva—. Pero ahora también seré visto como un criminal. Ni siquiera podré cuidar de mi madre.

—Te han adoctrinado muy bien hijo —replicó algo irritado—. Yo habré cometido muchos crímenes, pero no es esa la razón por la que me juzgan, todo lo contrario, me juzgan por dejar de cometer crímenes.

—¿De qué habla?

—Quizás tu memoria te falle, pero tu intuición no debería fallarte jamás. Debes aprender a olfatear la injusticia y hacerte a un lado, de lo contrario te arrastrará hasta ser parte de ella. Y al menos que estés dispuesto a ignorar los muchos crímenes del gobierno tu único destino será la muerte.

—No me importa lo que haga el gobierno. Mi plan era huir esta noche con mi novia, pero ella no lo logró. Tal vez la han matado, tal vez no. Necesito ir a por ella.

—¿Y cómo piensas salir de aquí sin ser visto? Tú tampoco tienes un plan. Admítelo muchacho, estamos en las mismas

condiciones. Te guste o no, aquí todos somos iguales.

—Yo no tengo un plan. Pero las libélulas negras sí. Es por ellas que no estás muerto.

—¿Cuál es tu nombre? —cuestionó Gael tratando de cambiar el tema.

—Soy Aldo, Aldo Negredo.

Gael rio sin disimulo.

—Tu nombre numérico. Lo creas o no allí está tu identidad y tu destino.

—Mi nombre es Aldo, y solamente Aldo, ese código no dice nada de mí.

—Lo mismo pensaba yo. Trabajé mucho tiempo para ganarme el nombre de Gael Olmo, pero no creerás todavía que esos son nuestros verdaderos nombres, ¿o sí?

—Estoy seguro de que Aldo es mi nombre, mi padre me lo ha dicho poco antes de morir. Me dijo que no lo dijese a nadie, pero a este punto supongo que ya no importa.

—El hombre que te dijo ese nombre no es tu padre, y esa mujer obesa a la que cuidas no es tu madre. No tenemos un nombre. Ellos inventaron nuestro pasado y nosotros les creímos.

—¡Cállese! —gritó el muchacho furioso—. No le voy a dejar que juegue con mi mente.

—Piensa lo que quieras hijo.

—¡No me llame hijo!

—Si crees que yo soy tu desgracia todavía no has entendido lo que Cuevas iba a hacerte.

—Sé que me odiaba, siempre lo hizo, pero solo quería intimidarme, obligarme a cooperar con él. Nunca encontró tacha alguna en mi conducta. Lo peor que me iba a pasar sería otra semana de experimentos, días de náuseas y dolor y luego regresaría a mi rutina.

—Muy pronto no habrá rutina. La supuesta guerra está por terminar y los experimentos e investigaciones llevados a cabo han sido un éxito absoluto. ¿Sabes cuál es la siguiente fase?

—No quiero saber.

—Te lo diré de todos modos, para que entiendas de una maldita vez quién es tu amigo y quién tu enemigo. La siguiente fase es la eliminación de todas las pruebas de lo que ha estado pasando aquí por casi cincuenta años. El día de la celebración del cincuentenario, dentro de tres días, la multitud será llevada a la plaza de los inmolados, y todos, absolutamente todos, serán exterminados.

—Eso es imposible —reaccionó el joven aterrorizado.

—Desafortunadamente fui expulsado de la policía poco antes

de que revelasen todos los detalles a los oficiales de alto rango. Además, supongo que me habrán borrado una gran parte de los recuerdos, es solo que los años de privilegios han hecho de mi cuerpo y de mi mente más fuertes de lo normal.

—Yo antes quería regresar al colegio militar, para no comer esa porquería que nos dan a los obreros, para no beber su veneno y para que el aire fuese fresco al menos en mi habitación.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Una mujer.

Gael rio, el amor le parecía la más peligrosa de todas las necesidades de un prisionero.

—En otro escenario te diría que no hagas caso a lo que dicen las mujeres. Pero ella tiene razón. No hay motivos para confiar en el gobierno, ni siquiera a cambio de supuestos privilegios. Te aconsejo que vengas conmigo. Si te quedas aquí te encontrarán y te juzgarán como a todos los demás.

—No me iré sin ella. Tengo que encontrarla —respondió apenado.

Gael no pudo ocultar su decepción; ni siquiera sabía por qué se interesaba tanto en el muchacho.

—Vas a arriesgarlo todo por una mujer... ¡Qué estúpido eres! ¿Cómo sabes que ella es real? Podría ser una trampa, para probar tu lealtad, o peor aún, una alucinación. ¿Has dormido con ella?

—No

—La has besado?

—Aún no.

—¿Entonces? Ella no es lo que dice ser. Recuerda que al igual que todos eres parte de un experimento, solo eso.

—De todos modos prefiero morir buscándola a vivir sin ella, preguntándome si era real o no, si me amaba o me usaba. Eso sería mucho peor.

—Eres un tonto, nunca sabrás si ella era real o no. Lo más probable es que simplemente te quedes aquí, atrapado. No hay amor en este lugar, ni un futuro digno, tan solo un interminable presente. Juegan con nosotros, somos ratas de laboratorio, solo eso, ratas encerradas en muros infranqueables. Además, ¿a dónde la vas a buscar? Hay policías en cada rincón, buscándome a mí y a los que llamas libélulas negras. Solo tienes dos opciones: morir sin dignidad o morir tratando de escapar.

—No me importa nada de lo que diga.

—Dime un cosa —preguntó Gael mientras vigilaba por la ventana la única salida a su libertad—, ¿cuál es tu nombre numérico?

—Si se refiere al que está tatuado en mi mano derecha, puede

verlo por usted mismo —respondió extendiendo su mano para que Gael leyese su nombre numérico.

—¿De verdad crees que tu nombre numérico es 866C? —cuestionó Gael sin la necesidad de mirar la mano del muchacho —. Veo que las drogas te han quemado la memoria. En la policía todos sabemos quién eres.

Gael volvió a asomarse por la ventana, notando que el camino finalmente estaba despejado.

—¿De qué está hablando?

—Olvídalo.

El fugitivo abrió la puerta y se fue, sin decir nada más. Aldo, sin más opciones, fue tras él, abrigado por las dudas.

—Espere, conozco un camino, es la ruta que han tomado las libélulas negras. Pero antes déjeme despedirme de mi madre. Ella merece un final diferente —imploró el muchacho con tal sinceridad que Gael no halló el modo de contrariarlo.

El capitán Olmo, como era conocido en el pequeño mundo de la policía, lo miró incrédulo. Sabía que algo había cambiado dentro de sí como para dejarse convencer por un muchacho inexperto. “Apresúrate” fue todo lo que dijo.

Aldo regresó al interior de su casa, y sin más demora hizo lo que había estado posponiendo por varias semanas. Gael fue tras él, movido por la curiosidad y por un inexplicable afecto fraternal que el muchacho despertaba en él. La casa nunca lució tan sucia e inmunda como en aquel momento, un buen augurio ante lo que estaba por suceder. El joven Negredo abrazó a su madre y susurró algo a su oído. Derramó algunas lágrimas sobre ella, mientras la mujer obesa, incapaz de entender lo que acontecía, balbuceó toda clase de historias imaginarias sin siquiera abrir los ojos. Aldo le tapó la boca y los orificios nasales, usando ambas manos y poca fuerza. Su madre no forcejeó, ni siquiera pareció exaltada de forma alguna, se entregó a una muerte libertadora hasta que su corazón se detuvo y su espíritu se escabulló. Entonces volvieron a escuchar ruido en la calle, y los pasos de más hombres del gobierno.

—Le ruego que me diga todo lo que sabe del régimen y de los códigos. ¿Quién soy yo para ustedes? ¿Por qué me atormentan? —preguntó el muchacho, incapaz de retener el llanto.

Gael asintió, resignado a un nuevo retraso por aquel muchacho a quien sentía la urgencia de ayudar.

—Hay dos códigos, uno contiene tu función dentro del sistema y otro tu nombre, tu verdadero nombre. Es este el que importa, porque aunque sea solo un número indica dónde han sido guardados todos tus verdaderos datos en sus archivos, allí sí que podrías encontrar información valiosa acerca de tu identidad y la

de tus verdaderos padres. Supongo que sabes que ninguno de nosotros, los de la primera o la segunda generación nacimos aquí. Sois vosotros, los de la tercera generación, los que habéis nacido en este país.

—No sé de qué está hablando.

—Es muy simple niño, esta es una puta isla donde hace cincuenta años no había nada. No somos parte de un verdadero país, somos parte de un experimento, y los resultados de tales experimentos tienen un valor muy alto para algunas naciones interesadas.

—Pero no es eso lo que el país produce.

—Lo que el país produce es irrelevante, es lo que ellos han desarrollado a través de nosotros. Ellos tienen la cura de muchos males, y venderán tal cura a sus aliados, y luego a los enemigos de sus aliados a un precio mucho más alto. Ya saben las dosis correctas, las combinaciones necesarias y la forma en la que la gente común reacciona a todas ellas.

—¿Y qué hay de la guerra?

—La guerra misma es una mentira, es solo una excusa para comprobar sus hipótesis. ¿O acaso sabes dónde está pasando o quiénes luchan contra quiénes?

Aldo guardó silencio, era demasiada información y no le gustaba mostrarse confundido ante nadie. No sabía si creer o no en un hombre con tan mala reputación. Recordó entonces las palabras de su padre, o de aquel a quien le habían asignado como padre: “La verdad es un lugar muy lejano. Pronto sus pensamientos se vieron interrumpidos ante la buena noticia de Gael. Tras asomarse por la ventana sigilosamente, el antiguo capitán Olmo notó que no había ningún oficial en la calle. Abrió la puerta y se cercioró una vez más, algo que obligó al muchacho a ir tras él, mas no para seguirle sumisamente sino para proponerle esa otra forma de escape que él conocía.

Contrario a lo que Gael mismo esperaba el joven tomó la iniciativa y fue directo a la tapa de una alcantarilla no muy lejana, una de tantas que apenas y parecía existir en los suelos grises del caserío. Pidió ayuda solo cuando fue necesario y entre los dos removieron la robusta pieza metálica perdiéndose en la oscuridad sin dejar rastro alguno. Abajo había un millar de caminos similares entre sí, caminos irregulares y zigzagueantes, a tal punto que no había diferencia visible entre una dirección u otra. La luz eléctrica iba y venía, dejando instantes de oscuridad que hacían el avance más confuso e impredecible. Gael creía haber estado al menos una vez en los túneles del régimen, pero había olvidado por completo su existencia y su propósito, por lo que se limitó a seguir al muchacho.

Durante casi una hora no pronunciaron palabra alguna. Gael

trataba de recordar lo que había pasado la única vez que deambuló por ahí y Aldo cuestionaba en silencio las mentiras que conformaban su realidad. También pensó en ella, más que en su propia madre, más que en sí mismo. La amaba tanto que estaba dispuesto a morir por ella, con ella, para ella; aunque no se atrevió a confesar tales intenciones al capitán Olmo.

Una voz severa invadió el silencio, muy lejos de donde estaban, dicha voz vino acompañada de pasos firmes y ruidos metálicos. Gael se hizo a un lado y se acuclilló, y Aldo, más alterado y torpe que nunca, se lanzó al suelo, incapaz de controlar su respiración. Confiaban en que el parpadeo de las luces les hiciera invisibles. Al rato pudieron ver la sombra alargada de las piernas que marchaban a toda prisa, y a un hombre que ordenaba entre gritos e insultos a sus vasallos que apresurasen sus pasos tal y como él estaba haciendo. Se trataba de seis muchachos siguiendo a un oficial de mediana edad. La luz parpadeó varias veces para finalmente apagarse por varios segundos. El viento sopló a favor hasta que uno de los últimos policías del grupo notó un pie en el suelo recién iluminado que le llevó a indagar más por curiosidad que por una genuina corazonada, entonces entendió que había un intruso. Su primer y único pensamiento fue alimentado por la imperativa necesidad de dar voces de su hallazgo. Se trataba de un simple muchacho asustadizo, pero Gael, lejos del alcance de su vista, le jaló desde atrás tapándole la boca. La luz tenue e intermitente fue su aliada mientras observó cómo los demás policías avanzaban como si nada hubiese pasado.

Gael se vio obligado a acabar con su enemigo en un breve movimiento. Aunque supo que no tardarían en echar de menos al faltante. Ambos se alejaron tan rápido como pudieron, tratando de ser ligeros y silenciosos a pesar de lo accidentado del terreno en el que se encontraban. Fueron sin saber a dónde, eligiendo azarosamente conforme llegaban a distintos tipos de intersecciones, sin tener la más mínima idea de cómo encontrar alguna salida o de dónde buscar refugio en aquellos pasadizos subrepticios.

Fue en ese ir y venir de alternativas que se toparon de frente con un nuevo obstáculo. Tres siluetas aparecieron repentinamente, tan confundidas y asustadas como ellos mismos. Aldo fue el primero en comprender que se trataba de los niños de piel oscura que había visto hacía algunas horas. Sin tiempo para discutir con los extraños menores les dijo que tras ellos había varios guardias que pronto entenderían que algo andaba mal, con la desdicha de recibir la misma respuesta de los niños, quienes aseguraron que de la dirección en la que venían habían visto cerca de veinte policías que se dirigían a una de las salidas a la superficie.

Gael entendió hasta ese instante que aquellos niños eran

miembros de las libélulas negras, pero a falta de tiempo retrocedió jalando a Aldo de la camisa y tomando otro de los pasadizos, uno que parecía más oscuro y por ende menos transitado, aunque esa era solo una suposición. Los niños, sin más opciones ni ideas, fueron tras Gael y Aldo. Cuando dieron con un pasadizo en el que había decenas de puertas no dudaron en aventurarse a probar si estas cedían, pegando la oreja para tratar de escuchar si había peligro alguno del otro lado. Aldo lo intentó pero la puerta estaba cerrada, Gael hizo lo mismo con dos puertas diferentes pero ninguna cedió y Zarek hizo lo suyo, dando con una gruesa puerta metálica que cedió sin mucho esfuerzo y encontrando del otro lado un inmenso salón pobremente iluminado, con varios escritorios y cientos de estantes con lo que parecían ser miles de expedientes.

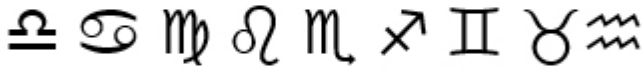
Zarek y sus hermanos fueron los primeros en dejarse caer al suelo, agotados y nerviosos, decepcionados por no haber encontrado aún la salida prometida a su accidentado escape. El mayor de los hermanos dejó caer accidentalmente un puñado de papeles, llamando la atención de Aldo y Gael. Nervioso y desconfiado tomó presurosamente sus papeles, que en realidad eran un solo gran pliego doblado muchas veces. “¿Son esos los planos?” preguntó Aldo, cuya voz retumbó en las paredes a pesar de haber sido poco más que un susurro.

Uno de los hermanos de Zarek, aquel que era casi de su misma edad, no estuvo de acuerdo con que este mostrara su más valiosa posesión. No por Aldo, quien sabía lo suficiente al respecto, sino por el otro hombre, cuya reputación no podía ser peor. De todos modos Zarek desdobló el gran pliego, dejando lo que parecía ser una especie de mapa del interior de la ciudad, a lo cual agregó simplemente: “No estamos seguros de saber interpretarlo, y aquellos que sí sabían ya no están entre nosotros.”

Gael miró de reojo los muchos símbolos que acompañaban el mapa, como un puñado de dibujos absurdos cuyo un lenguaje era tan lejano como la libertad a la que aspiraba. Sin embargo, sabía que no tenía nada que ofrecerles a esos mocosos. Aldo, por el contrario, tomó el plano entusiasmado, como si se tratase de un juego. Amaba los desafíos tanto como a la libertad misma con la que soñaba en secreto. La sonrisa del muchacho se incrementó justo antes de que este tuviese palabras llenas de esperanza para todos. “No es tan difícil como parece, cada símbolo tiene un valor numérico, y cada número equivale también a una letra del alfabeto. Tan solo necesitaremos una referencia, un punto de partida” dijo mientras extendía los planos en su totalidad y los ponía en el suelo.

Entonces, con una convicción que casi era arrogancia, señaló ante todos lo que estaba escrito en la esquina superior derecha del gran mapa, y los demás entendieron que esos extraños símbolos serían

de una forma u otra la pequeña frontera entre el éxito total y el fracaso.



ESPERANZA

Tres niños corrían ante la furia de otros diez, tres muchachos cuyo único crimen había sido dibujar un día soleado y defender su existencia. Estuvieron a punto de sucumbir en la esquina del mercado y en las viejas gradas de piedra de la entrada al caserío, pero se habían escabullido cada vez, no por astucia o habilidad sino por miedo, la fuerza que mueve a la nación. Y por si eso fuera poco, tenían que lidiar con aquel maldito aire denso y enrarecido, el cual pretendía reventarles los pulmones antes de que estuviesen a salvo. Sin embargo, más allá de sus zapatos rotos y el temor a una paliza, en lugares intangibles entre su memoria y su juventud, se escondían las más absurdas fantasías, hechas de barcos y aventuras en altamar, de territorios inhóspitos y descubrimientos dignos de libros de historia y leyendas asombrosas.

Era un domingo mustio, desde el frágil cielo negro de invierno hasta las pestilentes letrinas de los pálidos tugurios. Las callejuelas eran cual laberintos grises y húmedos y una llovizna helada les perseguía desde que comenzaron tan atrevido ascenso por la superpoblada montaña. Había gente en todas partes, gente indiferente a su dilema e incluso confundida con la idea de un grupo de niños corriendo de manera tan inusual. Todos tenían más de ocho años, edad suficiente para entender las reglas del Estado y asumir las consecuencias del desorden público. Ninguno escaparía al castigo de los adultos, pero eso poco importaba cuando los perseguidos sabían lo que podría pasarles si eran atrapados.

La llovizna se había tornado tan tóxica como el vapor de las fábricas que engalanaban el difuso horizonte, y una histérica niebla dificultaba cualquier accionar. El sudor de sus cuellos se evaporaba con cada paso nervioso contra el suelo helado y la cercanía de sus opresores les desgarraba capas cada vez más gruesas de alma y esperanza, las mismas que ya no existen en una población adulta diezmada ante las tragedias, la opresión y la injusticia disfrazada de casualidad, de sacrificios momentáneos y hasta de voluntad divina. Sus cuerpos enfermos adolecían en todo momento, desde la piel hasta los huesos, desde el corazón agitado y los músculos llevados a un esfuerzo mucho mayor del habitual hasta las náuseas de sus vientres atiborrados de parásitos y otras maldades; pero no había tiempo para

ello, eran una generación enfermiza acostumbrada a padecer dolores y angustias difíciles de localizar ante los médicos.

Escapar de aquellos bravucones no sería suficiente, no una vez, sabían que una guerra había comenzado y esta se expandiría hasta cobrar tantas víctimas como pudiese. El conflicto había sido desatado solo dos días atrás, cuando el más pequeño dibujó un sol que bañaba a todo el país y los demás niños, ofendidos con tal locura, no sólo se burlaron de su estupidez sino que insistieron en que destruyese aquel dibujo antes de que algún maestro lo viese. Era absurdo, sobre todo para el dibujante, quien por un momento se creyó libre de hacer lo que quería con su papel, a pesar de que debía resolver multiplicaciones de dos dígitos en vez de perder el tiempo con blasfemas ensoñaciones. Su hermano ocho años mayor tuvo que intervenir para evitar que los demás le atacasen ahí mismo. Luego un tercer niño, amigo de ambos, se sumó a la resistencia. El hermano dio un puñetazo sublime a la cara del pelirrojo que había comenzado la pelea, pero justo en ese instante desafortunado el maestro llegó y abofeteó a ambos, con fuerza suficiente para humillarlos frente a los demás. Ese día, al salir de clases, la multitud de niños y adultos que regresaban a casa les sirvió para escabullirse y salvarse temporalmente. Dos días después corrieron con la mala suerte de que al ir por comida al centro sus enemigos les divisaron y corrieron a ellos en señal de batalla.

Varios adultos reclamaron a viva voz la imprudencia de los chicos, sobre todo cuando estos les empujaban sin remordimiento para abrirse paso y hasta les hacían tirar sus canastas del mercado derramando patatas grises y panes negros en todas direcciones. Pero los trece niños ascendían sin prestar atención a lo que acaecía a su alrededor. Dos hombres que fumaban sus hierbas se deleitaron al hacer una zancadilla al pelirrojo y a otro de sus colaboradores, riendo a carcajadas al verlos caer. La persecución continuó de todas maneras. Dos veces los perdieron de vista y dos veces los volvieron a encontrar, escondidos entre la basura y los rincones donde el triste alumbrado público no llegaba. Varias pausas se hicieron en los últimos tramos de la persecución, la salud empobrecida no les permitía avanzar sin consecuencias. De todos modos continuaron neciamente. Para los perseguidos el castigo era doble, no sólo su alma condenada sino su cuerpo dolorido les palpitaba como si estuviesen a punto de estallar. El más pequeño lloraba y se culpaba, su hermano le exigía que no se detuviese al tiempo que lidiaba con esa tos seca que le afectaba desde el nacimiento, y el otro niño, de finos y escasos cabellos rubios y pulmones ancianos luchaba con la falta de aire como si algo o alguien le estuviese estrangulando. La persecución ya no era una carrera, todos avanzaban lenta pero constantemente. Toleraban el dolor del

ascenso con tal de infringir más dolor en los otros o evitar un dolor y una humillación que les marcaría por mucho tiempo.

Los obstáculos fueron muchos, pero nada impidió que casi una hora más tarde llegasen al final del camino, a una altitud inquietante, donde ya no había casas y la hierba seca convivía con las rocas desprendidas del suelo. Entonces se supieron rodeados por un alto muro cuya existencia y dimensiones siempre habían estado en entredicho, siendo motivo de susurros alcohólicos y debates prohibidos. Los niños más grandes creían que eran inventos de los adultos para amedrentar a los más pequeños antes de dormir. Pero allí estaba, visible sólo desde cerca ante la densa y permanente neblina del lugar. Los perseguidos lamentaron su suerte y las lágrimas y súplicas no tardaron, excepto las del hermano mayor, quien prefería morir con dignidad a vivir con tal recuerdo. Los otros diez disfrutaron acorralando a sus agotadas víctimas, se dispersaron en todas direcciones para evitar otra treta y se acercaron entre perversas carcajadas. Dejaron ver sus muchos dientes faltantes y sus lenguas percudidas, sus ojos destilando maldad y sus rostros mugrientos, manchados con los aires tóxicos, con sus manos ennegrecidas y heridas del trabajo infantil. Los vapulearon sin ningún asomo de misericordia. Seis contra el mayor y cuatro chicos contra los otros dos. La sangre manchó las paredes del muro de piedra y los adoquines grises vieron correr delgados hilos rojos que nacieron después de las patadas y sobre todo, con la lluvia de piedras que cayó luego de que el pelirrojo, tras verlos derrotados, gritase a viva voz: “¡Apedreadlos, maldita sea! ¡Apedread a los soñadores!”

El hermano mayor usó su cuerpo para proteger al dibujante, el cual, acuclillado y con los pantalones húmedos lloraba y pedía a Dios por su alma y la de su protector, el cuál resistía fuertes golpes en costillas y extremidades mientras intentaba proteger su cabeza. El otro niño, el rubio de mirada confundida, recibió una pedrada en el ojo izquierdo, tan fuerte que lo removió de su cuenca y lo expuso para regocijo de los demás. Una segunda pedrada le dio justo en la frente y una tercera le quitó la vida. Al caer su nariz se rompió contra el suelo manchado por su propia sangre.

Un terrible silencio les cobijó mientras la llovizna se intensificaba hasta convertirse en granizo. Sólo en ese momento los persecutores desistieron de su propósito y se alejaron uno por uno, no sin antes contemplar con asco el cadáver de aquel desdichado y la patética escena de llanto de los hermanos, inmóviles, empapados y con sus ropas desgarradas e inservibles. El viento frío, prepotente, cómplice y homicida, soplaría sobre sus cuerpos abrumados, interrumpiendo al silencio y al dolor con la misma canción.

La culpa y el llanto cesaron abruptamente. Ambos se levantaron y

miraron a su amigo, el mayor con mucha ira y el menor con lástima y tristeza. Luego levantaron la cabeza para contemplar con mucho esfuerzo al gigantesco muro, entrecerrando los ojos como si este tuviese algún resplandor inherente o si de alguna manera fuese sagrado. Resultó ser más alto de lo que se decía a pesar de que ese era el punto exacto en donde el muro tenía menor altura. No obstante, algo destacaba entre lo demás, en la gruesa pared grisácea había un pequeño dibujo esculpido con trazos simples y concisos, como si hubiese sido hecho con una piedra filosa o una cuchilla. Era idéntico al dibujo que el menor de los chicos había hecho días atrás, el causante de la tragedia, un sol resplandeciente sobre muchas casas y un mar sereno frente a la ciudad, tan simple como sincero. El hermano mayor lo observó desconcertado y sin decir palabra alguna planteó la pregunta, pero el más pequeño negó con la cabeza. No recordaba haber estado allí jamás. En seguida retrocedieron, tan nerviosos como intrigados.

La policía del orden llegaría minutos más tarde, para recoger el cuerpo del menor y buscar responsables. Ambos serían inculpados de homicidio. Nadie les creyó que todo había comenzado por un simple dibujo y el resto de la historia les pareció irrelevante. Entonces Gael despertó agitado, siendo incapaz de interpretar el mundo a su alrededor por algunos instantes. Aldo lo miró con entusiasmo, tenía muy buenas noticias. Pero Olmo no se recuperó tan pronto. Recordó haber tenido un hermano menor, pudo ver su rostro incluso con los ojos abiertos. El sueño hiperrealista que recién había tenido se disolvió con la voz persistente del joven Negredo, quien al verle despertar le aseguró estar muy cerca de interpretar el mapa.

Aldo tenía un mar de papeles extraídos de los muchos expedientes que había en aquella habitación. Cada papel tenía en su esquina superior derecha un conjunto de símbolos, un guion y un número. Es justo ahí donde el muchacho trabajaba, aunque le habría sido más fácil contar con algún lápiz o al menos una pluma decente. Zarek y sus hermanos, ansiosos por volver a los túneles y encontrar la salida, compartían la última ración de un trozo de pan seco y de mal aspecto. El menor de los hermanos, al notar hambre en el rostro de Gael, se acercó y le ofreció la mitad de su porción, esto a pesar de que sus dos hermanos le dijeron vehementemente que no era momento de compartir. Gael miró con desprecio la comida rancia que le estaba siendo ofrecida y con un simple gesto indicó al pequeño que comiese él, que necesitaría fuerzas para escapar del país.

Alguien se acercó con pasos torpes y lentos. Tocó la puerta una sola vez y a juzgar por el ruido que hizo sacó un manojo de llaves, tardando su tiempo en encontrar la que correspondía a la puerta que tenía frente a él. Zarek y los niños fueron los primeros en ocultarse,

buscando los rincones donde la sombra era más densa a causa de las pilas de expedientes y las mesas abundantes. Gael tomó el mapa y Aldo se aferró a varios papeles que había estado usando como referencia para su trabajo.

La puerta se abrió y un hombre muy viejo caminó con suma paciencia, soportando el peso de un centenar de archivos y balbuceando una serie de quejas contra sus compañeros de empleo. “Ya deberían estar aquí los demás expedientes, malditos perezosos” agregó el anciano de muy mala manera. Zarek y los demás no habían visto nunca a una persona mayor. Su cabello blanco, su piel arrugada, su voz carrasposa, todo era interesante en aquel momento. Gael, confiado ante la débil presencia del sujeto, se dispuso a atacarle, visualizando lo que haría primero para no arriesgar que este tuviese tiempo de gritar o defenderse; lucía como alguien muy débil pero no se puede estar seguro con la gente de esa edad, podría ser perfectamente un excombatiente de la guerra o un policía retirado. El anciano, que ni siquiera sospechó de lo que estaba pasando, se acercó irreverentemente al escondite donde un Gael acuclillado se disponía a atacarle. En ese mismo instante otro anciano de apariencia bastante similar entró acompañado de dos oficiales, los tres cargaban su propia pila de expedientes poniéndolas en la mesa bajo la cual Zarek y sus hermanos habían tomado refugio.

Los fugitivos no se movieron, ni respiraron, ni siquiera se atrevieron a pensar, como si el más mínimo error fuese capaz de condenar sus esfuerzos. El primer anciano se quejó ante los demás aseverando que el último en usar aquella instancia se había ido olvidando cerrar la puerta con llave. “Maldita sea, luego soy yo el que debe soportar el regaño. Es la tercera vez este mes” comentó de muy mala gana el anciano, algo que poco importó a los otros tres sujetos, quienes se fueron asegurando que regresarían con las últimas pilas que faltaban. “Será mejor que así sea, mi espalda me está matando.” El primer anciano volvió a quedar solo en la gran y oscura habitación, mirando cómo la puerta se cerraba frente a sus ojos mientras tocaba la zona exacta de su espalda que más problemas le estaba dando. Decidió ir a encender las demás luces, pues odiaba trabajar cuando una única y miserable bombilla era todo lo que había para leer. Fue entonces que Gael se acercó y le tapó la boca, susurrándole que si cooperaba no estaría en problemas. El anciano comenzó a reírse, mordiéndole la mano para poder hablar. “¿Cree que le tengo miedo? Si ha de matarme hágalo, si ha de acabar conmigo apresúrese. Por favor.”

Zarek y Aldo salieron de la oscuridad que les guarecía, con el fin de ayudar a Gael.

—No nos interesa hacerle daño —agregó Aldo, cautivando la mirada del viejo quien por un momento lució como si hubiese

visto algo horripilante.

El anciano se acercó al muchacho tan solo para comprobar que sus ojos no le engañaban.

—¿No sabes quién soy? —preguntó el anciano claramente afectado.

—¿Por qué habría de saberlo?

—No hay tiempo para esto —interrumpió Gael—. Esto es lo que haremos, usted nos ayudará a salir de aquí, y como gratitud yo le dispararé en la cabeza. Se lo prometo —concluyó apurado.

—Si yo supiese cómo liberarlos me habría liberado a mí mismo hace mucho tiempo. Nadie sabe cómo salir de aquí.

—¿Tiene usted un lápiz? —preguntó Aldo.

El hombre sacó varias cosas de su camisa, entre ellas un lápiz, el cual no dudó en ofrecer al muchacho.

El joven Negredo tomó el lápiz y descargó en los papeles que había tenido en sus manos todo ese tiempo una gigantesca cantidad de cifras que venía reteniendo en su cabeza por un largo rato. Gael y los demás miraron curiosos lo que sucedía, y cómo los números y los símbolos eran uno solo y estos sustituían letras específicas formando las primeras palabras. En menos de un minuto Aldo formó cuatro palabras clave: Tren, anochecer, sexta y rojo. Se tomó unos segundos para asociar estas palabras con lo que ya creía haber interpretado en aquel mar de símbolos absurdos; en seguida se levantó y dijo a los demás que ya sabía qué debían hacer y a dónde debían ir para salir del país. Los demás no comprendieron pero obedecieron. Zarek y sus hermanos salieron de la habitación sigilosamente y Gael apuntó su arma a la cabeza del anciano, pero antes de que disparase Aldo hizo una pregunta al triste viejo:

—¿Y quién es usted?

—Quien yo sea no es importante. Solo trabajo en el archivo y obedezco órdenes. Pero usted, usted sí es alguien aquí abajo.

—¿Quién soy yo?

—Eso que sostiene ahora mismo es un plano diseñado por su padre. Los códigos son de su invención. Su padre creó y sistematizó todo lo que pasa bajo tierra, obedeciendo órdenes por supuesto. Y usted trabajó en ese proyecto por casi dos años. Eras el orgullo de tu padre, y la razón por la que este se sacrificó.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó el joven afligido. Pero por el gesto del anciano y la premura de Gael comprendió que esa pregunta permanecería sin respuesta.

Gael disparó la última bala que tenía y puso el arma en las manos del anciano. Tras esto salió apresurado, jalando a Aldo del brazo para que hiciese lo mismo. “Ahora estamos en tus manos genio” concluyó el capitán Olmo sin dar más importancia al rostro confundido del

muchacho, quien volvía a nadar en aguas profundas hechas de nostalgia y soledad. Y como no hubo reacción alguna de parte de este, no dudó en abofetearlo.

La libertad nunca pareció tan cercana, tanto así que todos experimentaron un calor en el vientre y una extraña convicción en el pecho, algo que otros llamarían simplemente esperanza.

LA LUZ DEL MAÑANA

Aldo Negredo los guio en todo momento, echando varios vistazos a los planos que Gael sostenía devotamente. Le era muy difícil concentrarse, muchos recuerdos volvieron a él en el peor momento, recuerdos acompañados de una fuerza emotiva que no podía dominar. Las lágrimas regresaron, aquellas retenidas tras años de miedo y frustración, aquellas que no derramó tras la muerte de su padre y más recientemente las que retuvo tras acabar con la vida de la mujer a quien consideraba su madre. Recordó muchas otras cosas, a otros muertos y a otros enfermos, pero no tuvo nombres para todos esos rostros, algo que le entristeció más de lo que pudo soportar. Sus manos tampoco estaban limpias, su conciencia tenía casi tantas manchas como la de aquel fugitivo con quien ahora compartía destino. Se detuvo, sin poder respirar, confundido ante su entorno y padeciendo un terrible dolor de cabeza. Miró a Gael y a Zarek, quienes trataban de ayudarle sin éxito alguno, y también miró al suelo, y a los lados, y arriba. Buscaba algo pero no sabía lo que era. Cayó y vomitó un líquido verdoso, pero era mucho más el ruido que hacía que la cantidad de líquido que salía de su boca. Sabía que era un mal momento para padecer una crisis. Su mundo volvió a ladearse y a erguirse, a ladearse y a erguirse, a ladearse y erguirse… hasta que los rostros borrosos a su alrededor recuperaron lentamente algo de nitidez. Tenía sed, más que en ningún otro instante, su corazón quería reventársele desde adentro, huir del dolor que le presionaba hasta los huesos y perderse en alguna de sus fantasías, como aquella de la muchacha de ojos grises, la de las manos perfectas y un aroma que ni la pobreza ni la esclavitud podían apagar. ¿Era ella real? ¿o también era otra de esas mentiras que conformaban su vida?

Zarek se agachó y le sostuvo el mentón, logrando recuperar lentamente la atención de Aldo, quien no dejó de luchar contra su propio cuerpo y alma. Se reincorporó con la ayuda de los otros niños y ante la poca paciencia de Gael, quien odiaba sentirse en las manos de alguien más, comenzó a murmurar lo que debían hacer, pero ninguno de los presentes pudo entender una sola palabra. Fue hasta la tercera vez que habló que las indicaciones tuvieron sentido. “A los lados del camino de piedra hay cada cinco metros una serie de marcas de distintos colores, son piedrecillas pintadas simplemente. Debemos

seguir en dirección oeste hasta llegar al camino con piedrecillas rojas, y allí continuar hasta una serie de nuevas intersecciones, todas marcadas con el mismo color. Tomaremos la sexta opción de derecha a izquierda, y continuaremos hasta una estación de tren subterránea. Esa es la salida, o al menos eso dice el mapa."

Aldo tomó aire, tratando de obligar a su cuerpo a estar a la misma altura de su mente. Y si ya caminaban presurosos el sonido de pasos lejanos les obligó a correr desesperadamente. Nunca la libertad había sido tan posible, tan cercana y tan difícil. El aire escaseaba para todos, respirar era un problema cotidiano convertido en una mortificación inacabable cuando se trataba de correr. Pero el dolor en el pecho y en las piernas, en los huesos y hasta en las entrañas, era nada en comparación con la sensación de estar cerca de la libertad. No dejaron de correr en ningún momento, ni siquiera cuando no escucharon más al enemigo o cuando las piernas dolieron tanto como el pecho. Pronto pudieron ver una zona más iluminada al fondo, más allá de ese gran pasadizo de luz intermitente en el que se encontraban. Había muchas puertas a cada lado y para tranquilidad de todos las veces que voltearon hacia atrás esperando divisar a alguno de sus persecutores no vieron absolutamente nada. Según el plano que Aldo había interpretado la estación subterránea estaba más cerca que nunca, deberían tomar la sexta entrada y seguir una línea recta perfecta hasta la salida anhelada.

Tan cerca estaban de la intersección que ya podían ver su entorno con claridad, valiéndose de la abundante luz que les alegraba el alma con cada paso. Ni por un instante pensaron en la posibilidad de que la fuente de esa luz abundante representase su mayor obstáculo a la libertad. Fue Aldo el primero en reparar en ello, siendo quien encabezaba el grupo en ese momento. Bajó la velocidad e indicó a los demás que hicieran lo mismo, percatándose de la abundante vigilancia policial en la zona. Tomar el pasaje a la estación se había convertido en una labor imposible, pero mientras el joven pensaba en otra alternativa Zarek abrió una de las muchas puertas a los lados del sendero que tenían a su disposición. Gael jaló a un distraído Aldo de la camisa y todos buscaron refugio de inmediato.

Cuando Gael cerró la puerta de hierro, sólida e imponente, con un cerrojo de forja enigmático que no había sido visto en ningún otro lugar, Aldo aprovechó para extender los planos de la ciudad subterránea en busca de otras formas de llegar a la estación. Fueron los niños los primeros en comprender la naturaleza del lugar en el que se encontraban, contemplando impresionados lo que el interior de aquella luminosa habitación escondía. Era una especie de cementerio de arte, una bodega amplia y sucia, la cual retenía el polvo de las ya casi cuatro décadas de prohibición. Había lujosos marcos recostados

en las paredes, cientos, tal vez miles, con manchas de pintura roja que censuraban lo que alguna vez fueron obras de arte y ahora eran tan sólo lienzos profanados. Había esculturas de hombres, mujeres, niños, ángeles y animales reales y ficticios, mitológicos y desconocidos en esa parte del mundo. La mayoría de las esculturas eran de bronce y de mármol, pero todas estaban incompletas, sin cabeza, sin manos, sin alma, sin piernas, sin fuerza. Cientos de cajas de madera se extendían en hileras desiguales, formando a su vez senderos polvorientos de los cuales sobresalían desperdigados en el suelo toda clase de papeles con dibujos decomisados, lápices de todos los tamaños, pinceles de todos los grosores, óleos y acuarelas; y los restos de algunas obras que fueron reducidas a fragmentos de tela y papel.

A pesar de la angustia del momento y el cansancio del cuerpo y del alma, Gael y los niños miraron en el interior de algunas de las grandes cajas y encontraron la vida y obra de muchos artistas olvidados. La mayor parte de las obras lucían inservibles, habían perdido el ímpetu con el que fueron creadas. Ahora sólo quedaban bocetos desordenados que agonizaban con la misma tristeza y nostalgia que los artistas que una vez los crearon, artistas ejecutados, perseguidos, manipulados, oprimidos y frustrados. Recorrieron los pasillos llenos de curiosidad, intentando rescatar algunas obras, mirándolas atentamente con el deseo de resucitarlas, salvarlas del polvo, el tiempo y las cucarachas. Era un escena desoladora, la amarga realidad que el régimen proyectó sobre todos, cubriendo el alma creativa de su pueblo con ese manto de miseria espiritual.

Gael no pudo callar sus pensamientos, quiso decir a los niños lo que sabía del tema, más por el acto de hablarse a sí mismo que por cualquier motivo educativo. “Siempre supe de este lugar, pero jamás imaginé que fuese tanto lo que nos quitaron. La censura comenzó hace más de treinta años, cuando las artes fueron vistas como una peligrosa distracción, fuente de ideas que debían ser apagadas. Primero prohibieron las esculturas y las pinturas, rescataron solo las que fueron aprobadas para adornar los edificios del gobierno, las demás vinieron a parar aquí. Luego hicieron lo mismo con la música y el teatro callejero, hasta que finalmente fue ilegal hacer dibujos en casa, porque el papel debía usarse para cosas más importantes según ellos.” Los niños poco o nada escucharon de lo que decía Gael, en quien todavía no confiaban demasiado. Siguieron observando los marcos de madera ornamentada, los de bronce y plata, con figurillas escondidas entre las hojas de laurel o las formas geométricas. Nunca habían visto cosas de ese tipo, y salvo en la fachada de los edificios del gobierno no había ninguna estructura en todo el país que pudiese contener aquella clase de maravillosos objetos.

Aldo diseñó un nuevo plan, uno que involucraba nuevos riesgos

pero que les devolvió la esperanza después de todo. Los llamó para explicarles lo que deberían hacer:

—Como ya sabéis nos dirigimos a la estación subterránea, la cual en el plano no es más que un cuadrado similar a los demás —dijo mostrándoles el punto exacto que representaba, según su interpretación, una estación secreta—. El muro que nos rodea solo tiene una salida, y es precisamente la estación del único tren que nos puede llevar al exterior. Un tren sale cada tarde desde las minas, poco antes del anochecer, este hace tres breves paradas para cargar más materiales; la nuestra será la última antes de abandonar definitivamente el territorio nacional. Ahora mismo nuestra única alternativa es salir a la superficie para usar otra entrada a la estación, desde otra tapa de alcantarilla —comentó el joven generando incertidumbre a su alrededor y una reacción negativa de parte de Gael.

—Salir a la superficie es entregarnos en sus manos —comentó ocultando su enfado con un gesto de falsa diplomacia—. Busca otra opción niño, no quiero morir hoy.

—Es eso o enfrentarnos a los policías de la entrada. No sabemos si estarán allí mucho tiempo más, tampoco sabemos si nos están esperando o solo toman precauciones.

—¿Y qué pasará si desde la otra alcantarilla ingresamos para encontrar más policías?

—Es una posibilidad, pero ahora mismo no veo otro camino a la libertad —concluyó con tono más serio de lo usual, luego extendió el mapa y mostró su plan a los demás fugitivos—. Las equis que podéis ver son las tapas de alcantarillas, ésta en particular es la que está más cerca de nuestra ubicación. Si logramos salir sin ser vistos, llegaremos a una calle poco concurrida, y desde ahí tendríamos que cruzar solamente tres bloques, tomaríamos esta entrada señalada con esta equis y terminaríamos casi frente al propio tren que sale antes de que el día laboral termine. Obviamente disponemos de muy pocos minutos para ocultarnos en los vagones del tren de carga.

Gael tuvo que ceder y Zarek se mostró dispuesto y confiado en su nuevo aliado, quien sí le daba algo de paz y confianza, después de todo su plan habría fallado totalmente de no ser por aquel muchacho, y la esperanza reducida de salir y enorgullecer a su padre muerto era mejor que la humillante derrota ante el enemigo que acabó con su familia. La victoria que parecía tan cercana se convirtió en una nueva aventura en la superficie, una superficie que de seguro sería más hostil que nunca. Regresaron al gran pasadizo oscuro, se escabulleron siguiendo a Aldo y lograron en muy poco tiempo dar con la tapa de la alcantarilla. Subieron por una escalerilla y con mucho nerviosismo

forzaron dicha tapa para salir a la superficie. Olmo puso la fuerza y Negredo la estrategia. Contrario a lo que esperaban la superficie era un lugar abandonado. No había gente ni ruido. Corrieron hasta la esquina y visualizaron con más claridad el panorama. No podían creerlo. Ascendieron en busca de la tapa de la alcantarilla que los pondría más cerca del tren subterráneo y más lejos de la vigilancia de la policía.

Zarek y sus hermanos fueron los primeros en percatarse de lo que estaba sucediendo. A lo lejos, más allá del gran caserío, en la parte baja del país, podía verse a la multitud congregada a la fuerza, listos para una nueva serie de ejecuciones. Aldo no dio importancia a esto, al contrario, se alegró de la posibilidad de tener el camino despejado. “Han de estar juzgando a otros en lugar nuestro, para que todos crean que la situación está bajo control” agregó Gael mirando con decepción y desprecio la realidad del país. Lo que no sabía el capitán Olmo es que aquellas ejecuciones extraordinarias no habían calado en el corazón del pueblo como solían hacerlo. Ante los hechos recientes la gente finalmente comenzaba a comprender la contradictoria naturaleza de su celebración.

Entraron nuevamente a los túneles, sin dificultad alguna. Descendieron por la escalerilla y se percataron de estar en el interior de un lugar siniestro y decadente. El olor era insufrible y los miedos de todos parecieron regresar en forma de chocantes imágenes y luctuosos pensamientos. Era una morgue, mas no una cualquiera. Había más de un millar de cuerpos desnudos colgando desde el techo, a poca altura. Hombres, mujeres y niños sin piel, sostenidos por ganchos y gruesas cuerdas. No tenían ojos ni lengua, tampoco dientes o cabello, y con la boca generosamente abierta daban la impresión de estar clamando por justicia. Fue una visión repulsiva, tanto que los niños y Aldo agacharon la mirada y se dedicaron a buscar la salida, abriéndose paso por entre mesas de laboratorio y toda clase de hedores químicos. Había piernas y cabezas, brazos sin su cuerpo y hasta una gran colección de ojos. Lo demás no quisieron ni siquiera observarlo.

Desafortunadamente había tres puertas de salida, Aldo trató desesperado de extender su mapa pues no recordaba haber visto tales puertas y en esos largos segundos perdió nuevamente el control de la situación. Otra vez los mareos, y los recuerdos, las imágenes de rostros sin nombres cuyas palabras amenazaban su cordura. Gael se encargó de la situación y eligió él mismo la puerta metálica del centro, dejando las estrechas puertas de madera de lado. Salieron a un nuevo pasadizo, uno de aspecto metálico y a prueba de olores y recuerdos. Al final de este pasadizo pudieron respirar más relajados, justo antes de abrir la única puerta que tenían por delante, una que los llevó hasta

un salón similar al de los archivos, pero en este lo que había era una gran imprenta que parecía no haberse usado en semanas y un millón de periódicos, todos ordenados cronológicamente.

Aldo extendió el mapa con el fin de entender dónde estaban y a dónde debían dirigirse ahora. Mientras que Gael y los niños aprovecharon una vez más para explorar los secretos del régimen. Había periódicos de hacía más de cincuenta años, algo que contrastaba con las teorías de Gael acerca del origen de aquella supuesta nación. Sintieron la tentación de indagar, de buscar en aquel desordenado polvazal historias que no se habían vuelto a relatar, mentiras y verdades que el tiempo se había llevado y que en el olvido habían perdido total sentido. Por un momento se asustaron al escuchar ruidos de pasos avanzando en el exterior, confirmando su preocupación con el eco que la voz de varios hombres provocó en las paredes de ladrillo y en los techo altos. Afortunadamente el ruido exterior desapareció poco después.

Zarek leyó para sus hermanos noticias que jamás pudieron haber sucedido, mostrándoles fotografías de un mundo que no podía ser real. Fue indignante ver los rostros de los líderes fundadores de la nación, rostros que ya todos habían olvidado, y las palabras de estos hombres, promesas que seguían en el aire. En una de las primeras planas de un periódico miró en letras grandes la frase: “Esta guerra nos llevará a la paz que hemos soñado”, palabras de uno de los protagonistas del conflicto; en una página posterior decía: “Hoy cumplimos un año de luchar contra la tiranía” y más abajo afirmaba: “No descansaremos hasta que el último enemigo haya sido juzgado por sus crímenes.” Prácticamente todos los periódicos que encontró tenían frases en alusión a la revolución, frases que motivaban al pueblo a seguir luchando por un ideal.

“El campo de batalla es la mente de nuestro enemigo.”

“Nuestra democracia es y seguirá siendo revolucionaria.”

“La justicia está en las manos de un pueblo que ha despertado.”

“Creemos en los sueños porque la realidad es una pesadilla.”

Cada periódico, rudimentario y con pocas páginas, estaba repleto de encabezados y frases que Zarek consideró atentamente, pues todas se habían perdido en algún lugar entre el tiempo y la razón, siendo robadas de la memoria colectiva, del alma y la dignidad de un pueblo.

“Miles mueren en el desierto, pero sus ideas siguen vivas.”

“En el campo de batalla recuperaremos nuestra dignidad.”

“Nos han dominado más por la ignorancia que por la fuerza.”

“Todo parece imposible hasta que se hace.”

Gael, quien se había alejado de los niños, parecía más confundido que nunca. Observaba atentamente las fotografías de pequeños grupos

de soldados, en su mayoría muy jóvenes y llenos de esperanza y camaradería. La versión de la historia que ahí había encontrado mostraba a jóvenes luchando por derrocar a un mal gobierno. Muchos años después los hombres equivocados seguían en el poder, hombres cultos que vestían muy bien y hablaban muy bonito cuando se lo proponían, presumiendo sus apellidos extranjeros y su espíritu caucásico.

Tanto Zarek y sus hermanos como Gael quedaron impresionados con las imágenes de una ciudad parecida a la suya, pero antes de que fuese construida la lujosa Casa de Gobierno, cuando había un gran mercado donde agricultores y artesanos ofrecían sus productos. También había imágenes de la Plaza de la libertad, provenientes de periódicos que yacían ilegibles en el suelo, repleta de entusiastas que por alguna razón no explícita se habían reunido allí, con azadas, hachas y rastrillos. Parecían gente humilde, de buenas intenciones, gente que soñaba con un país próspero y justo para todos y que estaba dispuesta a dar lo que tenía para alcanzar tal objetivo. La nostalgia miró con los ojos de Gael y habló con sus palabras, sorprendida de todo lo que le habían quitado a las puertas de una revolución. Cincuenta años después el mundo era oscuro. La historia contada a los niños en las escuelas era una burla al pasado, además, la memoria carcomida por las drogas no dejaba sino imágenes difusas e ideas incompletas, a tal punto que la verdad y la mentira dejaban de ser importantes. Eso es lo que más les indignaba, a Gael y a los niños por igual, que no eran capaces de distinguir lo cierto de lo ficticio, no podían confiar ni en los libros ni en los periódicos, ni siquiera en las fotografías, simplemente porque no sabían si estas eran reales, si venían de otros países o si las fechas habían sido alteradas.

Si aquella versión del pasado que yacía en tan reveladora habitación era cierta, todo el esfuerzo había sido en vano. La sangre, el sudor, la tinta que escribió quejas y convocó luchas, las lágrimas de todas formas y tamaños, las madres, los hijos, los niños, los padres, los abuelos, los pobres, los más pobres, los religiosos, los soñadores, los soldados, los artistas, los hombres de ciencia, los hombres de fe, los hombres de machetes y vainas, los amantes de los libros extranjeros, los hijos de prostitutas, los hijos de mujeres santas, los huérfanos, los excéntricos… Todo a cambio de nada. Habían sembrado con dolor algo que no cosecharon jamás, ni ellos ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos. Y ahora sólo eran tristes fotografías sin color, letras formando palabras olvidadas y relatos que pocos podían escuchar, creer o divulgar.

Inclusive Aldo dejó por un instante el mapa para indignarse y amargarse el alma con ellos. Deseó estar en condiciones de luchar, y al menos tratar de cambiar ese destino oscuro y vacío que tanto temía;

anheló que alguna fuerza adicional le sanara el cuerpo y el alma, para intentarlo todo una vez más. Encontró varias cajas llenas de fotos, retratos de poco valor artístico pero de mucho valor histórico. Eran los rostros de una generación extinta. Hombres y mujeres mirando fijamente al aparato fotográfico, un aparato místico y peligroso que alimentaba supersticiones entre los más religiosos. Había miles de caras: blancas, negras y morenas; con gestos atrevidos, esperanzados, agotados, tristes y nerviosos. Pensó en aquellas almas, en la descendencia de estos y de aquellos, en el destino, en la muerte y en la vida después de la muerte. Pensó además en la posibilidad de que hubiese una vida mejor antes del régimen, en la razón por la que aquellas imágenes habían sido creadas, y sobre todo, en la razón por la que fueron decomisadas. Comprendió que aquel millar de fotos había sido robado a sus dueños originales, esto pues cada una tenía un olor diferente, una firma con fecha y nombres, con garabatos decadentes y hasta con rastros de pegamentos o marcas de un portarretrato que las contuvo por décadas. Podía haber pasado todo el día mirándolas, aspirando el aroma de cada familia y conjeturando con toda libertad; pero el tiempo era un don muy costoso y fácil de perder. Sintió culpa por irse y dejar a aquella multitud diezmada ahí, padeciendo el mismo ciclo de esclavitud y confusión; no obstante, con el plano de la ciudad subterránea en mano les confesó el error que acababan de cometer: “Hemos tomado el camino equivocado desde la morgue, la única forma de llegar a la estación será regresando a ese horrible lugar.”

Aldo abrió la puerta muy despacio y miró en todas direcciones. Los demás se apresuraron en seguir el camino que el joven con sus planos ya parecía dominar, mirando continuamente el color de las piedrecillas marcadas que servían como referencia. La suerte estaba de su lado, así lo confirmaron una vez más, cuando regresaron a la morgue y tomaron de inmediato la primera puerta de la derecha, la de madera oscura. Esta vez llegaron a una especie de bodega de alimentos y medicamentos, una gran habitación fría y muy bien iluminada, con paredes blancas y suelos adoquinados. Había estantes repletos de cajas con frutas y verduras, panes de todos los tamaños y queso; también había rústicos barriles conteniendo vino y cerveza, cientos de frascos con aceitunas, pescados, pollo y ternera en salmuera; del otro lado había antibióticos y cientos de frascos con largos nombres indescifrables. La comida y las medicinas que le negaban al pueblo era amontonada justo allí; otra razón más para odiarlos. Gael tomó algunas cosas para el camino y Zarek y sus hermanos aprovecharon para mordisquear un trozo de queso y unas manzanas y tomar consigo algunos productos que guardaron hábilmente en las bolsas de sus pantalones y hasta en un gran pañuelo

de tela que el menor tenía en el bolsillo de su camisa. Aldo por su parte se apresuró en salir de aquel sitio, deseaba mirar de una vez por todas el legendario tren a la libertad.

Del otro lado de la bodega había un pasadizo muy angosto desde el cual ya podía verse la salida. Habían gastado todo un día en su travesía subterránea. La luz del atardecer daba tonos que no conocían y al final del largo pasadizo podía verse el cuerpo monumental de una locomotora. Sin embargo, había un ruido invadiendo los aires y ese ruido parecía tener un significado preocupante. Aldo entendió que si no corrían e intentaban tomar el tren pronto este se habría ido y tendrían que sobrevivir un día más en aquel infierno gris. Nuevamente sus pasos fueron tan veloces como pudieron, nuevamente sus ilusiones se expandieron y se encogieron, se volvieron a expandir y se volvieron a encoger. Gael fue a la cabeza del grupo, por voluntad propia y egoísmo, mientras que Zarek y sus hermanos no dieron tregua y trataron de avanzar de todos modos. Aldo tuvo serias dudas, su cuerpo se indispuso y su mente apostó en su contra, pero aun así caminó, titubeante, como si una parte de él creyese que no merecía la libertad.

El gran tren de carga había comenzado a moverse cuando llegaron al final del pasadizo. Era una vieja locomotora con diecinueve vagones, todos de madera desgastada, pintados de verde y con las marcas del tiempo y el trabajo en los bordes. En el interior había solo cosas metálicas, desde lingotes de hierro hasta ollas y utensilios de cocina, había armas de distintos calibres y hasta partes de automóviles. Gael fue el primero en subir, impulsándose y aferrándose con todas sus fuerzas al metal. Forcejeó con la puerta cerrada hasta que la derrotó, enfrentándose al poco espacio disponible entre largos tubos metálicos. Zarek y sus dos hermanos invirtieron todas sus energías tratando de alcanzar alguno de los vagones posteriores. Lo lograron, con la dicha de encontrarse una puerta semiabierta que daba al interior del gran vagón de las ollas y las sartenes. Pero la satisfacción duró poco. Aldo no corrió más, se detuvo frente al tren y lo observó aumentar su velocidad. No parecía triste, ni feliz, tampoco había decepción en sus ojos, simplemente creyó que estaba haciendo lo correcto. Zarek y sus hermanos le gritaron, pero para él aquellos rostros y aquellas voces en realidad no estaban ahí.

El mayor de los fugitivos, el único cuyos crímenes eran reales y cuyas acusaciones tenían voz propia, no pudo soportar la idea de ser él quien escapase y Aldo quien sucumbiese ante la angustia y la culpa. Por eso saltó del vagón y fue a por él. Lo miró a los ojos y pudo ver en su alma cosas que había en la suya, por eso lo abofeteó, sin escatimar en la fuerza.

—No importa que mierda haya en tu cabeza, aquí no te

quedarás, sube ahora mismo —ordenó furioso.

—Tengo que saber si ella existe o no, si ella me ama o no…

Gael quiso razonar con el muchacho, pero este aún tenía algo que decir.

—No puedo irme. No así. Nuestra prisión no es un muro en realidad, es todo aquello que desconocemos, todo aquello en lo que no pensamos. Nuestras mentes viven encarceladas y mueren encarceladas. Sé lo que dirás, pero incluso si toda mi vida fuese una gran mentira, yo debería quedarme y decirle a todos la verdad. Alguien debe liberarlos —concluyó Aldo con voz suave y una serenidad de otro mundo.

—Pero ese alguien no puedes ser tú —gritó Gael más apurado que nunca, mirando de reojo cómo el tren se alejaba—. No puedes salvar a nadie, no mientras seas un prisionero más. Te volverán a drogar y volverás a olvidar lo sucedido. Aprovecha, sal ahora, vete, y desde afuera buscaremos una manera de dar a conocer lo que aquí hacen con la gente común.

—¿Y si no hay tiempo? ¿Y si mañana mismo acaban con todos? —reclamó Aldo con lágrimas en los ojos.

—De todos modos no será tu culpa.

—No iré a ninguna parte.

Gael volvió a abofetearlo, desatando nuevas lágrimas en el muchacho, pero dentro de sí supo que este no cambiaría de opinión.

—Yo me quedaré… soy yo quien debe lavar sus manos sucias, soy yo quien sabe cómo hacerlo —dijo Gael con voz de vergüenza y la mirada perdida casi en el suelo—. Pero no lo haré si no subes de una puta vez —prosiguió casi gritando——. Volveré a la ciudad subterránea, sé cómo salir y cómo ayudar a los demás. Confía en mí, hay mucho que no te he dicho, cosas que no he olvidado. Y aunque no lo creas, solo así encontraré mi redención —concluyó Gael con una sonrisa innecesaria.

El joven Negredo tuvo una reacción lenta y torpe. Pensó en ella, vio su rostro hermoso, como si estuviese ahí. Miró al tren alejándose, indeciso y asustado.

—Ve con ella, por favor, búscala donde sea. Y pídele los dibujos que yo le regalé. Si ella es real los dibujos también, y si los dibujos son reales hay más de una forma de enfrentar al régimen. No estoy seguro, pero creo que llevamos años buscándonos, encontrándonos y olvidándonos, tratando de escapar. Te lo imploro. Ve por ella.

Gael simplemente asintió, dándole a Aldo la paz suficiente como para irse. Solo entonces comenzó a correr, aún sin demasiada convicción. En un principio sintió que no lo lograría; sin embargo, lo intentó. Saltó cuando fue necesario y con uno de sus brazos

extendidos logró tocar el tren y asirse a él, ayudando a sus piernas torpes a hacer lo mismo. Se apoyó con fuerza y por primera vez en su vida se sintió seguro. A pesar de ello no se adentró en el vagón, no solo porque la puerta de este no cedió al primer intento de abrirla sino porque quería cerciorarse de que Gael cumpliese su promesa.

Fue una despedida lacia y fría, como todo en aquel país. Aldo observó a Gael con respeto y este le devolvió una breve mirada hecha de orgullo y preocupación para luego darle la espalda.

No hubo paz en los primeros minutos, el sacrificio de Gael podría ser en vano, como mucho de lo que a diario acontecía en aquella tierra. Zarek y sus hermanos rezaron por el alma de Gael, con los ojos cerrados, a una deidad que no conocían y de la cual no estaban seguros sobre su existencia. Aldo siguió respirando con dificultad, por el esfuerzo realizado y por la incertidumbre de una travesía en tren que podría salir muy bien o muy mal.

Poco después la noche llegó, y con ella la calma y las estrellas. Nunca habían visto el cielo despejado, mucho menos esos puntos luminosos que parecían parpadear, como si estuviesen tratando de decir algo muy importante.

El camino se tornó mucho más tranquilo de lo que jamás imaginaron, tanto así que pudieron permitirse cerrar los ojos y soñar. El desierto a las afueras del país amurallado no solo era real, sino que tenía una forma particular de cobijar a los que por él transitaban, como si tuviese algo reservado para ellos.

UN NOMBRE EN EL DESIERTO

El amanecer los despertó de golpe. Estaban fuera del país, lo habían logrado. Nunca nadie había hecho algo así, ni siquiera en sus más profundas ensoñaciones. Sin embargo, a pesar de haber dejado atrás el gigantesco muro, y que ningún ojo alcanzase a verlos o ninguna voz a amenazarlos, sabían que debían prepararse para cualquier eventualidad. Del otro lado del muro las cosas no parecían sencillas. Sí había luz y sí había esperanza; pero también había arena, mucha más de la que hubiesen deseado; y calor, más del que se hubiese sentido cerca de los altos hornos de las fábricas o en el interior de las minas de carbón. Pocos minutos pasaron antes de que sus expectativas se tornasen agridulces, y es que la libertad era un peso al que no estaban habituados, una responsabilidad en la que jamás habían pensado.

Zarek y sus hermanos sacaron la comida que habían ocultado el día anterior. El menor de los pequeños extendió el pañuelo de tela donde había envuelto cuatro hogazas de pan, un trozo de queso, algunas rebanadas de jamón y dos zanahorias, mientras que Zarek y su otro hermano sacaron de sus bolsillos tres manzanas, cuatro mandarinas y algunas aceitunas. Compartieron con Aldo por supuesto, quien al escuchar un silbido suave se asomó desde su vagón para apañar una manzana y una mandarina. Los tres hermanos sabían que debían rendir sus provisiones, por eso discutían sobre qué debían comer y qué debían guardar.

Ninguno comprendió las razones por las que el tren se detuvo. Lo cierto es que les congeló el pecho a pesar del calor. Se asomaron aterrados esperando lo peor, pero no había nada ni nadie, lo cual hacía todo más sospechoso. Trataron de divisar al conductor, en quien no habían pensado en todo ese tiempo. Fue imposible comprender lo que pasaba estando en los últimos vagones de tan larga y misteriosa bestia de metal y madera. A más no poder se dedicaron a mirar impacientemente el panorama que tenían de frente: una planicie árida rodeada de montañas hechas de arena y una ferrovía que desaparecía de la vista sin irrespetar en ningún momento la perfecta línea recta desde la que había sido trazada.

No esperaban nada cuando sintieron de nuevo el movimiento. El tren retrocedía para su desdicha. Primero lo hizo muy lentamente,

generando dudas en los chicos, luego aumentó la velocidad, como si estuviese jugando con sus expectativas. Aldo gritó que debían saltar y se lanzó al desierto sin temores, Zarek ayudó a sus hermanos a que hiciesen lo mismo encontrándose en una situación particularmente peligrosa cuando el tren ya iba demasiado rápido, escupiendo vapor con presunción. Tuvo miedo, más del que podía aceptar desde su habitual farsa de bravura y frialdad. Sus hermanos le esperaron impacientes, temiendo lo peor y gritando desesperados. Fue por ellos y para ellos que se atrevió. Saltó ambiciosamente y cayó con dolor, pero sin nada qué lamentar. La máquina que los había traído desapareció de su vista de forma agresiva, y ahora estaban ahí, impresionados, mirando en todas direcciones sin encontrar ninguna particularidad además de las líneas férreas. “Seguiremos el camino del tren” planteó Aldo sin mucho que reflexionar. Zarek, quien se acercó cojeando hasta donde estaban no tuvo ninguna cosa que agregar, pero sí lamentó que en la premura del instante hubiesen dejado la comida en el vagón.

El desierto tenía vida propia, una voz misteriosa, un color inusual y un tamaño intimidante. Podía verse a lo lejos, hasta donde el ojo humano alcanzaba. Eran tierras salvajes, indomables, malditas, irreverentes y jactanciosas. No había tal cosa como brisas frescas u oasis ocultos, tan sólo arbustos secos, adormecidos o quizás muertos; algunas hierbas latosas, cardos y espinas, varias decenas de roedores, zorros y lagartijas. Además, había patrones de líneas onduladas, como arrugas dibujadas hábilmente con un fino pincel, patrones confusos que embriagaban los sentidos.

Caminaron soportando el calor, anhelando derrotar muy pronto a su nuevo enemigo. Allí el tiempo tenía otro color y otro sabor. Aldo cargaba al más pequeño de los niños, quien balbuceaba estupideces, jugando con sus manos, con sus dedos o con sus labios secos; mientras el otro, apesadumbrado por el sufrimiento de Zarek, se dedicó a ayudarlo como si se tratase de un nieto ayudando a su abuelo. El mayor de los tres había llevado la peor parte, no solo en su cuerpo, el desierto comenzaba a alterar sus sentidos. Al principio no lo notaron, pero conforme se adentraron en el corazón de aquel sitio algo dentro de ellos comenzó a transformarse, alterando incluso su apariencia exterior de forma irreversible. Tales cambios no podrían tomarse a la ligera, reduciéndose a malos o buenos, y aunque podrían interpretarse de muchas formas, los chicos prefirieron pensar que simplemente eran cambios necesarios, tan necesarios como aquel desierto rojizo que los quería aprisionar eternamente. Sus rostros no fueron los mismos, desde el grosor de las cejas o el contorno de los pómulos y mejillas hasta el color de los ojos y la forma de mirar, de reír, de llorar, de pensar, de morir. La piel, el cabello, las manos callosas y los pies casi

inertes. Todo. Absolutamente todo. Los niños crecían sin entenderlo, y Aldo mismo no daba crédito a la extraña sensación de ser alguien más, un desconocido con su mismo nombre y su misma historia personal.

Su estado de ánimo también sufrió notables variaciones. Primero sintieron un gran alivio tras dejar el país que los había sepultado en vida; luego, una profunda decepción, la cual hizo que el resto de sus pasos perdiesen vigor y determinación. Las dudas hurgaron en todos los pensamientos mientras los pies ardían y los primeros espejismos aparecían al medio día. Voces, susurros acusadores, cánticos amargos hechos del luto y la derrota; sombras que deambulaban y se movían amenazándolos. Ríos de sudor recorrían incesantemente sus cuerpos, irritando los ojos, amargando el paladar, robándose las fuerzas y ridiculizando las aspiraciones de todos. Los largos túneles ahora parecían afables en comparación con el tosco paraje. La esperanza y el gozo se habían disuelto en los suelos arenosos, dejando un rastro de incertidumbre por doquier.

Pronto no hubo energías para lamentarse, aunque algunas quejas se volvían susurros fácilmente. Zarek divagaba en recuerdos incompletos que el calor derretía y alteraba a su antojo, mostrándose reacio a la ayuda de su hermano. El menor de los niños no tenía fuerzas para llorar, Aldo le cargaba adormilado, soporoso, como si hubiese empezado a morir muy lentamente. Una parte de ellos quería morir con dignidad, volviendo al polvo, siendo uno con él; pero otra parte, la que había prometido a su padre salir de aquel país y vivir una vida diferente, la vida que él había comprado al morir injustamente, no podía aceptar aquel final. Las libélulas negras habían nacido del corazón de ese hombre, uno de los fundadores, el último sobreviviente adulto. Su sabiduría y amor aún resonaba en sus corazones.

Aldo apenas toleraba al pequeño, como si cargase un carbón encendido que le absorbía las fuerzas con cada paso, llenándole de preguntas sin respuesta y saboteando cada pensamiento optimista que se atrevía a producir. Aquel no podía ser el final, por más que se sintiesen tentados a rendirse. Escapar de sus prisiones para morir tragados por la arena solo desataría las risas de sus acusadores. Y es que derrotar a un país amurallado era una cosa, pero derrotar a un desierto, al calor y al destino, parecía un nuevo nivel de valentía y determinación, uno que el calor y los malos pensamientos presentaban como inalcanzable.

Tantos años deseando ver la luz del sol y ahora que estaba allí, dominante y presuntuoso, deseaban apagarlo con sus dedos, o soplar y deshacer su furor; mas no podían, apenas y les era posible dar débiles pasos hacia adelante. Y el hambre, el hambre era otro tema del que ninguno quería hablar. Estaban acostumbrados a comer poco y a

comer mal, pero nunca a dejar de comer. El resto de ese día abundaría en visiones borrosas, en alucinaciones excesivas y en un particular estado del alma, como si esta se debatiese ante algo más grande y fuerte que el desierto mismo.

Tras un corto y escueto atardecer que Zarek miró con decepción y resignación, el sol dio paso a la oscuridad, dejándolos a expensas de una noche fría y estrellada. Parecía haber valido la pena soportar su violencia durante todo el día con tal de llegar a ese lugar y ese momento. Los colores se tiñeron de azul, variando levemente en matices descubiertos por las tantas estrellas que se congregaron para escucharlos hablar. Del calor al frío absoluto. Pronto sintieron la necesidad de encontrar un refugio, de buscar en los residuos del largo día algo de calidez, lo suficiente para sobrevivir. Pero sus cuerpos no se despegaron del suelo, como rocas muy pesadas que no pueden ir a ninguna parte.

Mareados, doloridos, nauseabundos, fatigados, sedientos, hambrientos y desdichados; así estaban. No obstante, tenían las estrellas, ellas les contarían muchas de las historias que se escribieron en la Tierra, bajo su vigilancia y resplandor. Si tan sólo hubiese habido una fogata, una manta o una de esas cuevas que abundan en las montañas rocosas; ante la ausencia de nuevos milagros tuvieron que conformarse con la idea de estar vivos. Miraron al cielo, contemplaron su grandeza, sin recurrir a las palabras por largos tramos, recostados sobre la arena, inútiles e inmóviles, con el frío carcomiendo todas sus aspiraciones. Observaron por horas el gigantesco lienzo ligeramente azulado que contenía miles de puntos parpadeantes, incontables lunares resplandecientes que cargaban leyendas e ilusiones en sus lomos, leyendas de soñadores que las miraron con deseo y excitación. Se trataba de osados visionarios, atrevidos conquistadores, viajeros solitarios, marineros incansables, aviadores excéntricos, artistas e intelectuales, lunáticos y revolucionarios; los idealistas que cada generación concibió.

Aquella fue una noche sobrenatural.

—¿Crees que sobrevivamos? —preguntó una voz medrosa, la del hermano del medio, quien cuidaba al más pequeño, preocupado por su extenso sueño, por la fiebre y los desvaríos que habían ido y venido varias veces.

—No lo sé. Espero que sí… Nos ha costado mucho llegar hasta aquí —respondió Aldo con una voz que ni él reconocía.

—Callad, que mañana tenemos que ir a trabajar muy temprano a las fábricas —interrumpió Zarek, desvariando boca abajo, a tres o cuatro metros de los demás, lamiendo sus labios secos con una lengua aún más seca.

Luego de esto se quedó dormido, como un niño pequeño.

—¿Y si el frío nos mata? —insistió el hermano del medio.

—Moriremos con dignidad —agregó Aldo, con la suficiente esperanza para los dos.

No sabía de dónde provenía dicha esperanza, solo sabía que le era útil para mantener la cordura.

—¿Y si el cuerpo no responde?

—Le obligaremos a hacerlo.

—¿Y si este desierto es interminable?

—Todos los desiertos tienen un final, quien no sale de ellos es porque se ha resignado a vagar por allí.

—¿Y si morimos de tristeza?

—No se lo permitiremos a nuestra alma… —respondió Aldo, mirándole a los ojos y dándole a entender que de alguna manera lograrían salir de allí.

Aldo nunca le había dado aliento a alguien más, ni siquiera a su madre; lejos de eso siempre había sido ella la encargada de animarle.

Luego de una pausa hecha de dudas el niño le rodeó con nuevas preguntas.

—¿Por qué los hombres necesitan dominar a otros hombres?

—Para sentirse más poderosos.

—¿Y para qué?

—Para alimentar su vanidad. El corazón es engañoso, un día queremos amor y al siguiente poder, un día queremos paz y al siguiente la vendemos por unas monedas... Un día estamos rodeados de gente y al siguiente estamos solos, buscando riquezas que no nos satisfacen o placeres efímeros que desaparecen dejando el mismo vacío en el pecho de siempre.

—Desearía no ser un hombre. Desearía haber sido un ave, un pájaro cualquiera que vuela muy lejos, donde no hay muros ni desiertos —comentó mirando al cielo y esbozando una leve sonrisa, la primera en muchas horas.

—Pero ese no es un deseo posible…

—¿Existen los deseos posibles?

—Espero que sí, ¿qué otra cosa deseas?

—Deseo tener un nombre.

—¿Y por qué no has elegido uno?

—No lo sé. No sabía que podía elegir un nombre —reaccionó con un gesto de esperanza bastante inusual en él.

—Puedes llamarte como quieras. ¡Vamos! elige un nombre y llámate así.

—¿De qué servirá tener un nombre hoy si mañana moriré?

—Nadie debería morir sin un nombre. Tu nombre dice algo que nadie más puede decir, es un sonido que te identifica, sólo tuyo…

—No es cierto, cualquier nombre que elija de seguro ya pertenecerá a otras miles de personas.

—¿Y qué? Para ti será único; además, ¿a quién conoces que haya elegido su nombre? ¡Vamos! Elige el tuyo…

—No sé, no sé cómo podría llamarme… Quizás… Kobu o Naeku… ¿Kiam? ¿Puede ser Iskander?

—¿De dónde has sacado todos esos nombres?

—En las obras de arte que vimos había nombres como esos. Intenté recordarlos, por aquello de que alguno fuese el mío.

—¿Y por qué no inventas uno? usa cualquier sonido, así nadie se habrá llamado jamás de esa forma.

El niño se tomó su tarea muy en serio, y tras un par de minutos en silencio se atrevió a pronunciar uno.

—¿Qué tal Yaen? Suena interesante, fuerte, inusual.

—Entonces Yaen será… Pero elige también un nombre para tu hermano menor.

—¿Y eso por qué?

—Sería un buen regalo. Incluso podrías elegir nombres para tus padres. Así sabrás cómo recordarlos. Devuélvele los nombres a tu familia. ¡Devuélveles la dignidad que les robaron!

—Mi hermano pequeño será Kobu. Mañana se lo diré, aunque es posible que no le importe. Mi padre será Yaen y mi madre… Kiandra… No, mejor Gala —tras decir esto el niño sonrió con libertad, como no lo había hecho nunca.

Continuaron viendo las estrellas, temblando de frío, pero con una calidez que desde adentro comenzaba a darles esperanzas.

El desierto seguía transformándoles, tanto en el frío como en el calor, en la quietud así como en la turbación.

EL CAPITÁN OLMO

La habitación era grande y luminosa, Gael se reponía de una serie de exigencias físicas y mentales que le habían dejado exhausto; sin embargo, su humor todavía no recuperaba el equilibrio, lo cual era normal, habían pasado muy pocas horas después de todo.

—¿Cuántas veces me has matado? —dijo el oficial Cuevas entre risas mientras sostenía dos copas de vino importado—. Habéis hecho todo exactamente como lo imaginamos —continuó mientras le ofrecía a Gael una de las copas sin importarle su actitud distante y su rechazo—. Es increíble la precisión de nuestras predicciones. Sois las ratas de nuestro laboratorio, por poco podemos leer vuestras mentes. Nuestros científicos han amado esta historia de principio a fin. Hoy más que nunca el conocimiento es poder, lo que sabemos es oro, y lo que tenemos, nuestras drogas, más valiosas que cualquier diamante. Necesitábamos una excusa para justificar la furia con la que contraatacaremos a los obreros. No te preocupes si ahora mismo no recuerdas nada, ya comenzarás a hacerlo. Sabemos muy bien cómo estimular a la memoria, seguirás las indicaciones de los médicos y todo tendrá sentido nuevamente. Solo no vayas a olvidar que estás en mis manos.

—¿Qué ha pasado con los chicos?

—El tren se detendrá en medio de la nada y comenzará su retorno. Ellos tendrán que saltar. Quedarán en un gigantesco desierto del que no sobrevivirán jamás. Y si lo hiciesen, solo si lo hiciesen, serán dignos de esa libertad a la que por tantos años aspiraron. Pero no te preocupes, todas las apuestas están en su contra. Nos divertiremos a lo grande con esto.

—Entonces la celebración del cincuentenario será el fin de todo.

—Así es, tal y como lo planeamos. Pero algunos oficiales, como yo y quizás tú también, tendremos un futuro prometedor. Te estamos ofreciendo una nueva oportunidad Gael, por todos los años que serviste al PHL y por sernos útil sin darte cuenta. La gente hoy en día no valora el poder de la lealtad. Se quejan de un gobierno que les garantiza techo y trabajo, que les asigna alimentos diarios y les protege de amenazas extranjeras. Es un

gobierno estricto por supuesto, pero no hay otra forma efectiva de mantener el orden y la disciplina. Hay descontento en las calles, signos de rebelión, olvidan que el mundo fuera de estos muros no es mejor. Allá afuera hay crímenes y hambre, pobreza y toda clase de guerras. El estado no seguirá protegiendo a los malagradecidos, seremos unos pocos los que reinventemos esta nación. Tú obviamente estás con nosotros, ¿o no?

—Claro —respondió Gael sin mucha convicción, ni en sus ojos ni en sus labios.

Cuevas se dirigió a la puerta, sugiriendo a Gael que se tomase el día entero para descansar, asegurándole que él mismo se encargaría de los preparativos de la celebración del cincuentenario.

—Habrá un gran desfile militar y fuegos artificiales, algo inolvidable —dijo el desagradable sujeto alejándose de espaldas, quien antes de abrir la puerta y desaparecer se volteó para aclarar un último asunto—. Si fuese tú no me molestaría en salir, mucho menos en visitar la estación. No habrá tren en los próximos días. El juego ha terminado; además, dos amigos míos te vigilarán día y noche ——sentenció al tiempo que dos guardias de su confianza entraban con actitud hostil.

LA LIBERTAD ES UN SENDERO PELIGROSO

El amanecer les sorprendió, despidiendo al frío y dando lugar a un creciente calor que les recordó que la jornada continuaba. Aldo no pudo evitar examinarse, mirando sus piernas delgadas y atezadas, sus manos secas conteniendo el peso de unos dedos largos y horribles, como garras de buitre; y su cuerpo cadavérico, con el pellejo mórbido y las primeras gotas de sudor asomándose otra vez. «Debería estar muerto» se dijo a sí mismo, casi sin mover los labios. Lo siguiente vino a él en forma de grito, retumbando en sus frágiles oídos, sin tiempo para reaccionar. Yaen, desesperado, rodeado de un aura de pánico y furor, no podía dejar de gritar, entre un llanto tempestivo y un miedo inconmensurable a la desgracia. Su hermano pequeño, recién llamado Kobu, no reaccionaba; tenía los ojos en blanco y su boca abierta era incapaz de responder al mundo de los vivos. Ya no había nada qué hacer. Los gritos y el terror no cambiaron en nada lo que ya había sido determinado.

La impotencia musitó palabras ofensivas a oídos de Aldo, quien se sintió culpable en un inicio. No tenían nada que ofrecerle. Zarek quiso reaccionar, pero el dolor en su pie le había robado la paz y las fuerzas toda la noche, apenas y pudo derramar unas lágrimas sin ser capaz de comprender dónde estaban y qué estaba pasando en realidad; su alma, adherida a la de su hermano menor, sintió dolor y por eso se estremeció de forma extraña, pero su mente se había ido muy lejos de la realidad. “Nunca podré entender el espíritu del desierto, que pretende hacer fuertes a los hombres al tiempo que derriba todas sus ilusiones” meditó Aldo en voz alta, deseando tener las fuerzas para sepultar al menor y consolar a los dos hermanos.

El mayor de los hermanos, divorciado de la fuerza que en otro tiempo le caracterizó, siguió esforzándose desde su interior; sabía que debía recuperar el control de sus pensamientos y salir de allí con vida. Zarek tenía sus propios desiertos internos, sus propias locuras hechas de arena roja y bochorno, y es que en esa larga noche en la que no habló con nadie, se había entregado a las voces del desierto. De todos modos se levantó, dirigiéndose a los restos de su hermano y tomando su pequeño cuerpo entre sus brazos, ante la mirada asombrada de un Yaen devastado y del propio Aldo. Se alejó algunos pasos, en silencio total, entre lágrimas internas y un lamentable gesto amargo, y

comenzó a sepultarlo con sus propias manos. Al ver lo que este hacía Aldo y Yaen decidieron ayudarle, sin abrir la boca ni intercambiar miradas innecesarias. Cuando hubieron terminado, y en una luctuosa sincronía fraternal, no pudieron evitar que sus ojos ofrendasen más lágrimas al desierto. Aquel líquido escaso que salía de sus párpados se multiplicaba conforme el cuerpo del pequeño se perdía en la arena roja. Lloraron hasta secarse por dentro, deshidratados, muertos en vida. Fue Aldo quien tuvo que mostrarse algo insensible al ordenarles levantarse y continuar; quedarse ahí representaba morir con el niño.

El sol les quemó el alma y la piel, el calor los asfixió hasta llevarlos a las puertas del abismo, sin el coraje para acabar con ellos y sin la piedad para perdonarlos. Soportaron el aire pesado, la fatiga, el desánimo, el letargo, el ardor en los pies, la fragilidad en los huesos, las alucinaciones sorpresivas que les hicieron ver pozos de agua donde no había más que arena, y palmeras atestadas de cocos donde lo único que podía verse el cadáver de una planta o un escondite para los escurridizos habitantes del desierto. Agua. Sólo eso necesitaban para no morir. Agua. Un manantial, una cantimplora, una gota. No importaba. Sus deseos fueron líquidos, transparentes y deliciosos, por momentos tan veraces que los sintieron en los labios, en las gargantas y en los vientres vacíos. Salir de aquel país era ya una corona de gloria para sus aspiraciones, pero querían mucho más, una vida, una esperanza, un techo, un plato de comida fresca.

Zarek no decía nada, esperaba ansioso a que su propia hora llegara, para calmar el dolor, para dejar de existir en un mundo que mata sin compasión. Escuchó la voz de su hermano, quien vino a confortarle, y la de su padre, quien le recordó a dónde debía llegar, por amor, por pasión, en nombre de la libertad. Lloró, se revolcó en la arena y llamó a su madre, solo ella faltaba en aquel espejismo. Ella lo calmó, le consoló estando en el suelo y le enjugó las lágrimas con sus propias manos suaves. Él le pidió que lo llevara con ella, pero ella se fue y no regresó. Sus gritos se escucharon al otro lado del desierto, pidiéndole a un Dios invisible que hiciese visible la esperanza, tangible el amor y palpable la fe, pues ninguna de esas tenía sentido para él.

En algún punto del sinuoso avance un viento apareció, primero suave y luego muy fuerte, más de lo que querían en realidad. Al principio fue placentero, luego todo se tornó en zozobra. El viento se hizo más y más violento, confrontando cada una de sus pretensiones. Con los ojos cerrados, flácidos y encorvados, cayeron en cuenta de lo que se aproximaba. Ya era demasiado tarde. Zarek se acercó a Aldo y a Yaen, reconociendo que eran mejor tres que uno para luchar contra la tormenta de arena que venía a devorarles. Se arrodillaron, tapándose la nariz con los ojos cerrados, muy juntos los unos de los

otros. Usaron sus hombros para proteger sus oídos de la arena malintencionada que volaba por los aires. Luego todo fue oscuro y terrible, doloroso y angustiante. Ninguno quiso abrir los ojos.

El atardecer les anunció la llegada del frío. La boca sabía a sangre y el aliento hedía a derrota; no obstante, estaban vivos y totalmente sanos. La noche se convirtió en un concierto inesperado, largo, emotivo e inolvidable. El viento soplaba melodías tristes, canciones ocultas en la memoria. Dormir era una decisión, como la vida o la muerte, como la esperanza o la locura, como la soledad o la amargura. Sus cuerpos estaban al otro lado de los muros, pero sus corazones seguían prisioneros. Los muchos dolores les recordaron su agonía, buscando acabar con todas las fantasías de libertad de una sola vez. Cerraron los ojos y no los pudieron abrir en muchas horas.

La libertad era, sin duda alguna, un sendero peligroso.

Despertaron, no por un impulso interno de supervivencia, sino porque el sol les calentó la piel y la cabeza al punto de hacer imposible su descanso. Los buitres rondaban, seis aves de plumaje negro y mirada oscura, dispuestas a desmembrarlos con o sin su aprobación. Vigilantes de malas intenciones, delatores, detractores. Aldo no parecía en condiciones de enfrentarlos, su sola presencia le inflamaba de pánico. Quiso llorar, temiendo aquel final, sin fuerzas ni habilidades reales que le pudiesen servir de ayuda en la batalla que se venía. Habían esperado encontrar lagartijas y quizás algún otro animal comestible, suricatos o escorpiones, armadillos o serpientes; incluso se habían preparado mentalmente para enfrentar cualquier cosa que se arrastrase, fuese víbora o alacrán. Pero a las aves no las consideraron, y estas parecían más feroces, más rápidas, sin limitaciones, poderosas y arrogantes. Aldo llegó a pensar que tenían cierta inteligencia, casi al nivel humano, una inteligencia de supervivencia pero también algo de maldad, una astucia casi tan peligrosa como la de los hombres; y comprendió que por alguna razón querían destruirlo solo a él, siendo Zarek y Yaen invisibles a sus ambiciones.

El joven Negredo se levantó después de muchas horas sin moverse, sintiendo su piel pegada a sus huesos y sus huesos pegados al suelo, a punto de volverse polvo y dispersarse en la arena. Percibió el aleteo cercano, temiendo el poder de esas garras carroñeras y ese pico afilado. Un par de ataques letales le rasgaron la piel de sus lomos y brazos. Habría intentado defenderse, pero estaba demasiado débil. Preferiría haber muerto a causa del hambre y el calor en vez de ser devorado por aquellas aves indeseables. Cada ataque fue peor, derribándolo y rasguñándole la piel. Pronto tuvo nuevas heridas en todo el cuerpo; pero con la frente en alto, intentando mirar hacia adelante solamente. Y como no imaginó otra forma de escapar a aquel

momento reunió todas sus fuerzas para correr. Asustado, enojado, harto del calor y el frío, de la incertidumbre y la soledad, desnutrido, pálido, marchito, sudoroso hasta la deshidratación.

Corrió y gritó, sin recordar que no iba solo en su seca travesía, dejando un rastro irregular en la arena y una estela ruidosa en los cálidos aires. Pudo huir, sorprendiendo a sus enemigos y a sí mismo, incluso el sol y una diminuta nube inusual contemplaron sorprendidos el escape de Aldo Negredo, el empleado 768 del sector C. No se detuvo hasta que el cuerpo le impidió continuar, hasta que las piernas temblaron y se desplomaron contra la arena. Una vez más creyó que su fin había llegado, con la cabeza palpitando en un dolor inconfundible y las heridas expuestas invocando de nuevo a los mismos carroñeros de plumas manchadas. No sabía cuánto había avanzado y como la vista le fallaba, mirando todo borroso e ilegible, decidió intentarlo otra vez, con los ojos cerrados. Dio algunos pasos hasta que no pudo más, hasta que el milagro de la vida comenzó a apagarse. El mediodía se tornó en oscuridad, el calor en muerte y la arena en sepulcro.

De rodillas, derrotado, con los ojos cerrados y la esperanza agonizando de una herida mortal, volvió a la arena, al polvo rojizo que tenía tatuado en la piel. Con sus manos escarbó, dispuesto a cavar su propia tumba. Mas como no tenía fuerzas se conformó con un lecho indiferente e inanimado que le soportó por muy pocos minutos, pues el cielo se oscureció y las nubes grises que cubrían su país vinieron hasta él. No pensó en nada, no sintió nada, por un momento se había abstraído hasta una inconsciencia provocada. Pero las gotas de agua le recordaron que aún no había muerto, que los últimos instantes de su existencia serían húmedos, más de lo que en un principio imaginó.

La lluvia se hizo fuerte, como sólo le es posible una o dos veces al año. Cayó como un huracán contra la costa, resucitando a un Yaen sin voz. Las gotas se engrosaron hasta ser proyectiles que el cielo escupía en todas direcciones. No era una lluvia, era más que eso, casi una inundación, como si toda el agua retenida en las fuentes de arriba hubiese decidido caer al mismo tiempo. Aldo apenas pudo voltearse y abrir la boca, deseando que aquella lluvia le lavara el alma y el espíritu por igual. Tantas gotas en sus labios, deslizándose agresivas por su lengua y perdiéndose en su garganta, reventando una algarabía inusual en el pobre viajero del desierto. No podía abrir los ojos y su sonrisa torpe e insegura parecía borrarle algunas arrugas prematuras y devolverle la vida a sus huesos afligidos. El pellejo seco de su piel se recuperaba de la humillante travesía mientras sus poros bebían libremente de lo que empezaba a convertirse en algo más que una tormenta.

El agua se multiplicó, las gotas se engrosaron y se reprodujeron

con el transcurrir de los minutos. El desierto se llenó de charcos, incluyendo aquel que Aldo mismo había cavado. Yaen bebió sin mucho esfuerzo, con la boca abierta y una creciente esperanza. Cuando por fin lograron ponerse de pie, Aldo a la distancia y Yaen junto a un moribundo Zarek, dieron algunos pasos vagos y extendieron sus brazos a los lados, como si intentasen abrazar a la lluvia en un gesto torpe pero agradecido. Sus ojos continuaron cerrados y sus bocas abiertas, sus dedos extendidos como si quisiesen alcanzar algo lejano mientras sus almas reposaban dentro de sus cuerpos empapados y lo que les quedaba de ropa se desgarraba ante la fuerza del agua. Habían perdido sus camisas, estas se habían desecho entre el calor y el frío, entre la sequedad y la humedad; y sus pantalones apenas y cubrían sus muslos, con los ruedos arruinados y grandes agujeros por doquier.

Si hubiesen querido mirar a la distancia no lo habrían logrado. La lluvia era densa y el cielo había sido derrotado por las nubes. Había poca luz y demasiada agua. Aldo caminó sintiendo la respiración del desierto desde la planta de sus pies, mirando en el suelo una serie de círculos concéntricos que al caer de las gotas se agitaban y crecían sin limitaciones, como olas expansivas que podían llegar más allá de la vista. «Mis ojos ya no sirven» se dijo, como uno de los pocos pensamientos concretos que desfilaron frente a él. Algunos relámpagos lejanos retumbaron y las primeras canciones que la lluvia cantó aquella tarde comenzaron a resonar en las paredes del paisaje. Años después Aldo amaría y odiaría al mismo tiempo la voz gruesa y autoritaria de las tormentas, cuando muchos de sus recuerdos fueron tan húmedos como aquella tarde en el desierto.

Yaen se acercó al joven Negredo, escoltando a su hermano con dificultad. No hicieron otra cosa sino seguir caminando, valiéndose del ímpetu del agua para impulsarse más allá del gigantesco desierto. Los rayos y relámpagos les recordaban que no estaban solos y aunque la lluvia tuvo algunas ligeras fluctuaciones, cada vez que parecía que perdería su vigor un relámpago le devolvía el orgullo y seguía inundando el desierto sin contemplaciones. El agua corría de un lado a otro, haciendo de todos los charcos uno solo, sin darle tiempo a la arena de absorber todo aquello. Aldo apresuró su marcha temiendo que el poder de la tormenta le electrocutase o le ahogase para siempre, pues en ese caso no moriría por falta de agua sino por exceso de ella.

Si en un inicio habían insistido en no abrir los ojos más de lo necesario, pronto cada parpadeo les ofreció imágenes indignantes. El desierto se llenó de cadáveres húmedos y de tonos angustiantes, desde verdes enfermizos hasta amarillos mortales. Eran cuerpos de gente que habían visto en su país, vecinos o compañeros de trabajo, rostros que

habían visto en la calle sin darles mayor importancia. Había hombres y mujeres, algunos niños e incluso miembros de la policía del orden. Todos con los ojos abiertos totalmente, mojándose sin reproches. Miraban al vacío, sin esperanza, sin memoria, sin dignidad, sin futuro, sin pasado, sin historia… Héroes o cobardes, luchadores o mediocres, mártires sin nombre o almas sin identidad; series numéricas que nunca nadie recordaría.

Los fugitivos corrieron hacia aquellos cuerpos hinchados y grotescos, en un fallido intento por buscar sobrevivientes. Fue desesperante cuando sus bofetadas no fueron suficientes para hacer reaccionar a ninguno. Aldo socorrió a su vecino, un hombre que a sus cuarenta años lucía una cabellera canosa y un sinfín de arrugas indomables. Yaen dejó a su hermano e intentó dar respiración de boca a boca a una muchacha que en la flor de su edad había perecido sin ilusiones; el más joven de los tres lloró frente al cuerpo de esa muchacha de piel pálida y rostro inmaculado. Era tan hermosa. Aldo se acercó y notó aterrorizado que se parecía mucho a la mujer a la que amaba, la joven enfermera que había visto por última vez en la fábrica. Sus manos, sus ojos, su piel, ni aún la muerte había deslucido su belleza. Lloró con las pocas fuerzas que le quedaban, pues aunque se habían entendido desde hacía pocas semanas, él la había amado durante muchos años, cuando fueron vecinos, cuando marcharon juntos por las calles grises, cuando compartieron momentos agrestes en el país de los sueños vetados. Ella estaba en todos sus dibujos, y prometió que seguiría estando, porque el arte, si así lo desea el artista, hace a las mujeres inmortales, perpetuando las más bellas historias de amor.

Yaen miró a un hombre que lucía igual a su padre, casi desnudo, con las marcas de la horca en su cuello y una abertura en el vientre. También lo lloró, porque los que ofrecen sus vidas para salvar a otros merecen todas las lágrimas del mundo. Zarek, su hermano mayor, le dio las gracias al cuerpo inerte, con una frase breve pero muy significativa. “Por ti estamos vivos, por ti seguiremos vivos…” Solo entonces notaron que a todos los cuerpos les faltaba el tatuaje en la mano derecha. Esos malditos números que decían todo y a la vez nada de los prisioneros habían desaparecido, pues la muerte, al igual que el desierto, suele llevarse todas las mentiras consigo.

Los cuerpos desaparecieron poco después, y el desierto volvió a retener solo el agua de la tormenta. Entonces los fugitivos sintieron un gran alivio, como si hubiesen dicho adiós justo a tiempo, retomando su larga marcha a la libertad. La lluvia continuaría acompañándolos, con su música y sus silencios, hasta que sintieron la urgencia de sentarse a reposar, primero acuclillados y luego sobre el agua que les llegaba casi a las rodillas. No dijeron nada, no pensaron nada, no

hicieron nada. Sus cuerpos se desconectaron de su mente y descansaron a una profundidad peligrosa.

La lluvia seguiría su caída, dejando a las nubes escuetas hasta que el cielo lentamente se preparó para una noche despejada, más fría y larga de lo usual. Las estrellas regresaron, pero no había nadie que las contemplara esta vez. El desierto era un gigante invencible y arrogante, un dios celoso y vengativo. Sus tiempos eran otros, sus designios muerte, sus deseos pocos, muy pocos.

Zarek sintió su hora llegar, en sueños, voló fuera de su cuerpo, sin temor, sin dolor, sin tristeza. Yaen, quien no sabía nada de la vida después de la muerte, y ni siquiera había pensado en ello hasta ese día, tuvo un viaje distinto, también en forma de sueño. Sin embargo, cada cosa que veía o entendía desaparecía de su memoria al instante, en un juego cruel de la sabiduría de otros mundos. Pronto entendió que no tenía sensación alguna en piernas o brazos. Intentó hablar, pero las palabras se le perdieron estando aún en la boca. No las encontró, solo halló sonidos necios e insensibles, ajenos a la relevancia de aquel momento. La arena le había destruido la piel y los huesos. Se sentía frágil, del otro lado de sus sueños, donde ya no hay nada qué hacer, donde todo es oscuro y el silencio consume la esperanza, como un fuego infalible que atormenta día y noche. De repente su alma se separó de su cuerpo y se elevó sobre las alturas. Desde allí pudo ver a su hermano Zarek, él también volaba, pero lo hacía de una forma distinta. Zarek volteó y lo miró a los ojos como nunca había hecho, aunque más sorprendente que eso fue la sonrisa libre con la que se despidió. Y todo volvió a su negrura habitual.

Aldo abrió sus ojos lentamente, con nerviosismo, con temor. Pero prefirió volverlos a cerrar. «¿Entonces esto es la muerte? un vacío en el vientre y un ardor en el pecho» se preguntó seguro de la respuesta. Por un momento creyó que debía ser así, cerró los ojos y esperó a que su alma dejase su cuerpo. Silencio. Quietud. Calor. Más hambre. Más sed. Respiró con dificultades. Esperó un poco más, y más, y más… Tal vez había que dejar a la muerte hacer su trabajo. Extraer el alma de un cuerpo, aspirar el espíritu u oprimir el pecho hasta que el último hálito de vida se escape por la boca no ha de ser nada fácil. No sabía cómo funcionaba, y aunque creyó estar muerto, alguien lo sacudió y lo jaló, sacándolo de las puertas del abismo y llevándolo de regreso al desierto. Lo primero que vio fue un rostro. Yaen se habían determinado a sobrevivir.

—¿Y Zarek? —preguntó nervioso, soportando un terrible dolor de cabeza mientras se erguía sobre sus piernas débiles con la ayuda del niño.

—No lo ha logrado. La arena y el agua se le han metido hasta los pulmones. Se asfixió casi sin darse cuenta. Creo que no se

esforzó demasiado, al menos no durante la tormenta —agregó el niño con voz adulta, reteniendo el llanto y el enojo con un control admirable.

Yaen se mantuvo serio, pensativo, tratando de entender su entorno con su mirada más acuciosa y con alguna esperanza dibujada en su semblante. También estaba deshidratado y casi muerto, como si lo único que lo mantenía de pie era su determinación y algo que Aldo no había visto aún. Luego sonrió y le señaló el horizonte con su dedo índice. Aldo no lo pudo creer. Era el fin del desierto. Lo habían logrado. Ahora debían buscar comida, beber agua, quitarse la arena de la piel y del alma, regodearse del éxito y agradecer a sus muertos.

Cargaron el cuerpo de Zarek hasta el fin del camino, donde un impresionante acantilado les mostraba la costa. La hierba verde se asomaba como una alfombra suave y delicada que les invitaba a descansar; la roca imponente que daba forma al precipicio les llamaba a viva voz, seduciendo su curiosidad. Y como el hermano mayor estuvo tan cerca de lograrlo, quisieron invertir algo de sus últimas fuerzas en llevarlo hasta el final. Lo sentaron como si aún viviese y le abrieron los ojos como si tuviese sentido hacerlo. Le quitaron el agua y la arena de la boca, de los orificios nasales y de los oídos, y en posición de victoria lo dejaron con los brazos ligeramente extendidos abrazando el alba.

Dos cosas maravillosas se reflejaron en sus ojos: el agua del mar que besaba la piedra, muy abajo, justo donde el precipicio concluía suavemente; y desde la altura a la que estaban, miraron el cielo llenarse de colores que no podrían describir. Eran casi todos los que hay, y muchos más, para los cuales no tenían un nombre. Degustaron su libertad en silencio, olvidando el hambre y la fatiga.

El día empezaba donde su desierto terminaba, con el rumor del viento acariciando sus frágiles cuerpos y la voz del mar que pronunciaba palabras incomprensibles cuando las olas rompían violentas contra la piedra sobre la que estaban parados.

En la playa había un muelle rústico y algunas barcazas descansando de su jornada en alta mar. Caminaron hasta que hubo suficiente luz. La luna y el sol compartieron escena, como si ambos fuesen testigos oculares de la travesía. Descansaron brevemente sobre la suave hierba, como si de una cama elegante se tratase. Todavía hambrientos y sedientos, pero vivos, esperando unos instantes para reunir las fuerzas necesarias para llegar a la costa, donde una playa de arena blanca y un rústico muelle aguardaban ansiosamente.

Llegado el momento avanzaron bordeando el precipicio, en busca de un camino que los llevase abajo, donde había rastros de vida y esperanza. Cuando el camino se hizo inacabable Yaen decidió hacer

algo que Aldo nunca habría pensado por sí mismo. Contempló el precipicio y el agua de un vasto mar que en pequeñas olas besaba la montaña hecha de piedra y decidió lanzarse sin mucho pensarlo. Aldo lo vio caer al agua, salir a la superficie nadando hábilmente e invitarle a la distancia a hacer lo mismo. No creía ser capaz de nadar. A pesar de eso se atrevió, saltó, y nadó como si lo hubiese hecho toda su vida. Los desiertos crean hombres nuevos, capaces de ir más allá de sus límites y deseos.

Sonrieron como tontos y dejaron que el agua salada les devolviese algo de fuerza y esperanza. Sintieron el placer de la victoria como nunca.

Todo había valido la pena.

Ahora eran jóvenes libres, con destino, con futuro.

Ya los números no importaban, eran simplemente Aldo y Yaen.

LA CALLE DE LAS BELLAS

Siempre supo que terminaría en un lugar así, el miedo le había descrito escenarios de vergüenza como aquel en cada una de sus crisis nerviosas. Su oasis fue trabajar con niños, pero desde el día uno la mujer encargada le pronosticó su destino: “eres muy atractiva, jamás te dejarán aquí. Pronto te llevarán a una de las casas de los hijos predilectos, vivirás entre lujos y abusos, ya sabes, porque a las muchachitas bellas como tú las contratan para ser niñeras pero siempre terminan siendo otra cosa.” No obstante, nunca la enviaron a una casa lujosa, por el contrario, pocos meses más tarde fue reasignada a una enfermería en la zona industrial, todo porque una chica se había suicidado, y fue así como despertó de aquel sueño.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es 664F —respondió nerviosa, con su voz más seca y esquiva.

—Me gusta, me gusta mucho —respondió un policía de amargo aliento y semblante enfermizo, en una especie de mal chiste para romper el hielo.

El sujeto acababa de entrar en la habitación mal iluminada por una lámpara tan vieja como el régimen. Le faltaba un diente y le sobraba un vientre muy flácido. Al notar la mala actitud de la chiquilla decidió cambiar su estrategia. La sujetó con fuerza y comenzó a besarle la espalda mientras le arrancaba la ropa gris de trabajo. Tales besos eran sentencias y acusaciones, venían acompañados de susurros incomprensibles y de recuerdos de una niñez pesada y abstracta, hecha de muchos hogares y muchas familias, muchos rostros femeninos que decían ser mamá y muchas manos masculinas que decían ser papá. Pero mamá no golpea así y papá no acaricia así.

Cerró los ojos y esperó lo peor. El primer día de trabajo siempre deja cicatrices imborrables, ya luego la vida no importa y el sufrimiento es un estado de la mente. Las más experimentadas se lo advirtieron cuando la vieron ser escoltada por dos policías dispuestos a todo con tal de volver a verla. “No opongas resistencia” dijo una mujer obesa mientras fumaba un cigarrillo y acomodaba sus pantimedias. “Al principio todo duele, luego nada importa, y si eres inteligente te empezará a gustar” agregó una de mayor edad, con los senos agrietados y la piel tatuada con mapas y símbolos de

navegación. Otra mujer de piel oscura se le acercó y le acarició la cabeza calva, intentando animarla con una frase que habría motivado a cualquier otra mujer: “Ya podrás dejar crecer tu cabello.” Pero el consejo más importante vino de los labios de una chica que había llegado hacía pocos meses, sus palabras retumbaron todo el día, entre el almuerzo escueto y la espera. “No esperes a estar muerta por dentro para entender que mereces algo mejor” comentó entre susurros poco antes de mostrarle una pequeño tatuaje recién hecho en la palma de su mano derecha, se trataba de una libélula negra.

A pesar de todo el esfuerzo por ser de hierro allí estaba ella, blanda y nerviosa, muriendo por dentro, perdiendo sus últimos deseos de vivir y sintiendo cómo un enorme sujeto de piel manchada y manos ásperas se disponía a penetrar su intimidad, a violentar el último rincón sagrado de su existencia. Era un ritual cruel que nada tenía que ver con amor o placer, se trataba de poseer, de dominar a las más jóvenes derramando la sangre de su virginidad, como un día hicieron con sus madres y abuelas.

Lo inevitable estaba por suceder cuando alguien llamó agresivamente desde el otro lado de la delgadísima pared de madera. Un fuerte golpe en la puerta de la habitación obligó al agresor a detenerse. Era Cuevas, quien harto de la haraganería de uno de sus hombres decidió poner fin él mismo a su momento de placer.

—Estaba por regresar a mis funciones capitán —dijo nervioso el policía, desnudo, dejando ver su inmensa barriga y su piel flácida sin pudor.

—Nadie dijo que podía tomar un receso —sentenció Cuevas con su rostro más amargo—, sabes la delicadeza de lo que tenemos por delante.

El oficial Cuevas se acercó al obeso hombre tan solo para golpearlo varias veces con su habitual brutalidad. Luego usó una navaja de plata para acabar con la vida del miserable subalterno, ante la mirada nerviosa y frágil de una chica que nunca olvidaría aquel instante.

“Sé todo de ti. Sé quién eres y quiénes fueron tus padres. Sé cuándo, cómo y con quién pensabas escapar. Pero yo mismo me encargué de que te reasignaran de último momento, para que no supieras el camino a la libertad... No te preocupes, te he perdonado. Ahora vete, y no hagas nada estúpido” concluyó antes de ofrecerle la navaja con la que había asesinado a su depredador.

La muchacha, aún aturdida por los tantos y tan desagradables eventos de la semana más extraña de su vida, caminó desnuda por un pasillo atiborrado de caras grotescas y miradas embusteras, sosteniendo una navaja ensangrentada y susurrando una vieja canción de cuna que significaba todo para ella. Había perdido el control de su alma, quería llorar, reír, gritar, correr, pero solo podía caminar y

balbucear una y otra vez un fragmento de esa canción que de alguna forma era parte de su pasado: “Duérmete mi niña e irás a la boda peinada de moño y en traje de cola… Duérmete mi niña…Duérmete mi niña.”

Recordar era un lujo para unos pocos, la memoria era un valioso mineral, un mineral escaso que para los insensatos carecía de importancia. El burdel al que la habían enviado era igual a los otros catorce establecimientos de placer que colmaban la calle de las bellas, la más concurrida del país. No era ella dueña de sus pensamientos cuando fue interceptada por una de sus compañeras, la otra joven cuya semana había sido igualmente intensa y ajetreada. Le ofreció un cigarrillo y la tomó de la mano con cierta prisa para llevarla a una húmeda y diminuta recámara que usualmente era ofrecida a clientes sin nombre ni importancia. Tal chica no podía ser más diferente, de piel morena y ojos acaramelados, monumentales senos, cabello rizado y alma cálida, atrevida y vulgar, graciosa e irreverente.

Se sentaron en una cama rechinante cuyas sábanas no podrían estar más sucias y donde los olores del sexo barato permanecían aún frescos. Una vez sentadas le puso el cigarrillo en la boca y le acercó un mechero de bronce.

—Lo robé a un piloto —comentó la muchacha orgullosa de su mechero mientras le ayudaba a dar la primera jalada—. Fuma maldita sea, que sino reaccionas pronto caerás en un abismo del que no se puede salir.

—No suelo fumar —respondió en un hilo de voz.

—Eso dicen todas su primer semana —agregó la muchacha mientras le quitaba la navaja ensangrentada para limpiarla con su propia ropa y devolvérsela.

—Tal vez debería ir a esperar al siguiente cliente.

—No te preocupes por eso, tenemos casi una hora antes de que lleguen los oficiales de la Casa de Gobierno. Su cambio de turno es invariable.

Un incómodo silencio se interpuso por algunos segundos, mientras una fumaba y la otra trataba de no asfixiarse con el humo de tan inmundo ofrecimiento.

—¿Por qué me has dicho que merezco algo mejor? —preguntó la joven primeriza en un intento de vencer al silencio.

—Porque es cierto, ¿o crees que hay mujer alguna en el mundo que merece ser tratada como un animal?

—Da igual lo que opinemos. Aquí no hay justicia para nadie.

—Pues muy pronto la habrá —concluyó antes de ponerse de pie e irse sin dar explicaciones, dejando a su protegida más confundida que antes.

Una puerta angosta y sospechosa se abrió detrás de la joven novata,

quien agitada y desconfiada solo pudo esperar lo peor. Dicha puerta parecía más bien una salida de emergencia, esta conectaba a un largo y oscuro pasadizo que daba justo a un sucio callejón que si seguía con sigilo llevaba a su vez a la calle principal. Esto era normal en establecimientos como aquellos, donde algunos hombres debían hacerlo todo rápido y sin dejar rastro. De la puerta salió una sombra oscura y borrosa que poco a poco cobró forma y hasta se atrevió a abrir la boca con apuro, desatando en la joven sin cabello un miedo que no pudo controlar.

—No nos conocemos. Pero me han hablado de ti, y de algo que tienes, algo que esconde un valor incalculable para mí.

Gael tuvo que sujetarla para que no se fuera y hasta se vio obligado a taparle la boca. Pero esta se negaba a hablar, quería irse, huir antes de meterse en problemas. “Se va a dar cuenta” fue todo lo que alcanzó a decir tras un respiro de libertad, “el policía se va a dar cuenta.”

—No te preocupes por él —insistió Gael tapándole todavía la boca—. No es nadie, no es nada, él no existe en realidad. Cuevas habita en tu cabeza y en la mía. No muere pero tampoco deja vivir.

—Eso no es cierto ¿Y qué hay los demás? —preguntó agitada e incrédula cuando logró liberar sus labios—, ¿y todos los demás? —insistió casi gritando.

—Tranquila —dijo Olmo liberándola a pesar de su testarudez —. Cuando los hombres tienen sexo no son capaces de pensar, ni de escuchar. Este es el lugar más seguro en todo el país. A nadie le importa nuestra conversación.

—¿Quién le ha hablado de mí? —continuó la chica sin bajar la voz.

—Aldo. Me ha dicho que tienes varios de sus dibujos. Los necesito, ahora mismo.

—Pero Aldo está muerto. Lo atraparon intentando escapar… Por favor, no quiero hablar de esto. No me obligue a recordar.

—Eso no cierto. Aldo y los niños han escapado, lo han logrado aparentemente —comentó Gael deseando que la chica cooperara pronto.

—No es cierto, a los fugitivos los han colgado. Ayer. Lo recuerdo muy bien.

—¿Acaso me han colgado a mí también? —preguntó Gael confrontando a la muchacha, quien se sintió más frustrada y confundida que nunca—. En realidad han matado a otras personas, solo para acallar los susurros y robarle la esperanza a los rebeldes.

—¿Rebeldes?

—Desde luego. En un país de mierda como este crees que todos nos dejaríamos subyugar de tal manera. Los sospechosos de deslealtad están muertos, en prisión o bajo estricta vigilancia. Algunos se hacen llamar las libélulas negras.

—Por favor. No me involucre en lo que sea que esté tramado. No me interesa lo que haya más allá de los muros. No sé distinguir entre la verdad y la mentira, no puedo confiar en nada ni en nadie. Siempre buscan una excusa para condenarnos y no quiero morir —dijo sin poder contener el llanto.

—Te han hecho cosas horribles. Lo puedo ver en tus ojos. Lo siento mucho. Pero vivir como víctimas amedrentadas no es digno para nadie. Si me ayudas pronto serás libre de todo esto.

—Eso no es posible. Nacimos cautivos y moriremos cautivos —comentó con todo el peso de su desánimo.

—No creas que has sido derrotada. Ninguno de nosotros lo ha sido. La mayoría de los miembros de las libélulas negras siguen vivos, pero están en prisión. Me he dedicado a indagar, y sé que no me equivoco. Aldo y tú podrán haber olvidado casi todo, pero aquellos con los que acordaron buscar su libertad no olvidan aún las palabras del muchacho.

—¿Qué palabras?

—Hay lugares bajo tierra —continuó Gael a toda prisa, deseoso de que la chica finalmente le fuese de utilidad—, túneles donde mucha información valiosa es almacenada. Allí están las pruebas de sus crímenes y los trazos más importantes de nuestro pasado. No somos una verdadera nación, somos una especie de experimento patrocinado por otras naciones.

—¿Para qué?

—Para entender más el comportamiento humano y la forma en la que masa reacciona a drogas y a la monotonía de las dictaduras que las poseen. Nos manipulan fácilmente, nos entretienen descaradamente, nos amedrentan para poder sacar provecho de nosotros y nuestra fuerza. Lo que en otra época y en otro lugar nos habría parecido ridículo e imposible aquí es posible. Por eso debemos hacer algo.

—¿Por qué me dice todo esto? ¿De qué sirve el conocimiento si produce más angustia e impotencia? Es mejor no saber nada. La ignorancia y la mansedumbre son nuestra única dicha.

—Sé que tienes miedo. Pero debes luchar. No naciste para ser cautiva. Nadie nació para ser cautivo. Ayúdame por favor. ¡Ahora! —continuó Gael a punto de perder la paciencia.

—¿Y qué hay de Cuevas?

—No hay tiempo para explicarte su función y su naturaleza. Aldo te contó muchas cosas de su padre y su trabajo, cosas que él

mismo olvidó poco después. También te dibujó varias veces. Necesitamos esos dibujos.

La chica volvió a ponerse nerviosa, apartó su mirada y deseó desaparecer, o al menos alejarse del asedio de tan peligroso hombre. Afectada todavía por la peor semana de su vida y por el asesinato de un hombre ante sus ojos, ahora deseaba más que nada poder liberarse de la responsabilidad de recordar.

—Te lo explico fácilmente —continuó Gael—. Existen varias formas de salir del país, para cada una hay un plano con indicaciones, por supuesto cada plano asegura ser el único y su poseedor cree ser el llamado a escapar. A aquellos que escapan siguiendo las indicaciones del plano y evadiendo todos los peligros les permiten salirse con la suya de cierta manera.

—Entonces sí ha habido personas que lograron escapar del país.

—Sí y no. Del otro lado de los muros hay un desierto invencible. El gobierno cree que solo quienes puedan descifrar los códigos y sobrevivir al desierto son dignos de escapar. Hasta la fecha nadie ha sobrevivido al desierto. Esperemos que Aldo sí lo logre.

—¿Pero qué tengo que ver yo con todo esto?

—Todo ¡maldita sea! Todo —continuó Gael sumamente alterado—. En los dibujos que Aldo te dio se indican otras formas de salir, y una de ellas revela la manera de llegar a la gran prisión. Si logramos liberar a los demás miembros de las libélulas negras podremos defendernos antes del fatal cincuentenario y salvar muchas vidas.

La joven no tuvo nada que decir, odiaba cada palabra que salía de la boca de Gael.

—Tu función es recordar. He estudiado a las libélulas negras por años, ellos han venido preparando esto desde que yo era un policía novato, pero la memoria ambivalente y los obstáculos que han ido encontrando les han impedido apegarse al plan —susurró pacientemente—. Por lo pronto tenemos a un gran número de rebeldes de nuestro lado, algunas armas viejas apiladas en las entrañas de la ciudad y posiblemente una imprenta que nos servirá de mucho.

—Lo siento, pero no sé nada de unos dibujos.

—Olvídalo, solo llévame a tu habitación, donde están tus cosas, quizás haya algo que nos sirva en este momento.

—Lo único que tengo es un viejo colchón.

—Tal vez esa sea tu más valiosa posesión —sonrió Gael con cierto optimismo.

La muchacha timorata e indecisa le guio más allá de aquella

habitación oscura, subiendo con premura las escaleras viejas que llevaban al tercer y último piso, adentrándose entre pasadizos húmedos y lamentos sexuales. La decoración era modesta, las posesiones materiales de las trabajadoras eran mínimas y las habitaciones simplemente amontonaban camastros y colchones improvisados. Había algunos afiches antiguos y pinturas que con el tiempo se habían adherido a las paredes mohosas y agrietadas. Ninguna tenía lugar para la soledad o los secretos, todas vivían desnudas y trabajaban desnudas; al contrario de muchos otros ciudadanos, el único momento en el que aspiraban a tener la ropa puesta era el día de la muerte, día solemne que llegaba cuando menos se lo esperaban, víctimas de un abusador agresivo, de un funcionario malhumorado o de un pervertido que sentía placer con el dolor. Lo cierto es que la despiadada matrona que regía sobre todos los prostíbulos, mujer delgada y adicta a cosas que se ponen en las venas y en los ojos, las peinaba y las maquillaba para morir, y para cerrar la ceremonia, les ponía un hermoso vestido sacado de su abundante colección, la cual ya no recordaba cómo había obtenido.

Llegaron a la última habitación de la tercera planta, justo entre un cuarto con objetos de limpieza deslucidos y una misteriosa puerta que no había sido abierta en más de una década y para la cual no había una historia o explicación significativa. “Fue a este lugar donde me trajeron hace dos días, con nada más que el mismo colchón viejo que tenía cuando trabajaba con los niños y luego cuando fui enfermera por pocos días.” En la habitación no había más que cuatro camas estrechas y un par de colchones en el suelo. Gael trató de motivar a la joven: “Si el colchón es tu única posesión, entonces tienen que estar adentro” comentó mientras él mismo volteaba el colchón para buscar hilos sospechosos o cualquier irregularidad. No obstante, la chica seguía sin confiar y sin entender.

—Hay algo que no termino de asimilar. Si Aldo ha logrado escapar podría informar acerca de este sitio, otras naciones se verían obligadas a intervenir.

—Aún no has entendido lo que te he dicho —respondió con menos paciencia mientras seguía revisando el colchón con mucho menos optimismo que hacía un par de minutos—. Las naciones saben de nuestra existencia, saben lo que hacen aquí, pero no han hecho ni harán nada al respecto. Además, no creo que el mundo de afuera sea mucho mejor que este.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Claro que sí. Encontrar los putos dibujos que estoy buscando —respondió mostrando su verdadero humor.

Decepcionado y agitado se sentó en el colchón y respiró profundamente por algunos instantes, luego, en tono más amigable

volvió a dirigirse a la novata confundida. “Es mejor morir luchando que vivir aquí” susurró justo antes de arrebatarle la navaja y apuñalar el colchón sin piedad, así hasta que se volteó en busca de los ojos de la joven incrédula para mostrarle varios trozos de papel en los que podía verse su rostro.

—Son solamente dibujos, y no muy buenos a decir verdad —comentó la chica con ese tono pesimista que no podía corregir—. ¿Cómo podría encontrar algo de valor allí?

—De la misma forma en la que Aldo encontró la salida con solo unos símbolos extraños escritos en un mapa indescifrable —respondió algo cansado de la actitud de la muchacha. De todos modos siguió respondiendo sus preguntas mientras examinaba los dibujos.

—¿Eres tan inteligente como él?

—No tanto, él ha sido capaz de superar todas las pruebas que el gobierno le suministró, incluso cuando le han aumentado la dificultad. En pocas horas descifraba cualquier código y abría cualquier puerta o desbloqueaba cualquier pasaje. De hecho una vez logró interpretar un mensaje en solo doce minutos. Este tipo de ciudadanos son una amenaza para el gobierno, pero no lo habían querido matar porque buscaban sus debilidades, deseaban aprender de sujetos como él. Una vez que los resultados de los experimentos y las nuevas drogas desarrolladas por los científicos hijos predilectos estuvieron listas, debieron cerciorarse de que la totalidad de la población fuese vulnerable a ellas. Quieren que todos seamos manipulables, todos, absolutamente todos.

—¿Para qué?

—Pues para poder vender las mismas drogas a otras naciones. Llegará un momento en el que todo el mundo será regido por unos pocos.

—Eso es así desde hace ya mucho tiempo.

—Créeme, podría ser peor. Si se salen con la suya ya no habrá necesidad de guerras o disputas territoriales. Todo será repartido entre los poderosos y nadie opondrá resistencia simplemente porque olvidarán lo que pasó y aceptarán cualquier realidad que se les ofrezca…

Gael hizo un silencio y se creyó victorioso al notar que en la parte posterior de uno de los dibujos, podía leerse si se miraba contraluz una pequeña inscripción: “AN866C”. Esta inscripción aparecía en varios puntos esenciales unidos por líneas que parecían formar una especie de rústico mapa. Los puntos eran, si su interpretación no le traicionaba, la casa de Aldo, la zona industrial en la que trabajaba, la plaza central, la calle de las bellas, las residencias de los principales hijos predilectos, y más allá de todo, la prisión, la cual destacaba por

tener un pequeño símbolo similar al que usaban las libélulas negras en sus inicios. Había además series numéricas y símbolos similares a los que tenían las tapas de las alcantarillas, algo que le impresionó, aliviado por la sencillez del mensaje. “Aldo nos ha simplificado la labor” comentó mientras indicaba a la joven que era hora de irse. Pero esta no parecía querer cooperar.

—No iré con usted a ninguna parte, nos atraparán —reaccionó ahogada en su propio nerviosismo.

—Ya es muy tarde querida mía —respondió con una sonrisa agridulce—, es mucho lo que sabes y poco lo que yo puedo arriesgar.

—Es su culpa por haberme hablado de todo esto.

—Aldo dijo que eras valiente y audaz. Deja el miedo a un lado. Esta vez castigaremos en vez de ser castigados.

El experimentado fugitivo, sin tiempo que perder, la jaló por la fuerza y acercándose a su cara le devolvió la navaja y le susurró con mucha frialdad: “La necesitarás.”

CINCUENTA AÑOS DE CAUTIVIDAD

El redoble de tambores afirmaba los pasos de los oficiales, mientras las miles de banderas, todas iguales, ondeaban simulando gloria y esperanza. La plaza de los inmolados albergaba más de dos mil policías divididos en cinco grupos, dos grupos a cada lado de la plataforma de madera fina desde donde se tenían pensados un par de discursos, uno inaugural y otro de cierre, y un último grupo justo frente al gran púlpito de cristal con un "50" en el centro que coronaba la gran plataforma. Había además una nueva estatua cubierta por una gran manta blanca y una hilera de guillotinas nunca vistas, catorce en total, justo detrás del cordón policial que dividía la plaza en dos partes iguales.

Ellos lucían orgullosos sus rifles nuevos y estandartes, cínicos olvidadizos, descarados, hijos predilectos del gobierno. Todo era atractivo a la vista a pesar de sus oscuras intenciones. Banderas grises con franjas rojas, pancartas grises con letras rojas; cruces y soles, espadas, águilas, osos, hombres fuertes y sanos. Símbolos de artes antiguos y ciencias ocultas, mensajes impúdicos favorables al régimen. Y otro "50" descarado que había sido puesto por encima de las miles de banderas que tapizaban toda la ciudad. Los edificios más importantes habían sido vestidos de gloria, nadie notó las cicatrices de los recientes actos terroristas. Además de las banderas había afiches en las paredes de casi todos las construcciones de la ciudad; todos exaltando al PHL, a sus fundadores y a sus mensajeros más leales.

"50 años de gloria" "50 años de libertad" "50 años desde nuestra gran victoria."

Esos miles de hombres bien vestidos y mejor armados que nunca esperaban la orden de Cuevas, quien les dirigía, orgulloso de su vida y su existencia.

"Somos la fuerza que sostiene a nuestro honorable gobierno. Nuestra vida le pertenece a esta nación, nuestra sangre y la de nuestros hijos también. Nada es más importante, nuestros deseos no están por encima del llamado de la patria; por el contrario, son enemigos del progreso, limitantes de nuestra fuerza física y mental. Nacimos para servir a nuestro país y morir por él si es necesario..." gritó el líder militar ante el aplauso de sus hombres.

Las sirenas finalmente irrumpieron en la escena, despertando a la nación de un sueño ligero, llevando el ruido más allá de los muros, donde los buitres se alimentan de cuerpos sin rostro y sin piel,

arrojados allí por azar y vanidad. El sonido reventaba en las débiles paredes de adobe y se colaba autoritario por las ventanas, sacudiendo sin distinción, despertando a un pueblo de sus pesadillas reiteradas. Una parte de aquella nación siempre dormía, quizás su alma, quizás su conciencia; pero otra siempre velaba, atenta a infortunios y caprichos, al eco orgulloso de aquellas sirenas que les dictaban todo lo que el día traería, sin lugar a variaciones; la rutina era una diosa persistente en aquel lugar.

Los dirigentes se dignaron en mostrar sus rostros por primera vez en mucho tiempo, doce hombres inmaculados, vestidos de arrogancia, como Cuevas pero con un poder cien veces mayor. Avanzaron escoltados por sus sirvientes protectores, tomando los lugares de privilegio en la gran tarima desde donde planeaban observarlo todo con desdén, ofreciendo algunos discursos añejos a una multitud que pronto debería colmar el lugar. Sus hermosas sillas de madera les recibieron, presumiendo el oro con el que habían sido recubiertas y los cómodos asientos de terciopelo. Estaban listos para el necesario ajuste poblacional, excitados ante la expectativa de un espectáculo sin precedentes. Lo más siniestro de todo es que habían hecho creer al pueblo que las guillotinas instaladas eran para los nuevos criminales encontrados, más miembros de las repudiadas libélulas negras.

Fue allí donde lo inesperado tuvo lugar, avergonzando al capitán Cuevas y confundiendo a sus señores. Los segundos se acumularon y se convirtieron en minutos. Los policías esperaban en silencio y Cuevas mismo no entendía dónde estaba la multitud. Por órdenes del líder militar las sirenas extendieron su llamado, esta vez con más fuerza y ahínco. Pero la espera volvió a ser larga y amarga y la decepción sacudió el pecho arrogante del ahora afligido dirigente frente a todos sus superiores. “¿Qué pasa Cuevas?” vociferó uno de los líderes muy bien sentado en su lujoso asiento. “No hay tiempo para retrasos ni bromas” agregó otro de los doce, quien se puso de pie y en seguida fue a por el oficial al mando, acompañado de su sirviente principal. El jefe de la Guardia Nacional les prometió que resolvería todo de una vez, mientras las sirenas seguían insistiendo ante la indiferencia del gigantesco caserío. Furioso ordenó a sus más de dos mil hombres que fueran a por el pueblo y resolviesen todo como mejor sabían hacerlo, mientras él mismo se disculpó ante sus señores y se escabulló en la otra dirección, donde uno de los edificios gubernamentales solía alojar a invitados especiales y altos mandos militares. Sabía que Gael estaba detrás de todo, y sabía que en su deplorable estado lo había subestimado, dando por sentado que era un enemigo vencido.

Cuando los policías cruzaron las puertas de entrada al caserío se sorprendieron al ver la quietud que reinaba en aquel sitio, esto a pesar

de que el fuerte estruendo de las sirenas no había cesado ni por un instante. Indignados con la desobediencia civil irrumpieron en las humildes moradas, usando apenas una fracción de su fuerza para violentar las puertas y encontrar a un pueblo que seguía durmiendo. No lo podían creer, la gente mantenía sus ojos cerrados y una calma absoluta a pesar del momento crítico. Uno a uno comenzaron a atacar a los durmientes, seguros de que algunos golpes les harían entrar en razón y asumir su responsabilidad. Pero por primera vez los humildes obreros que mantenían a flote aquella pequeña nación respondieron con la fuerza. Contraatacaron, en desventaja por estar desarmados, pero con una gran diferencia numérica a su favor. Mientras un par morían por las balas del fusil, cuatro o cinco saltaban contra el oficial más cercano y le arrebataban su arma, reduciendo a su opresor a vergüenza y cobardía.

Nunca fue visto tanto miedo en los ojos de la policía militar. Nunca fueron tan mansos y vulnerables al no tener a sus perros. Nunca los ideales del régimen parecieron tan frágiles y absurdos. El caos tomó su lugar en el caserío. Mujeres y niños gritaban, hombres saltaban contra sus enemigos uniformados, disparos nerviosos se escabullían en todas direcciones. Por cada civil que moría tres o cuatro policías perdían toda su autoridad. Los siempre oprimidos ciudadanos salieron de las casas en las que ya había sido derramada sangre para encontrarse cara a cara con más policías que impotentes y desconcertados comenzaban a retroceder, perdiendo su lealtad en nombre del miedo. De las tapas de las alcantarillas salían miembros de las libélulas negras, de todas las edades, armados hasta los dientes se mezclaban rápidamente con la multitud. La mayoría tenía la piel negra, de allí su nombre, pero también había gente blanca entre los libertadores.

Los ciudadanos furiosos comenzaron a perseguir a los policías, cantando a viva voz un himno que no había sido entonado en más de cincuenta años, un himno que uno de los oficiales de confianza de Cuevas, de los últimos en emprender la retirada, encontró impreso en un papel similar al que usaba el periódico del Estado. El oficial halló dicho papel en el suelo, manchado de la sangre de uno de sus compañeros, y en tal papel había muchas verdades que todos habían olvidado, incluyendo las palabras de aquel himno que en pocos minutos tuvo más fuerza que las mismas sirenas y mucho más poder que todo el que los policías empleaban para defender al régimen. La canción, simple y repetitiva se convertiría en un himno que ninguno de los presentes olvidaría, ni sus hijos, ni los hijos de sus hijos.

“Un pueblo que olvida es un pueblo que no aprende, un pueblo que no aprende es un pueblo en tinieblas, un pueblo en tinieblas ya no

tiene nada que perder, nada que perder, nada que perder."

Dichas palabras se repetirían más de un millón de veces en aquella mañana histórica para el país. El pueblo salió del caserío con genuinos deseos destructivos, sin inhibiciones, sin pensamientos contrarios a sus impulsos libertarios. No habían pasado quince minutos de la insurrección cuando todas las banderas del PHL ardían en un fuego que no se consumía fácilmente. Las bocinas persistían en convocar a la calma pero la multitud fuera de sí desobedeció toda orden y respondió con el doble o el triple de la fuerza que otrora fue utilizada contra ellos.

En todo el país la gente atacaba a los oficiales, arrebatan sus fusiles y les ejecutaban en el acto, sin juicios, sin palabras, sin innecesarias formalidades. Algunas madres protegían a sus hijos, otras se unían a la batalla con el mismo placer y la misma vocación. Los niños más grandes también quisieron ayudar a recuperar su patria. Los tiroteos destruían la plaza de la vergüenza y el incendio pronto se extendía hasta edificios cercanos, incluyendo los árboles y banderas del parque gris. Algunos improvisaban antorchas y esparcían el fuego que se atrevió a llegar hasta donde los doce principales dirigentes estaban, quienes más cobardes que nunca intentaron escapar. Pero ya era tarde para ellos, les habían rodeado con fines muy claros. No los quemaron, a pesar de que era el grito popular. Varios miembros de las libélulas negras intervinieron y en la inspiración del momento tuvieron la brillante idea de usar las nuevas guillotinas relucientes del PHL contra sus opresores. Fue un sublime acto público que no tardó sino unos pocos minutos. Los ejecutaron, a todos a la vez, había suficientes guillotinas; y también ejecutaron a sus siervos más leales, y a todos y cada uno de los oficiales que intentaron detenerlos.

En la calle de las bellas las prostitutas que en un inicio solo miraban por las ventanas de sus locales, seguían a la muchacha morena de cabello alborotado quien fue a por la matrona que tantas veces las humilló y las manipuló para su beneficio y el de sus clientes. Sin asco ni piedad alguna la morena estranguló al ser que más odiaba, ante el vitoreo de las demás, incluyendo de la timorata enamorada de Aldo, quien contagiada del espíritu del momento sacó su navaja y rasgó el papel tapiz de la lujosa habitación de la señora de aquel lugar para dar con el temido escondite de sus riquezas, pero especialmente con un rifle del que todas habían oído hablar. De esta forma instó a las demás prostitutas a ir a por sus verdaderos enemigos, pensando cada una en un cliente en particular que debía recibir su merecido.

El cielo se oscureció más de lo normal y los pomposos edificios de Gobierno pidieron ayuda una vez más, sin ser escuchados, poseídos por un insolente humo gris que salía de los domos reventados o de los

grandes y hermosos ventanales. Las estatuas cayeron debilitadas por la presión de la multitud, quien no reconocía aquellos dioses y señores como suyos.

Cuevas abrió la habitación en la que Gael Olmo debería estar recluido, débil, humillado y drogado. Pero no solo no estaba ahí, sino que había dejado un rastro hecho con la sangre de los oficiales que debían vigilarle así como con una gran cantidad de hojas de periódico. El líder militar leyó superficialmente el mensaje impreso y reconoció las ideas y pensamientos de las libélulas negras, pero estas expresadas al mejor estilo retórico de Gael, quien había revelado los secretos y mentiras del gobierno a toda la población, recalcando el plan de ejecutar un nuevo ajuste poblacional que no era más que una palabra elegante que sustituía el término correcto: "¡Masacre! Si vais a los actos conmemorativos del PHL veréis la peor masacre de nuestra corta y contradictoria historia."

El oficial Cuevas miró por la ventana abierta y vio no muy lejos una de las tapas de alcantarilla removida de su sitio, puesta sobre un puñado de papeles con un cántico impreso. Saltó por la ventana y se dirigió al lugar, consciente de que se encontraría con Gael y quién sabe cuántos más. Bajó por la escalerilla y fue recibido por varios miembros adultos de las libélulas negras, los cuales habían escapado de una de las prisiones de la zona seis. Al fondo, detrás de los más de treinta hombres de todas las razas y ocupaciones, estaba Gael, quien sonrió y aplaudió a su antiguo compañero de crímenes.

"Te lo dije, te dije que era posible derrotar al régimen" comentó Cuevas antes de comenzar a reír a carcajadas con Gael y los demás, tratando de ganar su favor al sentirse derrotado. El oficial Olmo, un excomulgado líder militar usado para hallar y destruir los focos de rebelión, le obsequió un abrazo y una breve sonrisa a su enemigo de toda la vida. Y cuando se suponía que debía decir algo, recibió un par de cigarros de la mano de uno de los miembros más antiguos de las libélulas negras, uno que había convertido su tatuaje numérico en la mano derecha en una gran libélula que conmemoraba la victoria de forma anticipada. Encendió el primer cigarro, con un mechero de bronce con la inscripción PHL. Le dio el cigarro a Cuevas para luego encender su propio cigarro de la victoria. Después de todo el PHL no era omnipotente, ni omnisciente, ni omnisapiente. Su fuerza venía del miedo y la ignorancia, del olvido y la manipulación de la historia.

Sabían muy bien que lo habían logrado, que no habría un mañana con nubes grises y sirenas invasoras, que los humos de la fábrica no les consumirían el alma y que nunca más caminarían a una horca, o a una guillotina, o a un fusilamiento. Y si bien es cierto, todavía había un pueblo por reeducar, tal labor ya no parecía un sueño inalcanzable.

La muerte les vendría en la vejez, después de haber soñado y amado, sólo después de haber aplastado las intenciones del miedo y escupido todas las mentiras que habían comido y bebido por tantos años.

Gael y los demás subieron las escalerillas y contemplaron juntos lo que habían creado, una hermosa sinfonía hecha de fuego y esperanza. Por eso cantaron con libertad, la libertad para soñar que les había sido prohibida desde el día en que nacieron. *“Un pueblo que olvida es un pueblo que no aprende, un pueblo que no aprende es un pueblo en tinieblas, un pueblo en tinieblas ya no tiene nada que perder, nada que perder, nada que perder…”*